Sophie Saint Rose

Serie vikingos



Nunca seré tuya

225

Nunca seré tuya

Sophie Saint Rose

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Epílogo

Capítulo 1

Aldith sobre el caballo miró con sus hermosos ojos azules al guerrero que tenía ante ella. Inconscientemente tocó el colgante que tenía colgado del cuello. Un caballito de oro con una valkiria, regalo de su madre la semana anterior. Sonrió recordando sus palabras. —Mi preciosa niña, ¿te gusta?

—Sí, madre. Es muy bonito, gracias.

—Cuando estés lejos, espero que te dé fuerzas para cumplir tu cometido.

Asintió perdiendo la sonrisa poco a poco por la responsabilidad que su padre acababa de poner sobre sus hombros. Él decía que iba a representar a su pueblo y debía hacerlo con la cabeza muy alta, aunque estuviera muy asustada como lo estaba en ese momento. —Haré que estéis muy orgullosos de mí, madre.

Brynja sonrió intentando reprimir las lágrimas y le dio un beso en la frente. —Sé que lo harás. El jarl te ha enseñado bien cuál es tu cometido en su vida.

La miró sin comprender, pero su madre sonrió. —Ve a jugar con Luna, tendremos mucho tiempo para hablar de tus esponsales.

Olvidándose de esa conversación con su madre unos días atrás, volvió la cabeza y sonrió a Hilde. —¿Has visto que caballo tan bonito?

Su nodriza susurró —No te muevas tanto, niña. Al final te me vas a escurrir entre los brazos y te vas a lastimar al caer.

Miró al frente y Hilde la tapó con la piel hasta la barbilla. —Eso es, buena niña.

—¿Llegaremos hoy?

—No, cielo. El fiordo de tu futuro esposo está aún muy lejos. Si hay suerte llegaremos en tres días. —Miró con pena la cabecita de la niña. Por Odín, apenas tenía nueve años. Su jarl no podía ser más despreciable, vender a su hija por tener un aliado como Einar Ellingsen era lo más abyecto que había oído nunca. Miró de reojo a su jarl que estaba a dos cuerpos a su derecha guiando a la comitiva nupcial. Ese cerdo seboso… Cuando su esposa, ya desesperada

porque no podía convencerle de que cambiara de opinión, se había negado a ese matrimonio, la había golpeado de tal manera que había perdido el bebé que esperaba. Su esposo al enterarse de que le había dado a luz prematuramente y que un varón había nacido muerto, la había matado apretando su cuello con fuerza justo antes de emprender ese viaje. Su niña no se había enterado de nada pues ya estaba esperando al lado de su caballo. ¿Cómo iba a decirle que su madre había muerto? Aquello era horrible, su pobre niña.

Aldith ya cansada se recostó sobre su pecho y ella le acarició con la mano libre su hermoso cabello rubio, tan claro como el sol de la mañana. Sintió mucha pena. Le esperaba un futuro incierto en aquellas tierras lejanas. Hilde entrecerró los ojos. Pero no se separaría de su lado y si su futuro marido era un ser horrible, pensaba llevársela. Huirían lejos, al otro lado del mar. Su primo las llevaría en su barco. Solo tenían que llegar a Heirst y él las ayudaría escapar.

Escuchó un crujido a su derecha y miró hacia el bosque, al igual que varios guerreros que se detuvieron.

—¡Jarl!

La comitiva se detuvo esperando. —¿Qué has visto, Geir? —preguntó el jarl.

—No lo sé, pero creo que ahí hay alguien, mi jarl.

Estaba oscureciendo y ponerse nervioso no era una tontería, ya que las historias sobre las tierras de los Hovensen corrían por toda Escandinavia. Desde que la hija del jarl había fallecido unos años antes, mataba a todos los que pasaban por sus tierras, pues desconfiaban de sus intenciones. Demasiados muertos al cruzar por allí. Por eso el jarl Viggonsen quería ese matrimonio, para que les temieran por tener una alianza con Ellingsen y no se atrevieran a atacarlos con cualquier pretexto, pues todos sabían que los dos jarls estaban enfrentados por la muerte de la muchacha.

—¿Crees? —gritó el jarl sobresaltándola. Se acercó con su caballo al hombre que tenía delante y con el revés de la mano le dio un tortazo que le tiró de su montura. —¡No necesito tus creencias, necesito certezas! —gritó furibundo. Se puso a gritar a diestro y siniestro demostrando que el episodio con su esposa le había malhumorado. Maldito bastardo. Para no ser objeto de su ira disimuladamente hizo que el caballo poco a poco se alejara de él hasta quedarse a la izquierda del grupo a una prudente distancia. Cuanto más lejos estuviera de ese hombre, mejor. Observó cómo les gritaba a todos que solo dieran la alerta si veían algo, pues con esas tonterías solo impedían la marcha. Volvió a su puesto frente a la

comitiva nupcial y ella observó como el guerrero le miraba con odio antes de ponerse en pie y subirse a su caballo. Había hecho lo correcto advirtiendo a su señor y así se lo había pagado. Miró a los demás que no abrían la boca temerosos de los abusos de su jarl. Cobardes. Nadie se atrevía a tocar al tirano, ninguno de ellos tenía las suficientes agallas como para retarle, pero algún día le llegaría su hora y daría cuentas a Odín. Esperaba que fuera más pronto que tarde y que ese bastardo pagara por su maldad.

La comitiva continuó su camino, pero Hilde con un ojo vigilaba al jarl y con el otro el bosque porque sabía que el muchacho tenía razón en lo que decía. Varios estaban alerta.

La niña estaba inquieta entre sus brazos. —¿Qué ocurre, cielo?

—Tengo que…

Apretó los labios porque hacía muchas horas que nadie se aliviaba y ella también tenía ganas, pero mejor no tentar a la suerte. Se acercó a su oído y susurró —Solo nos detendremos cuando se detenga el jarl, así que tienes que aguantar.

—No puedo.

Rayos. Solo tener que acercarse a ese hombre le ponía los pelos de punta, así que pedirle algo la aterraba. —Aldith háztelo encima, con la piel que te cubre nadie se dará cuenta.

La niña volvió la cabeza para mostrar su horror. —No, madre se enfadaría si se enterara.

—Más se va a enfadar tu padre como le importune con esto.

Los ojos de Aldith mostraron su miedo y susurró —Aguantaré.

Sonrió con tristeza. —Ya oscurece, no podemos tardar mucho en detenernos.

Aldith intentó aguantar porque su padre se enfadaría con ella. Siempre le decía que era la hija del jarl, pero que no pensaba consentirla por eso.

—Piensa en otra cosa —dijo Hilde al ver que se revolvía de nuevo.

Intentó evitarlo, pero ya llevaba mucho tiempo esperando y ya no podía más. Sus preciosos ojos se llenaron de lágrimas. —No puedo.

—Niña, háztelo en…

Un grito de guerra las sobresaltó y la niña vio como un grupo de hombres salían del bosque con las espadas en alto mientras

varios les seguían a caballo.

—¡Proteged a mi hija!

Gritó de miedo cuando dos de ellos atacaron a su padre y un hombre moreno traspasó su vientre con la espada tomándole desprevenido. Al ver como su padre caía del caballo gritó alargando los brazos. Al verle tendido en el suelo sin moverse se quedó sin aliento antes de levantar la vista hasta ese hombre moreno que con los ojos llenos de odio observaba el cadáver de su padre con una horrible sonrisa en sus labios. Hilde azuzó su caballo saliendo a galope mientras los hombres luchaban por sus vidas y ese hombre gritó —¡Cogedla!

Hilde muerta de miedo se metió entre los árboles intentando agarrarla con la mano libre para que no se le escapara. Su nodriza miró hacia atrás y esos hombres le seguían de cerca. Hincó los talones en su caballo para ganar distancia, pero era evidente que no conseguiría eludirles. Su pobre niña. Tenía que salvarla. —Escúchame bien —dijo a su oído antes de hincar los talones de nuevo—. Te voy a dejar donde puedas esconderte y cuando nos alejemos tienes que correr en dirección contraria.

—¡No, no! —dijo casi histérica—. Hilde no me dejes sola.

—Lo siento cielo, pero tendrás que ser valiente. Y sé que lo eres, la niña más valiente de toda Escandinavia. —La besó en la sien sintiendo que se le rompía el corazón. —Corre, ponte a salvo y no confíes en nadie. Prométemelo. No confíes en nadie. Sin tu padre tu vida no tiene valor para ellos. No tiene valor para nadie.

—Pero…

—¡No me discutas! —Miró hacia atrás y vio que había tomado suficiente ventaja como para ejecutar su plan. Vio un grupo de enormes piedras cubiertas por el musgo y se dijo que ese era el momento. —Recuerda, escóndete y después de que nos alejemos corre como si te persiguiera el mismísimo Loki. Aléjate de estas tierras todo lo que puedas, porque te buscarán.

Llorando miró hacia ella y susurró —Te quiero.

Se echó a llorar. —Y yo a ti, mi niña hermosa. Hónrame salvando tu vida y haciendo que me sienta orgullosa. —La besó en la frente y su caballo se aproximó hasta las rocas. —¿Lista? —La agarró del brazo. Cuando llegó, rodeó las piedras para quedar fuera de la vista de sus enemigos antes de tirarla del caballo. Unas hojas del suelo la cubrieron en su caída y la piel tapó su cabello haciendo que pasara desapercibida. Sin aliento por la caída se quedó muy quieta. Escuchó los caballos pasar, pero ella no se movió y muerta

de miedo esperó y esperó temiendo que volvieran. Y lo hicieron. Reteniendo el aliento les escuchó hablar.

—Esa puta… Me ha mordido.

—Y se lo has hecho pagar, así que cierra la boca. Al jarl no le va a gustar, nos dijo que la cogiéramos, no que la mataras.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas. Le dolía más la muerte de Hilde que la de su propio padre.

—Busca a la niña. Si regresamos sin ella nos matará.

—¿Y para qué la quiere?

—¿Eres idiota? ¡Para vengar la muerte de su hija, estúpido! ¡Abre los ojos y no nos crees más problemas!

Los caballos pasaron a su lado y poco a poco se alejaron. Era evidente que revisaban la zona. Si se levantaba ahora puede que la vieran y si esperaba puede que hubiera más hombres buscándola. Se mordió el labio inferior. Tendría que esperar hasta la noche. Intentó no llorar, intentó no dejar salir el dolor que llevaba dentro porque puede que la oyeran. Escuchó caballos de un lado a otro, pero siguió sin moverse. Entonces se hizo el silencio solo interrumpido por los sonidos de la noche y cuando escuchó el ulular de un búho se dijo que ya era el momento. Apartó la piel que cubría

su cabeza y las hojas cayeron. La luz de la luna le permitió ver los árboles que la rodeaban y escuchó atentamente. Nada. Se sentó sintiendo su cuerpo helado por el húmedo suelo y se puso la piel sobre la cabeza antes de levantarse muy lentamente sin hacer ruido. Se pegó a las rocas y fue hacia un extremo para mirar tras ellas. Llegó hasta ella el olor del fuego y a carne quemada, pero vio el resplandor lo bastante lejos como para arriesgarse. Entonces echó a correr tan rápido como podía, tan rápido como le había pedido Hilde. No confíes en nadie, tu vida no vale nada. Esas palabras no dejaban de repetirse en su cabeza y se juró que no pensaba olvidarlas.

Estaba amaneciendo cuando se detuvo a la ribera de un río para beber sedienta. No sabía dónde estaba, así que no podía regresar a casa para reunirse con su madre y no podía confiar en nadie que la ayudara a llegar a su pueblo. Estaba totalmente perdida, agotada y muerta de hambre. Necesitaba comer algo. Sus ojitos rojos de tanto llorar miraron las cristalinas y frías aguas. Un pequeño pez pasó ante ella y por instinto lo intentó agarrar, pero se le escapó de entre sus manos. Molesta lo intentó de nuevo, así una y otra vez, pero la presa siempre conseguía escaparse. Frustrada se

sentó en el suelo y miró a su alrededor metiéndose las manos bajo las axilas porque las tenía heladas. Llegaba el invierno. Miró hacia el cielo que estaba muy oscuro. Iba a llover, necesitaba refugio. Muerta de miedo sollozó de nuevo y entonces vio el rostro de su padre gritándole —¡Llorar no sirve de nada! Aprende a sufrir y a luchar contra tus enemigos, ¿me oyes? ¡O recibirás más lecciones de las que tu débil cuerpo puede tolerar!

Entrecerró los ojos y miró el agua antes de ponerse de rodillas. Tenía las manos demasiado pequeñas, además los peces se le resbalaban. Miró a su alrededor de nuevo y vio un palo que partió dejando una punta. Decidida se quitó la piel y las botas, metió los pies en el agua y esperó. El agua estaba helada y temblando vio como un pez pasaba a su lado. No lo pensó, simplemente lo hizo y parpadeó asombrada cuando vio que lo había traspasado con el palo. Incrédula elevó el palo y su pez ensartado movió la cola de un lado a otro. Tenía comida, lo había conseguido. Apurada fue hasta la orilla y se sentó al lado de la piel. Viendo al pez retorcerse sintió pena y golpeó su cabecita contra una piedra que tenía al lado. —Lo siento —dijo compungida. Le sacó el palo que dejó a su lado y cogió el pez con ambas manos. No tenía fuego, pero no debía lamentarse, Odín la había ayudado. Acercó el pez a su boca y cerró los ojos

antes de darle un mordisco. Entrecerró los ojos mientras masticaba y después de tragar susurró —No volveré a quejarme de lo que me pongan de comer, lo juro por Odín. —Siguió comiendo intentando evitar las tripas y cuando terminó estaba agotada. Tiró los restos a un lado y sin darse cuenta se le cerraron los ojos cayendo a un lado sobre la hierba. Se sobresaltó y asustada agarró su piel mirando a su alrededor. Al darse cuenta de que estaba sola suspiró del alivio. Necesitaba refugio, esas nubes no presagiaban nada bueno. Después de ponerse las botas siguió caminando ribera abajo porque ahí tenía una fuente de comida y agua. La lluvia empezó a caer. Desesperada por encontrar donde dormir, corrió. A veces tenía que saltar rocas que se encontraba en el camino y algunas de ellas eran muy grandes, tanto que tenía que rodearlas para continuar. Entonces vio una roca que tenía una parte cóncava en la parte de abajo. Lo suficiente como para resguardarla. Sonrió corriendo hacia ella y metiéndose debajo. Apoyó la espalda en ella suspirando del alivio y cerró los ojos dando gracias a los dioses porque estuvieran de su lado. El sueño la venció y su cuerpo cayó a un lado, pero estaba tan agotada que esa vez no se dio cuenta.

Seis días después siguiendo la ribera del río escuchó un sonido que a cada paso que daba se hacía más potente y asustada se fue escondiendo de árbol en árbol, de roca en roca hasta que el sonido se hizo atronador. El camino se detenía y de repente solo había cielo. Impresionada se acercó al borde lo que pudo, para ver como el río acababa en una enorme cascada que caía en un fiordo. Impresionada miró a su derecha y vio una aldea a lo lejos. Debía estar a dos días de camino. No confíes en nadie. Preocupada se sentó en el suelo observando la aldea. ¿Qué debía hacer? Aquel no era el fiordo de su padre, eso era evidente, ellos no tenían cascada. Estaba en otras tierras. Hilde le había dicho que debía arreglárselas sola, pero igual allí la ayudaban. ¿Y si no lo hacían? ¿Y si eran las tierras de su enemigo y solo había caminado por ellas todos esos días? No debía confiarse. Debía averiguar dónde estaba antes de hacerse ver. Un mechón de su cabello cayó sobre su mano y lo cogió. Debía cubrírselo, era muy llamativo, incluso de noche puede que llamara la atención. Pensó en ello unos minutos. —Pero para eso necesitas una tela o algo. ¿Te vas a arriesgar a robarles? ¿Y si te pillan?

No le quedaba otra opción, tarde o temprano tendría que acercarse a algún pueblo y evaluar en qué situación se encontraba.

Sí, debía hacerlo. Decidida se levantó y se alejó del borde del precipicio para volver sobre sus pasos. Necesitaba reponer fuerzas antes de continuar el viaje. Tembló por dentro pensando en meterse en el agua, pero no tenía opción. Así que menos quejas, Aldith, cuanto antes mejor.

Días después ya era de noche cuando se acercó a la aldea agachada entre los arbustos intentando no hacer ruido. Unas mujeres hablaban frente a una de las casas. Una de ellas llevaba una cesta de huevos y se le hizo la boca agua. Vio que un hombre salía de la gran casa y con los brazos en jarras miraba a su alrededor antes de gritar —¡Gudbrand!

Un joven llegó corriendo. —Está en el fiordo, jarl. Le he visto irse con Hoder.

—¡Diles a mis hijos que vengan! ¡Ya!

—Sí, jarl Ellingsen.

Se le cortó el aliento. ¿Ese hombre era con quien pensaban casarla? Sintió tal miedo que se arrastró hacia atrás sin poder evitarlo. Se cubrió bien con la piel y dispuesta a huir, escuchó que

alguien llegaba corriendo por el bosque, así que se escondió tras un árbol. Dos jóvenes morenos de unos diecisiete o dieciocho años con el cabello hasta la cintura y el pecho al descubierto corrieron hacia la gran casa. El jarl sonrió al verles. —Entrad, no es seguro, ya lo sabéis.

—Padre, ya somos hombres —protestó el más alto.

—¡Gudbrand, no sabemos qué ha ocurrido con la comitiva de la boda, entra en la casa! ¡Sabes de sobra que ha pasado algo! Hasta que no tengamos noticias, no saldréis sin escolta, ¿me has entendido?

¿Noticias? Esperaban noticias. Igual alguien de su pueblo iría hasta allí para preguntar por qué el jarl no llegaba a casa. Esa era su esperanza de volver a ver a su madre. Ilusionada sonrió y se alejó a toda prisa. Ahora solo necesitaba buscar refugio y esperar. Llegarían, sí, los suyos llegarían y podría regresar. Volvería a su vida, porque ahora que su padre ya no estaba, ya no la obligarían a ningún matrimonio. Su madre no lo consentiría.

Capítulo 2

Al día siguiente sobre un árbol observaba la aldea mordiéndose el labio inferior porque una mujer partía un conejo en la parte de atrás de su casa. Su estómago gruñó porque hacía días que no comía decentemente. Al alejarse del río ya no había peces y aparte de unas ballas y unas manzanas que había robado de un árbol cercano no había metido nada en el estómago. Se moría de hambre y estaba segura de que esa mujer cocinaba maravillosamente. Solo pensar en el guiso que haría se moría de gusto. Vio como metía las piezas en una olla y la cogía antes de meterse en la casa. Bufó apoyando la espalda en el tronco y escuchó algunas risas. Volvió la vista hacia el embarcadero donde Gudbrand hablaba con una muchacha. Esta rio de nuevo y le tocó el brazo. Aldith entrecerró los ojos por su descaro, pero lo que más la molestó fue la sonrisa de Gudbrand, que miró a su alrededor antes de

cogerla por la cintura para pegarla a su pecho y robarle un beso. Aldith dejó caer la mandíbula del asombro y más cuando la muchacha rodeó el cuello con sus brazos encantada de la vida. Sintió que la rabia la recorría y chilló sobresaltándoles. La chica se sonrojó antes de salir corriendo mientras él se la quedaba mirando con una sonrisa estúpida en la cara. En ese momento el otro chico moreno se acercó a él riendo por lo bajo y le dio una palmada en el hombro. —Estás comprometido hermano, debes controlarte. Tu novia está al llegar.

—¿Qué voy a hacer con una niña de nueve años? —dijo molesto.

Aldith se quedó de piedra sintiendo que algo nacía en su interior. Era su prometido.

—¿Jugar a las muñecas? ¿Enseñarla a usar el telar? —preguntó Hoder.

—Cierra la boca.

—Venga, sabes lo que ha dicho padre, es tu deber.

—¿Mi deber? No necesitamos a ese Viggonsen en absoluto, somos muy poderosos sin él.

—Pero trae riquezas, hermano. Muchas riquezas que le vendrán bien a nuestro pueblo. Aunque igual tienes suerte y no llegan nunca. Padre cree que les ha pasado algo.

Gudbrand sonrió con desprecio. —Eso espero. Si Odín los ha apartado de mi camino, me ha hecho un favor inmenso —dijo cortándole el aliento—. Tengo muchos planes que una niña no va a entorpecer, te lo aseguro.

—¿Ya pensabas en quitarla del medio?

—¿Tú no lo hubieras pensado?

Riendo se alejaron del fiordo y Aldith les observó pálida. Acababa de confirmar lo que Hilde le había advertido. No debía confiar en nadie y menos en él.

Los días pasaban y por allí no llegaba nadie. Empezaba a desesperarse y como cada vez hacía más frío tuvo que pensar en un refugio para pasar la noche a resguardo. Tardó días en encontrar el sitio apropiado. Un árbol desde donde se veía la aldea. Era tan frondoso que sus ramas ocultarían perfectamente donde dormía incluso en invierno porque su hoja no caía nunca. Pero para hacer su

refugio necesitaba herramientas y tablas. Encontrar las tablas no fue muy difícil porque estaban haciéndole una casa al hijo menor del jarl y había muchas apiladas al lado de la construcción. Lo difícil fue llevárselas. Tenía que hacerlo de noche y llevarse un tablón arrastrándolo, era un trabajo que le llevaba horas. Cuando consiguió los suficientes robó el serrucho. Le salieron ampollas en las manos porque aquella herramienta era enorme y le costaba muchísimo que serrara, pero lo consiguió. Ahora venía lo difícil. Subir los tablones y pegar los martillazos con unos clavos que también tenía que robar con el martillo. Le llevó tres días poder entrar en la herrería para encontrar los clavos y el martillo, pero lo consiguió. Con una cuerda se ataba el tablón a la espalda y escalaba el árbol con una agilidad que parecía que lo había hecho toda la vida cuando antes le daba miedo subirse a un árbol. Era evidente que su vida había cambiado. Cuando llegó arriba colocó los tablones de tal manera que el suelo estuviera plano apoyado entre las ramas y observaba a los obreros de la casa de Hoder. Colocó el clavo y cuando uno de ellos daba un martillazo, ella dejaba caer su martillo. Y así después de cinco semanas ya tenía un refugio donde podía dormir estirada y bastante cómoda, la verdad. Pero si tenía una cama mejor. Así empezó a llevarse cositas que pudieran hacer su estancia en esa aldea mucho

más cómoda. Nada que tuviera demasiado valor, por supuesto, tampoco estaba bien abusar. Si robaba algo de cocido siempre dejaba lo suficiente como para que no se notara, si robaba pan siempre tenía que estar cortado primero para que no se dieran cuenta de que faltaba la porción que ella se había llevado. Aprendió que la paciencia era una virtud y que todo llegaba tarde o temprano. Nadie se dio cuenta de que faltaba nada gracias a eso, lo que reforzaba su postura y siguió siendo prudente.

Una noche a oscuras y con el cabello cubierto con una tela gris que había robado de la colada de una mujer, se acercó a la casa del jarl. Se moría por probar los manjares que ellos disfrutaban y sabía, porque lo había visto, que esa noche habían cenado venado. Esperaba que hubiera quedado un poco para ella. Pegada a la pared alargó la mano para abrir la puerta de atrás y juró por lo bajo porque en la zona del hogar dormían en el suelo al menos cuatro mujeres. Cerró la puerta y se mordió el labio inferior. No podría cenar esa noche. Las demás casas ya habían cerrado sus puertas pues ya se habían ido a dormir. Tendría que comer las bayas que había encontrado. Sus ojos brillaron. Podía ordeñar una vaca y al menos tomaría algo de leche. Rodeó la casa en silencio y se detuvo porque vio luz en el establo. Se pegó a los enormes troncos de la

casa del jarl y cuando pasados unos segundos no escuchó nada, sacó ligeramente la cabeza para mirar hacia allí. Dos guerreros salieron del establo hablando entre ellos. No les había visto nunca y eso que ya los conocía a todos de verlos desde su casita.

—No le va a gustar, díselo mañana —dijo el de la barba castaña.

—Esto no puede esperar. —El que llevaba un hacha en la mano parecía el jefe de los dos. —Cierra la boca, se hará como yo diga. Déjame el jarl a mí y tú dedícate a lo tuyo.

—Sí, Baard, como digas.

Estiró más el cuello para verles ir hacia la puerta principal. Caminó hacia la esquina y al echar un vistazo les vio entrar en la casa del jarl donde se oían las risas de unos hombres. Corrió hacia las escaleras de madera que estaban ante la puerta principal y se escondió debajo. Afortunadamente no cerraron la puerta.

—Mi jarl…

—¡Al fin llegáis! —Reconoció la voz de Gudbrand. —¿Dónde está mi prometida?

—Muerta. —Se le cortó el aliento. —Como toda su familia.

Escuchó que se movía una silla. —¿Cómo ha ocurrido algo así?

—Les atacaron en las tierras de los Hovensen. Se han quedado con todo lo que el jarl Tveit traía para los esponsales. Según su pueblo, seis cofres llenos de presentes para nuestro jarl.

—¡Malditos bastardos! —gritó el jarl furioso—. ¿Se han atrevido a robarme a mí?

Aldith entrecerró los ojos porque era evidente que su muerte les importaba bien poco.

—Padre tranquilízate —dijo Hoder.

—¿Que me tranquilice? ¡Esto es la guerra! ¡Preparad a los hombres!

—No es necesario, jarl —dijo el hombre que acababa de llegar —. El jarl Hovensen se compromete a enviaros tres de los cofres.

—¿Cómo que tres?

—Se ha tomado su venganza por la muerte de su hija y se quedará tres en recompensa. Los otros tres os los enviará y para que supiéramos que era un reparto justo los dividió ante nosotros.

Se hizo el silencio. —Padre, piénsalo bien, son nuestros vecinos —dijo Hoder—. No nos conviene tenerles de enemigos. Él ha

tomado su venganza y ha impedido esta boda que le dejaba en desventaja frente a nuestros pueblos. Tú hubieras actuado igual.

—Te lo dije —dijo Gudbrand—. Nunca fue buena idea y más aún que pasaran por sus tierras para llegar hasta aquí. Os pensabais que no se atrevería a enfrentaros y os ha demostrado que no es tan débil como creíais. ¡Ha sido una provocación y ha respondido con contundencia!

—¡Silencio! —gritó el jarl.

Como nadie decía nada, pensó que habían cerrado la puerta y que ya no escuchaba, así que sacó la cabeza para mirar hacia allí. El jarl miró a una mujer rubia que estaba sentada al lado de Hoder. —¿No tienes nada que decir?

—La muerte de mi sobrina y de mi hermana me parte el alma —dijo con lágrimas en los ojos.

Se le secó la boca. ¿Sobrina?

—Esperaba que estos esponsales hicieran una buena alianza y que mi hermana y yo pudiéramos encontrarnos más a menudo, pero al parecer ya no será posible.

El hombre que acababa de llegar y que estaba de espaldas a ella carraspeó. —Siento tener que decirte esto, Brina, pero tu

hermana falleció antes de que se iniciara el viaje.

Aldith perdió todo el color de la cara.

—Murió a manos del jarl por dar a luz un varón muerto después de que la golpeara.

La mujer se levantó lentamente y dos gruesas lágrimas cayeron por sus mejillas. —Pues me alegro de la muerte de ese bastardo.

—Esposa, ¿debo tomar venganza? —preguntó el jarl.

—¡Esa decisión debo tomarla yo, padre! ¡Era mi prometida!

El jarl apretó los labios. —Cierto. Como su dueño tienes derecho a reparación. Te daré dos de los baúles. ¿Te das por satisfecho?

Asombrada miró a Gudbrand que apretó los puños, pero su hermano le agarró por el brazo. —Piénsalo bien. Ese cerdo de Tveit Viggonsen violó y mató a la hija de Hovensen, tenía derecho a tomar su venganza. Si tu prometida ha muerto en la batalla fue un ajuste de cuentas, nada más. No dejes que tu orgullo nos lleve a una situación que puede que tu pueblo pague durante años.

—¿Hijo? Necesito una respuesta. ¿Te das por satisfecho?

Los hermanos se miraron y Hoder susurró algo. Sintió que se le cortaba el aliento leyendo sus labios como la vieja Hilde le había enseñado para saber lo que decía su padre y no recibir castigos por su mal humor. En cuanto su hermano terminó de hablarle Gudbrand dijo —Sí, padre. Me doy por satisfecho con los dos cofres.

Rota de dolor salió de debajo de las escaleras y sin importarle si la veían caminó con los ojos llenos de lágrimas hacia su árbol. Su madre había muerto a manos de su padre. Nadie tomaría venganza por su muerte, por la muerte de Hilde… A nadie le importaban. Hilde tenía razón, su vida no valía nada ahora que su padre ya no estaba. Su padre… La había matado, había matado lo que más quería. Sintiendo un profundo dolor en su corazón subió a su árbol y se dejó caer sobre su piel. El dolor no cesaba, oía la risa de su madre, sentía los besos de Hilde antes de acostarse. Pero nadie las vengaría, no eran importantes más allá del oro que les proporcionaran. Sintió un beso en la frente como el que le dio su madre cuando le dio su colgante y el dolor fue tan lacerante que su grito atravesó el bosque poniéndoles a todos los pelos de punta.

El jarl salió a la puerta. —¿Qué ha sido eso?

—¿Alguna parturienta? —preguntó Hoder.

—Nadie está pariendo —respondió Brina. Miró hacia el cielo y sus ojos se clavaron en la luna llena. Otro grito les estremeció de arriba abajo.

—Alguien necesita ayuda —dijo Gudbrand antes de salir corriendo—. ¡Buscad!

Brina se mordió el labio inferior sin dejar de mirar la luna. —¿Qué ocurre, esposa?

—Una vez mi hermana me relató una historia que le había oído a un viejo. La luna llena es un agujero en Asgard y por ahí las valkirias descienden en sus caballos alados y con sus espadas en alto cortan las cabezas de aquellos indignos de llegar alguna vez a comer en la mesa de Odín. Dijo que sabían cuando bajar por el sonido de los gritos de los inocentes. Marido se me han puesto los vellos de punta —dijo asustada.

—Mujer estás afectada por la muerte de tu hermana y de tu sobrina. Puede que ese sonido lo haya emitido un animal. Una vez oí chillar a un gato y parecía el llanto de un bebé, te lo aseguro. No debes preocuparte. —Miró a una mujer que había detrás. —Acuéstala y que la curandera le dé una infusión para dormir.

—Sí, jarl.

Einar observó cómo se llevaban a su esposa y apretó los labios muy disgustado con la situación. Hoder se acercó. —Padre…

—Lo sé. Así se quedarán las cosas. Tienes razón, no debemos empeorarlas más. Al fin y al cabo este matrimonio era por lo que era y tenemos el oro aunque sea en parte. Construiremos otro barco y este verano nos iremos de incursión.

Ambos miraron a Gudbrand que con un grupo de hombres se adentraban en el bosque. —Mi hermano no lo olvidará, lo considera una ofensa y ya sabes cómo es. Aunque su esposa no le importara nada es una espina que siempre llevará con él. En esta ocasión lo ha pasado por alto, pero si hay otra ofensa en el futuro…

—Tu hermano tiene que aprender a sortear estos problemas. Es su obligación como futuro jarl. —Miró los ojos azules de su hijo iguales a los suyos. —Tú estarás a su lado, sabrás aconsejarle.

—Haré lo necesario.

—Lo sé. Ahora ve a ayudar a tu hermano. Espero que no sea nada.

Gudbrand pasó bajo el árbol de Aldith, pero ella no le vio porque llorando en silencio se preguntó qué haría ahora. Ya no tenía familia, ya no tenía nada y era evidente que allí no la querían. Es

más, si la encontraban puede que la mataran porque tendrían que devolver los baúles y era evidente que querían más el oro que a ella. No, entre ellos no estaba segura. Pero a dónde iría. Allí tenía alimento y refugio, llegaba el invierno. Lo mejor era pasar allí un tiempo hasta que decidiera qué hacer. No tenía familia, no tenía fortuna, su vida no valía nada. Las lágrimas no dejaban de correr por sus mejillas, pero recordó las palabras de Hilde. —Hónrame salvando tu vida y haciendo que me sienta orgullosa. —Pues eso pensaba hacer.

Ocho años después.

Levantó el arco y guiñó el ojo para seguir a su presa cuando escuchó un bufido a su izquierda y se escondió tras el árbol. El caballo estaba a muchos metros de distancia, pero al cabo de unos segundos escuchó sus pasos sobre la hierba. Atenta a esos pasos entrecerró los ojos. Era el caballo de Hoder, pero llevaba más que su peso. Por el rabillo del ojo le vio llegar y llevaba a Dalhia ante él. Su amante se echó a reír y Aldith apretó los labios porque su esposa

Lova estaba en su casa a punto de parir a su quinto hijo. Maldito bastardo. Dalhia rio y ella le leyó los labios. Le dijo a Hoder al oído que se moría por tenerle dentro. Sería zorra. Él le respondió que si no había quedado satisfecha ya con lo que habían hecho en el río y ella puso morritos. Hoder se echó a reír. —Eres insaciable, mujer.

—Y eso te gusta.

—Me vuelve loco.

Se alejaron y Aldith salió tras el árbol mirándoles con rabia, una rabia que había reprimido muchos años para salvar la vida. Ese cerdo había convencido a Gudbrand para que no la vengara. Él le había susurrado que ella no era importante, que era el primer interesado en que hubiera desaparecido y que le habían hecho un favor. Que si estaba muerta mejor que mejor. Cada maldita noche recordaba cómo había movido los labios para decir esas palabras y estaba segura de que esa frase era la que había convencido a Gudbrand de que no hiciera nada por vengarla.

La habilidad que le había enseñado Hilde para sortear el mal humor de su padre, le había sido muy útil a lo largo de los años, porque aunque no podía estar cerca de ellos, sí sabía todo lo que decían. Les observaba para mantenerse con vida y sabía cada secreto de aquellos que habitaban en aquellas tierras. Y muchos

tenían secretos que ocultar. Entre otras cosas los negocios que algunos hombres hacían a espaldas del futuro jarl y de su hermano. Si Gudbrand lo supiera les arrancaría la cabeza, porque puede que ella no le hubiera importado nada, pero su pueblo… Se dejaría cortar en pedazos si con ello salvaba a los suyos. De hecho, ahora estaba en una incursión para conseguir oro y que todos ellos prosperaran aún más. Desde que se había ido por primera vez, la fortuna les había sonreído y siempre volvían con el barco cargado de riquezas. Esperaba que esta vez tuvieran la misma suerte. Se le cortó el aliento. ¿Y a ti qué te importa? No eres nada para él, no lo olvides, así que no debe ser nada para ti.

Se volvió y chasqueó la lengua porque evidentemente el conejo ya había desaparecido. Rayos. Ahora tendría que buscar otro.

Una hora después iba hacia el río para desollarlo cuando escuchó un silbido. Se detuvo en seco agachándose tras una roca y esperó. Eran varios caballos, al menos diez. En unos minutos cruzarían el río. Escondió la pieza entre la maleza y se arrastró para evitar que la vieran hasta colocarse tras unas rocas que la cubrirían si tenía que ponerse en pie para correr. Echó un vistazo y vio que los

hombres estaban preparados para la guerra y no eran diez, a unos metros iban al menos cincuenta. Se le erizaron los pelos de la nuca preguntándose qué estaban haciendo allí. Venían del norte, así que no habían pasado por las tierras de los Hovensen. Angustiada miró hacia la aldea que para ella estaba a media hora de camino si corría, pero ellos a caballo no tardarían en llegar. Tenía que avisar al jarl Ellingsen, pero para eso debía retrasar a esos hombres. Miró al que iba al frente, pero si le mataba y no iban hasta allí a guerrear, puede que ella provocara una guerra. No, debía ser uno que no tuviera importancia para el jefe. Miró a los que iban detrás y entonces vio a la joven. Una joven de unos quince años que tenía el cabello largo hasta el trasero. Era muy bonita y su vestido azul claro llevaba hilos bordados en oro. Ella jamás vistió con tal hermosura. Sin darse cuenta se miró, llevaba una vieja camisa que había sido de uno de los chicos del pueblo y unos pantalones de fina piel que se había hecho con los restos que había robado a una de las mujeres que trataban el cuero. Sus botas estaban a punto de romperse por el uso, pero es que cuando las había robado ya estaban en las últimas y aunque las había reparado necesitaban una suela más consistente. Miró a la chica de nuevo y observó como pasaba ante ella. Había llegado, era la nueva prometida de Gudbrand. Hunnuld era hija de

un rico jarl del norte. Llevaban esperándola semanas. Sintió algo en la boca del estómago que no supo definir, pero lo que sí identificó fue una intensa rabia porque ella tocara en el futuro lo que había sido suyo desde que tenía nueve años. Cuando pasaron de largo se dejó caer al suelo y apoyó la espalda en la roca intentando digerir todo aquello. Sintiendo que la rabia la recorría ni se dio cuenta de que sus preciosos ojos azules se llenaban de lágrimas. Ella no tenía nada y esa muchacha lo tenía todo, pero lo que más le importaba es que le tenía a él. Durante todos esos años había tenido que ver como compartía lecho con muchas mujeres, la mayoría esclavas que estaban deseosas de que el hijo del jarl las reclamara. Había llegado a aceptarlo, pero que se casara… Incomprensiblemente era algo que le costaba soportar. Pero era algo que debía aceptar como todo en su vida. Con ese casamiento conseguirían una alianza mejor que la suya en el pasado. Obtendría riquezas y a una hermosa mujer que le daría hijos. Hijos que ella no tendría nunca. En esos años había asumido que no era importante para nadie, pero en su ingenuidad había devorado cada minuto de la vida de Gudbrand y le conocía mejor que él mismo. Era fuerte, se había convertido en un hombre digno de admirar y no podía negar que era el guerrero más valiente que había conocido. Tuvo que reconocer que de alguna manera

había llegado a admirarle y no sabía cuándo esa admiración se había convertido en amor, un amor intenso por el que arrasaría el mundo, pero él no la quería a su lado. En el hipotético caso de que algún día llegara a saber de su existencia, sería un estorbo en su vida como reconoció en el pasado. Ahora tenía un futuro con Hunnuld, la mujer que él había elegido. Recordó cómo había hablado con su padre de ella. Sabía que era su deber como futuro jarl dar estabilidad a su pueblo y ya tenía veintisiete años, era hora de comprometerse de nuevo. Estuvieron meses buscando a la candidata adecuada y al fin había llegado. Presenciar esos esponsales sería un trago difícil de pasar. Igual debía irse y buscar otras tierras en las que vivir, pero pensar en no verle nunca más, no ver a su tía… Era lo único que tenía, aunque ellos no lo supieran. Aunque a ellos no les importara que hubiera muerto, aunque no hubieran buscado venganza por su muerte. Probablemente si algún día la descubrían, la matarían porque su presencia solo sería un recordatorio de su falta, además de ser un problema enorme con su vecino que decían que aún no se había recuperado de la muerte de su hija. Era más sencillo quitarla del medio que aceptar su presencia y no dudaba ni por un momento que su vida pendería de un hilo. Pero sin nadie que la protegiera, su vida no valdría nada en ningún sitio. Había oído muchas historias a

las mujeres del pueblo sobre algunas esclavas y se le habían puesto los pelos de punta con lo que habían sufrido en manos de sus dueños por estar desamparadas. Las que tenían allí a veces hablaban cuando creían que no las oía nadie y se quejaban de tener que compartir lecho con algunos guerreros que no eran nada gentiles con ellas. Solo de pensar que un hombre le pusiera las manos encima le revolvía las tripas. Jamás podría vivir así. Miró hacia la aldea y suspiró. ¿Debía aceptar que su destino era ese? ¿Que se subiría a su árbol el resto de su vida para observar la vida de los demás? ¿Que vería como se hinchaba el vientre de esa mujer mientras ella impotente no podía hacer nada? Ya no sabía qué pensar. Se limpió las lágrimas y se levantó para coger su conejo. Agarró el cuchillo que siempre llevaba en su bota y empezó a despellejarlo con habilidad. Al verse las manos llenas de sangre y desolladas por subir por la corteza de los árboles, se dio cuenta de que Gudbrand nunca la miraría dos veces teniendo a esa hermosa mujer lista para satisfacerle. Apretando los labios negó con la cabeza intentando olvidarse del tema. —Prepara el fuego y déjate de tonterías, que no comes nada desde ayer.

Capítulo 3

Desde la catarata vio como llegaba el barco y sintió el nudo que tenía en la garganta desde hacía una semana. Había ido hasta allí para bañarse sin que la viera nadie y se estaba cepillando el cabello cuando el barco apareció por el fiordo. Desde las alturas observó como varios iban hacia la proa, entre ellos Gudbrand que riendo palmeó la espalda de su primo. Su corazón saltó en su pecho de felicidad. Estaba bien, no parecía herido. Su cabello negro ya estaba lo bastante largo de nuevo como para cubrir media espalda y su fuerte torso estaba muy moreno. Era evidente que estaban deseosos de llegar a casa. Vio que varios hombres recogían sogas de la cubierta y que el hijo de su primo Erik intentaba mover un barril. De repente el barril volcó y él dio un salto atrás para que no le cayera encima, lo que provocó que tropezara y cayera por la borda. Asombrada vio que nadie se había dado cuenta y que el chico salía a

la superficie, pero inmediatamente se hundió. Asustada se acercó al borde del precipicio y gritó. Varios miraron hacia arriba incluido Gudbrand, pero ella no dejaba de mirar a Eigil que luchaba por su vida. —¡El niño! —gritó desde arriba, pero no parecían entenderla. Señaló hacia él, pero era evidente que no comprendían lo que quería decirles. Tomando aire corrió unos pasos y se volvió hacia el fiordo —. De todas maneras tu vida no vale nada, la de él es muy valiosa para su madre. —Corrió con todas sus fuerzas y se lanzó al fiordo.

Los del barco asombrados vieron como extendía los brazos antes de ponerlos hacia delante y caer al agua como una flecha. Todos corrieron hacia el otro lado del barco buscándola.

—¿Habéis visto eso?

—¡Silencio! —gritó Gudbrand mirando el agua.

—Una sirena —susurró uno de sus guerreros.

—Si era una mujer, tenía el cabello del color del oro.

Aldith emergió en ese momento con el niño en brazos y Erik gritó —¡Eigil!

Se acercó nadando y su padre alargó el brazo para cogerle de la camisa y tirar de él hacia arriba. Aldith tímidamente miró hacia Gudbrand que no le quitaba ojo.

—Gracias, gracias —dijo su padre emocionado abrazando a su hijo.

Gudbrand alargó la mano. —Sube.

Era la primera vez que se dirigía a ella y no sabía cómo reaccionar.

—Vamos mujer, te vas a helar —dijo como si estuviera molesto.

Ese tono la asustó y la hizo nadar hacia atrás.

—¿Qué haces? Ven aquí, mujer.

—Tengo que irme.

—Pero…

Aldith se volvió y nadó lo más rápido que pudo. —¡Eh! ¡Estás en mis tierras! ¡Vuelve aquí ahora mismo!

Erik miró asombrado a su primo. —¿Pero a dónde va? Ahí solo hay acantilado.

—¡Mujer, no hagas que vaya a buscarte! —gritó furioso. Esa frase la hizo nadar más rápido y todos parpadearon.

—Jefe no te hace caso —dijo Baard provocando que le mirara como si quisiera desmembrarle—. Ah, que ya te habías dado cuenta.

—¡Pues sí! —Se acercó a la borda. —¡Tendremos que ir a buscarte! ¡Me estás enfadando, mujer!

Ella llegó a la pared del acantilado y miró sobre su hombro.

—¿Ves? ¡Baard baja el bote!

Antes de que pudiera cumplir su orden vieron como Aldith empezaba a escalar la pared del acantilado y todos la miraron con la boca abierta. —Por Odín, ¿estáis viendo eso? —preguntó Erik.

—Papá, ¿me ha rescatado una diosa? Hace cosas imposibles, es una diosa, ¿verdad?

—Eso parece, hijo.

Gudbrand no salía de su asombro viendo como con agilidad llegaba ya a la mitad de la pared vertical. —¿Pero qué rayos…?

Aldith perdió un pie provocando que cayera una roca y logró sujetarse solo con una mano mientras los de abajo gritaban. Desde allí miró al barco y sonriendo para que no se preocuparan les guiñó un ojo antes de levantar una pierna y sujetarse con la otra mano.

—Si no lo veo no lo creo. ¿Nos ha guiñado un ojo? —preguntó Erik pasmado justo antes de que llegara arriba.

—Por el trueno de Odín, lo ha conseguido. —Gudbrand no salía de su asombro.

Aldith desde arriba miró a Gudbrand. Se dijo que seguramente sería la única vez que se verían cara a cara y era una pena porque tenía miles de cosas que decirle. Se despidió con la mano y Erik se despidió al igual que su hijo y algunos más. Gudbrand no dejaba de mirarla y ella susurró —Quizás algún día si Odín quiere. Ruego porque así sea. —Se volvió desapareciendo de su vista y Gudbrand miró por el acantilado al igual que los demás, pero no se la veía. Aquella misteriosa mujer había desaparecido.

Pensativo miraba la jarra de hidromiel que tenía en la mano mientras todos festejaban la gran riqueza que habían obtenido en el sur y la llegada de los suyos sanos y salvos.

El jarl le miró. —Hijo estás muy callado.

—Padre, esa mujer…

—Es que teníais que haberla visto, jarl —dijo Erik que sentado a su lado estaba entusiasmado—. Cómo se lanzó al agua, cómo subió el acantilado… No era humana, imposible serlo. ¿Qué opinas, primo?

—Claro que era humana, idiota —dijo antes de beber. Al levantar su vista sus ojos coincidieron con los de su hermano que parecía enfadado y era porque no le había hecho mucho caso a su suegro y a su prometida, que estaban sentados a su lado con cara de funeral. Pero le dio igual, la verdad—. Era muy humana.

—Cuéntame hijo, ¿cómo era? Dicen que era hermosa como una diosa, ¿es cierto?

—¿Era más hermosa que yo? —preguntó su prometida.

La miró atentamente. La verdad es que Hunnuld era muy hermosa, mucho, pero esa mujer tenía algo más. Aun así dijo —Tu belleza las supera a todas.

Su prometida sonrió de gusto y su padre pareció satisfecho. Gruñó antes de mirar a su hermano que rio por lo bajo antes de beber.

—¿Cómo era, hijo? No me dejes con la intriga.

—Tiene el cabello muy largo, jamás he visto una mujer con el cabello tan largo. Y era del color del oro, pero lo tenía mojado, igual ese no es su color.

—Y sus ojos eran de un azul tan claro como el cielo en un día de primavera —dijo su primo entusiasmado—. Vestía de hombre,

con ropas viejas y remendadas, es evidente que es pobre o eso quiere aparentar ante los simples mortales.

—¿Qué fue lo que dijo? —preguntó el jarl cada vez más intrigado.

—Dijo que tenía que irse, nada más.

—Que tenía que irse… ¿A dónde?

—¡Padre, pues eso mismo me gustaría saber a mí!

Todos le miraron y Gudbrand carraspeó. —Para darle las gracias como se merece.

—Ah… —dijeron a su alrededor.

—Tengo la sensación de que era muy tímida —dijo Erik—. Y se asustó cuando alargaste la mano, ¿te diste cuenta? Y cuanto más gritabas, más huía…

Le miró asombrado. —¿Me estás echando la culpa? ¡Solo di órdenes como hago siempre!

—Ella no te conocía, igual creía que estabas enojado.

Frunció el ceño. —¿Eso crees?

—Hijo, tienes un carácter…

Asombrado le miró. —¡Exactamente igual que el tuyo, padre!

—Es una pena que tuviera que irse, me habría gustado conocerla.

—Era una diosa, jarl —dijo su primo convencido—. Se dan a conocer cuando quieren. —Frunció el ceño. —Igual había dejado algo arriba y tenía que ir a buscarlo. Ya lo sé, lo que la hizo descender de Asgard. Arriba tenía la misión que le había encomendado Odín. Menos mal que estaba cerca para ayudar a mi hijo.

Varios asintieron mientras Gudbrand pensaba en ello. —Sí, algo debía tener allí arriba que la hizo subir de inmediato.

—¿Pero qué hará por mis tierras, hijo? —dijo su padre empezando a preocuparse—. Mañana quiero que vayas allí y busques alguna pista.

—Si es algo de los dioses, no deberíais intervenir —dijo su sobrino.

En ese momento llegó la esposa del jarl y se sentó al lado de Hunnuld. —Tu habitación ya está preparada con dos pieles más. Espero que esté todo a tu gusto, si necesitas cualquier cosa no dudes en pedirla, quiero que estés contenta en esta casa. No me gustaría que pasaras frío de nuevo como la noche pasada.

—Gracias Brina.

—¿Frío? —preguntó Gudbrand en voz baja a su hermano.

—Al parecer es friolera.

Gruñó antes de darle un mordisco al venado que tenía en la mano. Lo que le faltaba, una esposa quisquillosa.

Su madrastra sonrió antes de mirar a Gudbrand a los ojos. —Qué alegría que hayáis vuelto sanos y salvos.

—Y con riquezas, esposa, no lo olvides. —Dio una palmada a su hijo en el hombro. —Muchas riquezas. Habéis sido muy valientes y Odín os ha recompensado. Por eso ha salvado al hijo de tu primo.

—Claro… —dijo su suegro—. Seguramente ha sido por eso.

El jarl asintió satisfecho. —Ya que estás aquí con la aprobación de Odín es hora de preparar los esponsales.

Gudbrand se tensó mirando a su hermano que entrecerró los ojos. —¿Esponsales? ¿Tan pronto?

Para todos fue evidente su reticencia.

—¿Para qué esperar? —preguntó el que sería su suegro con un tono desconfiado que les alertó a todos—. Nosotros hemos cumplido con lo pactado.

De repente Gudbrand sonrió y su hermano le miró con desconfianza. —No dudo en que hayan cumplido con todo con lo que se les requería para que yo aceptara a su hija, jarl. Pero acabo de llegar y tengo mil cosas que hacer como prepararnos para el invierno. —Su hermano levantó una ceja porque ya estaba todo hecho. —Ahora no puedo parar con tres días de celebraciones y más aun teniendo a esa diosa entre nosotros que vigilará todo lo que hagamos.

—Hijo, ¿crees que hay una posibilidad de que esa diosa esté aquí por la boda? —preguntó su padre preocupado.

Su hermano levantó la otra ceja y Gudbrand carraspeó. —Eso solo lo sabe ella y Odín, pero igual no deberíamos precipitarnos.

—Eso mismo creo yo —dijo su madrastra apoyándole para sorpresa de todos—. Debemos averiguar qué quiere la diosa para no ofender al dios de dioses.

El jarl no quería ofender a su futuro consuegro y le miró. —¿Qué opinas, Tore?

—Teniendo en cuenta de que hablamos de los dioses, estoy dispuesto a esperar por su beneplácito.

Suspiró del alivio. —Pues muy bien, todo decidido. Hasta que no sepamos si la diosa está aquí por la boda y da el visto bueno, no habrá matrimonio. He dicho.

Aldith que estaba tras una tinaja en la oscuridad no se lo podía creer. Iban a aplazar la boda hasta que la diosa dijera sus intenciones. Sonrió maliciosa. Pues la diosa iba a hablar.

Gudbrand se despertó con los gritos y a toda prisa se levantó de un salto, se puso los pantalones y agarró la espada para abrir la puerta golpeándola contra la pared. La mujer que compartía su cama se despertó de golpe viéndole salir como alma a la que persigue Loki.

Atravesó el salón como una exhalación y en el exterior vio como todos se concentraban alrededor de algo. Corrió hacia allí donde varias mujeres gritaban y les apartó a la fuerza. —¡Dejadme pasar! —Llegó junto a su padre y se detuvo en seco al ver un círculo en el suelo hecho sobre la tierra. En el centro había un largo mechón de cabello muy rubio. Estaba estirado apenas, como haciendo

hondas, y una flecha cortada a la mitad se encontraba encima del sedoso mechón señalando al oeste. —¿Qué es esto, padre?

—La vieja Ulka lo encontró hace unos minutos. Casi lo pisa, hijo.

Se arrodilló y cogió el largo mechón de cabello tan claro como el trigo en verano antes de mirar a su hermano que estaba de lo más preocupado. —Es el de la mujer.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Ninguna de las mujeres que viven aquí tiene ni el cabello tan largo ni este color. Además, ninguna se atrevería.

Muchas negaron con la cabeza. —No nos atreveríamos a hacer algo así, mi jarl —dijo Ulka.

Su hermano se agachó a su lado y cogió la punta de flecha. —Es de las nuestras. —Miró hacia el herrero. —¿No es cierto?

—Sí, Hoder. Esa punta la he hecho yo, pero no tengo nada que ver en esto.

—Lo sé, amigo.

Gudbrand con el mechón en la mano se incorporó. —Al parecer tiene algo que decirnos.

Hoder asintió. —Debemos seguir la dirección de la flecha. Nos ha dicho que es ella y la punta señalaba hacia allí.

El jarl preocupado se pasó la mano por su espesa barba canosa. —Tened cuidado, esto cada vez me gusta menos.

Los hermanos se alejaron para ir cada uno hacia su casa. Gudbrand llegó a su habitación y al ver a la mujer gritó —¡Qué haces aún ahí! ¿No tienes nada que hacer?

Werna se levantó mostrando su desnudez y empezó a vestirse a toda prisa. —¿Qué ocurre, amor? ¿Por qué estás enfadado? ¿De quién es ese pelo, ha muerto alguien?

—No es asunto tuyo. —Abrió su cofre y metió el mechón de cabello entre la tela de una de sus camisas de invierno. Entonces vio que uno de los cofres más pequeños, que era donde tenía sus monedas de oro, estaba con la pestaña sin cerrar. Gruñó incorporándose y se volvió hacia ella que calzándose las botas se detuvo en seco. —¿Me has robado?

La mujer palideció. —No, te juro por Odín que no. Nunca me atrevería a hacer algo así.

Se acercó en dos zancadas y la cogió por el cuello. —Las tengo contadas —dijo haciendo que palideciera aún más—. Te juro

que como falte alguna te voy a destripar, zorra. A mí no me traiciona nadie.

Palideció aún más y susurró —La tengo en la bota.

Sonrió malicioso. —Devuélvela. —La soltó y cogió las botas para calzarse a toda prisa. Cuando Werna la dejó caer en el suelo rio por lo bajo. —Eres una estúpida, has perdido mi favor con tu avaricia. —Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas. —Sabes que esto lo vas a pagar, ¿no?

—Sí. —Se acercó al arcón y dejó la moneda en el cofre. Se volvió y susurró —Por favor no me mates.

—¿Matarte? No. De esa manera no pagarías tu traición. Te casarás con el herrero que tiene siete hijos y no puede atenderlos como se debe. Buena suerte en tu futuro, preciosa.

Werna jadeó. —¡No puedes hacer eso! ¡Le huele el aliento!

La miró amenazante. —O haces lo que te digo o se te juzgará por ladrona y ya sabes cual es la pena por robar.

—La muerte.

—Tú decides.

—Me casaré con él.

—Y más te vale que no tenga una sola queja sobre tu conducta. Quiero a Durin feliz, es un trabajador incansable y un buen hombre. Has tenido mucha suerte, no lo olvides. —Se volvió agarrando su hacha y salió de la habitación.

En ese momento la prometida de Gudbrand pasó por allí y esta al verla se detuvo para mirarla de arriba abajo. Por el aspecto que tenía era evidente que había compartido la cama de su novio y temiendo que le hiciera algo por tocar lo que no debía dio un paso atrás, pero Hunnuld simplemente dijo —¿Es gentil en el lecho?

Parpadeó de la sorpresa. —Es apasionado.

—¿Rudo?

—A veces.

Hunnuld apretó los labios como si estuviera disgustada con su respuesta y se alejó sin decir nada más. Werna suspiró del alivio, se había librado por los pelos. Hizo una mueca, el herrero no estaba nada mal, no sería mal destino.

Los hermanos y su primo con cuatro guerreros más cabalgaron hacia el oeste.

—¿Dónde nos detenemos? —preguntó su hermano.

—¿No es obvio? El cabello simbolizaba la cascada que está al oeste yendo por el bosque, no ha podido ser más clara.

—Esto no me gusta —dijo su primo.

—Si quisiera hacernos algún mal, ya lo habría hecho y más si es un castigo de los dioses. —Gudbrand apretó los labios. —¿O crees que salvaría a tu hijo para luego dañarle?

—No, claro que no. Pero los dioses son caprichosos, primo. Debemos tener cuidado.

—Creo que quiere advertirnos de algo.

Hoder asintió. —Sí, yo opino lo mismo.

Gudbrand de repente tiró de las riendas de su caballo haciendo que elevara sus patas delanteras provocando que todos se detuvieran. El grabado que había en el tronco del árbol que tenía ante él le hizo acercar su montura. El cuerpo de una mujer ofrecía la mano a un hombre mucho más grande que ella. Pero lo que le puso los pelos de punta es que en la otra mano la mujer tenía su propia cabeza de la que caían sus largos mechones hasta posarse en el suelo.

Su hermano silbó. —Sí, es evidente que no está de acuerdo con este matrimonio.

Se bajó del caballo y fue hasta el dibujo pasando el dedo por la línea que marcaba el vestido de la mujer. —Ha hecho hasta los grabados del vestido de Hunnuld. El que llevaba ayer.

—Es una ebanista de primera, si algún día se queda sin trabajo tendría mucho en el pueblo —dijo su primo mirando a su alrededor—. ¿Nos vamos? Se me han erizado los pelos y todo.

—Debemos ir a la cascada —dijo regresando al caballo—. En la primera pista nos dijo que fuéramos hasta allí.

—No, dijo que fuéramos en esa dirección. Ya hemos encontrado lo que quería decirnos, regresemos —dijo su hermano.

Le miró sorprendido. —¿Tú también tienes miedo?

—Con los dioses no se juega.

—Precisamente, por eso debemos ir. Nos lo ha ordenado. —Hincó los talones en los costados de su caballo y se lanzó a galope.

Sus hombres le siguieron y cuando empezaron a subir la colina otro dibujo en una roca les detuvo. Un hombre abrazaba a una mujer, pero tras él había otra con una barriga abultada con cuatro niños. Pero lo que les llamaba la atención era el rayo que

tenía sobre la cabeza el hombre. Todos miraron a Hoder que se sonrojó. —Bueno, mi esposa ahora no puede y… —Se bajó del caballo y se puso de rodillas. —¡No lo haré más, lo juro por Odín!

En ese momento sonó un trueno y todos miraron hacia arriba. —Hermano, sube al caballo.

—Sí, sí —dijo asustado subiéndose de inmediato.

—Y más te vale que a partir de ahora respetes a tu mujer.

Subieron la colina. Los hombres cada vez estaban más asustados y al llegar arriba Gudbrand miró a su alrededor. —La diosa no está.

—Habrá dejado otro mensaje —susurró su primo.

Se bajó del caballo y caminó a su alrededor buscándolo. Ninguno de los otros se bajó y gritó —¡Ayudadme!

Se bajaron a regañadientes y caminaron por allí. Entonces un sonido al borde del acantilado les hizo mirar hacia allí. Gudbrand se acercó lentamente hasta llegar al borde y separó los labios de la impresión porque en el otro lado de la orilla del fiordo había un pedazo de tela que hondeaba al viento. En ella había un cofre lleno de lo que parecían monedas de oro y algo rojo. —¿Eso es un

corazón? —Si era así estaba traspasado por un puñal. Se le pusieron los pelos de punta. —Id a buscarla, quiero verla de cerca.

—Enseguida —dijo uno de los hombres antes de salir corriendo.

—¿Qué crees que significará? —preguntó Erik.

—Una traición. Creo que representa una traición por el oro. El que se llevó el oro, se llevó ese corazón herido —dijo Hoder—. ¿No es eso, hermano?

—Sí, creo que sí. —Apretó los labios. —Y solo una vez hicimos algo así.

Su hermano le miró asombrado. —La muerte de tu prometida.

Capítulo 4

Gudbrand estaba furioso al llegar a la casa del jarl. —¡Hidromiel!

La esclava se acercó a toda prisa para servirle y su padre sentado a la cabecera de la mesa le miró mientras se acomodaba a su lado. —Hijo, ¿malas noticias?

Gruñó antes de beber de su jarra sediento y no era para menos porque desde que había visto esa bandera se le había secado la boca.

Su hermano se sentó en silencio a la mesa al igual que su primo. El jarl se impacientó. —¿Alguien va a contarme qué ocurre?

—¿Dónde está tu esposa?

—Haciendo sus quehaceres. Al parecer tu prometida es más quisquillosa de lo que parece. Exige que se la cambie de habitación

porque en la que tiene hay corrientes. ¡Corrientes! Si las habitaciones no tienen ventanas para protegernos del frío. Pero tranquilo hijo que para que no tengas conflictos con ella, una vez casados le dejaré las cosas muy claras en cuanto se vaya su padre.

—Se puede ir con su padre, mi jarl. No puedo casarme con ella.

Einar parpadeó. —¿Cómo has dicho?

—La diosa se niega. Como se niega a que Hoder tenga amantes y no solo eso, nos ha dejado una bandera donde hay una clara traición.

—¿Una traición? ¿A nosotros? —preguntó pasmado.

—No lo creo, padre. Todos los dibujos que nos ha dejado son cosas que hemos hecho nosotros.

—Hijo no entiendo nada.

—Deja que se lo explique yo —susurró su hermano.

Hoder empezó a relatar lo que habían visto y cuando terminó, su padre se quedó en silencio. —¿Qué opinas, padre?

—Esperemos a ver esa bandera de cerca —dijo muy tenso—. Si esa manera de actuar ha ofendido a los dioses, tendremos que remediarlo.

—¿Cómo vamos a remediarlo? —siseó Gudbrand—. Han pasado ocho años.

—Esperemos, hijo. No hay que precipitarse. Debemos solucionar el conflicto que nos acecha en este momento. Cancelar este compromiso puede llevarnos a la guerra.

—Enséñales el dibujo —dijo su primo—. Ahí no les quedará ninguna duda.

—Temo que piensen que todo esto es una burla. Hay que ser cautos. No creo que se traguen todo lo que decimos de buenas a primeras. Esta mañana el jarl no estaba muy contento porque su hija le despertó llorando.

—¿Por qué lloraba? —preguntó Gudbrand molesto.

—Te ha visto salir de tu habitación y en ella estaba otra mujer. Dice que no les respetas.

Gudbrand carraspeó mientras su primo y su hermano le fulminaban con la mirada. —No me miréis así, yo aún no estoy casado.

—¡Hijo! —gritó su padre haciendo que se tensara—. ¿Acaso no sabes cuáles son tus responsabilidades?

—Sí, padre, las sé muy bien.

—¡Qué no tenga que recordártelas!

Que le regañara como a un niño le enfureció y se levantó saliendo del salón dando un portazo. —Seguidle, no le quitéis ojo.

—¿Qué ocurre, padre?

—Esas tres cosas que ha dicho la diosa están muy relacionadas con él, ¿no creéis?

A su hijo se le cortó el aliento. —¿Crees que ha sido él y no la diosa?

—No sé qué pensar, su cara de sorpresa de esta mañana me hace dudar, pero no debemos dejar nada al azar ya que es una manera de librarse de su futura esposa, de que tú te pienses lo de tus amantes y de expiar su culpa respecto a lo que ocurrió hace ocho años. Vigiladle. Quiero saber cada paso que da antes de que se ocasione un conflicto aún más grande.

—Sí, jarl —dijeron antes de seguirle.

El jarl suspiró antes de levantar la vista y al ver a su esposa al otro lado de la mesa apretó los labios. —No empieces.

—Al parecer hicimos mal. Te lo dije. No vengaste a mi propia sangre. —Sonrió maliciosa. —Ahora lo harás, ¿verdad, amor? Porque los dioses te lo ordenan. Que pena que no escucharas las súplicas de

tu esposa cuando nos quedamos solos en nuestra habitación. Te di la razón ante todos, pero si tengo que posicionarme de nuevo lo haré a favor de Gudbrand.

—Lo sé y no te lo reprocho.

Molesta fue hasta la piel que separaba el salón del pasillo que daba a las habitaciones y el jarl suspiró. —Diosa, si es cierto que estás aquí, llegas en el peor momento.

Aldith tras los barriles cubierta por las sombras estaba tan sorprendida que tuvo que ponerse de rodillas. Su tía no estaba de acuerdo entonces, solo aparentó que sí para no dejar mal al jarl con su decisión. Apretó los puños porque habían aceptado el oro por evitar conflictos, pues iba a hacer que se arrepintieran de esa decisión.

Ante la bandera Gudbrand pasó la mano por la tela roja que efectivamente representaba un corazón que era atravesado de parte a parte por una daga. A nadie le quedó ninguna duda sobre quien había perpetrado la traición a la que se refería, porque esa daga que

tenía una piedra azul en la empuñadura era la suya. Cogió la daga de su bota y la puso al lado.

El jarl muy tenso se alejó. —Guardad la tela en un lugar seguro.

Los allegados al jarl se sentaron a la mesa mientras Erik retiraba la tela. Todos se quedaron en silencio esperando sus primeras palabras, pero estas no llegaban.

—Padre…

En ese momento su futuro suegro se acercó llevando del brazo a su adorada hija y Gudbrand se tensó porque la mirada del hombre no presagiaba nada bueno.

—Oh, Tore, estás aquí. Ven, tenemos que hablar de lo que está ocurriendo. No sé si has escuchado lo que han encontrado mis hijos.

—Sí, algo ha llegado a mis oídos —dijo sin ninguna intención de sentarse—. ¡Y lo considero un insulto!

Einar perdió la sonrisa de golpe. —¿Cómo has dicho?

—¡Todo esto es una burla! ¡Una burla desde el principio! ¡Tu hijo no solo desprecia a mi Hunnuld exhibiendo a sus amantes ante mi dulce hija, sino que está haciendo toda esta pantomima para

humillarla y rechazar su mano! ¡Es un insulto! —Los hombres de Tore que estaban distribuidos por el salón se levantaron y los suyos no se quedaron atrás.

El jarl se puso en pie. —¡Creo que la decisión de los dioses está por encima de cualquier acuerdo al que hayamos llegado y ayer opinabas lo mismo!

—¡Eso fue antes de saber que tú mismo dudabas de las intenciones de tu hijo y de que todo esto fuera una farsa urdida por él!

Gudbrand le miró sorprendido. —¿Padre?

El jarl se enfureció porque alguien le había escuchado cuando hablaba con sus hombres. Aldith desde detrás de los barriles se mordió el labio inferior porque era evidente que estaba a punto de iniciarse una guerra y ella no quería eso. No quería muertes sobre su conciencia. Gimió porque tenía la sensación de que había abierto una brecha entre Gudbrand y su padre. Rayos.

—¿Lo que dice es cierto?

—Hijo no me pongas en un aprieto —dijo el jarl entre dientes.

—¡Así que es cierto, dudas de mí!

—¡Lo que encontramos fue hecho por una diosa! —gritó su hermano—. ¡No por Gudbrand! ¡Por Odín, si tuviera una aguja en la mano ni sabría qué hacer con ella! Además, ayer se acostó muy tarde y compartió lecho con una mujer, ¿cuándo iba a hacer todo lo que pretendéis? Llegar a la cascada a caballo lleva al menos media mañana y otro tanto de vuelta. ¡Eso por no hablar de que para dejar la bandera tuvo que ir en barco y ninguno salió del puerto! Preguntarles a los guardias si no me creéis. ¡Vuestro barco está amarrado ahí como los nuestros! ¿Vuestros hombres os han dicho algo al respecto que nosotros desconozcamos?

Todos se quedaron en silencio y Aldith suspiró del alivio porque Hoder había despertado sus dudas.

—Tore cálmate y siéntate con nosotros —dijo el jarl con un tono más pausado—. Debemos decidir qué hacer.

—Es evidente que ya no va a haber boda —dijo muy tenso.

—Ni tú serías capaz de contradecir a un dios. Como ha dicho mi hijo, es imposible para un humano hacer todo lo que hizo esa mujer en una sola noche, así que te pido que te sientes para llegar a un acuerdo que nos satisfaga a todos.

Tore fulminó a Hoder con la mirada y este se levantó sentándose a la derecha de su padre. —Hija siéntate con tu sirvienta.

—Sí, padre. —Se alejó para sentarse con su esclava y una de sus sirvientas se apresuró a servirle cerveza.

—Bien —dijo Gudbrand sentándose ante él—. Como ya ha quedado demostrado que yo no tengo nada que ver en esto y como se ha dudado de mí, de mi honor y de mi palabra, no os sorprenderá a ninguno de los dos que rechace este matrimonio.

Tore apretó los labios. —No quería ofenderte.

—Pero lo has hecho —dijo entre dientes—. Como lo ha hecho mi padre. A él le debo la vida, pero a ti no te debo nada. Aunque la diosa no hubiera hablado, tu comportamiento hacia mí es intolerable por muy jarl que seas.

Tore iba a decir algo, pero su padre le interrumpió. —En compensación por este fallido matrimonio, te daremos un cofre de oro y te irás de inmediato para no contrariar a la diosa.

El jarl siseó —Todavía no me puedo creer que…

Unos gritos fuera hicieron sonreír a Aldith y todos se levantaron de golpe para salir corriendo, pero no tuvieron que

alejarse mucho porque era bien visible desde el patio. El barco de Tore tenía en un lateral pintado con sangre de conejo un gran barco partido en dos. Los gritos se oían por todas partes y cuando ella elevó la cabeza vio entrar a Hunnuld pálida como la nieve ordenando a todo el mundo que recogieran sus cosas. Divertida se metió el pedazo de pan en la boca y masticó mientras recogían. Su padre ni apareció por allí y apenas unos minutos después la novia salía despavorida con un montón de pieles en los brazos que no eran suyas. Aldith vio una manzana sobre el barril que tenía al lado y sin dejar de masticar se la tiró a la cabeza haciendo que cayera espatarrada sobre el suelo de piedra. Hunnuld mareada del golpe, al ver la manzana rodar hasta la pared levantó la vista hacia el techo antes de gritar como una posesa y salir de allí corriendo con las manos vacías y con todos sus hombres detrás que hasta sus cofres habían abandonado por el comportamiento de su ama. Reprimiendo la risa se metió el pan en la boca y se dijo que por esa noche ya estaba bien, era hora de alejarse ya que estaba el salón vacío. Sino tendría que esperar hasta la madrugada y estaba agotada, la noche anterior no había dormido nada. Fue hasta la puerta de atrás pasando por el hogar y echó un vistazo antes de salir. Todos estaban

en el embarcadero, así que tranquilamente caminó entre las sombras hasta llegar al establo.

—¡Cállate!

La voz de Gudbrand la detuvo en seco.

—¡Hermano, escúchame, era evidente que ya no estabas de acuerdo con el matrimonio, es normal que tuviera dudas! ¡Estás juzgando a padre muy duramente!

—¿Eso hago? ¡Ha dudado de mí ante mi pueblo, ante mis hombres!

—¡Tú no querías casarte con ella, se ha dado cuenta todo el mundo! ¡Aceptaste a regañadientes este matrimonio!

—¿La has visto? ¡Es una caprichosa que se queja por todo! Me exasperaba hasta su voz, ¿cómo iba a vivir con ella?

Aldith sonrió.

—Bien, pues asunto arreglado, no tendrás que casarte con ella… Joder, hermano no te subas al caballo. ¡No puedes irte!

—Necesito despejar mi mente.

—¡La diosa aún quiere que hagamos otra cosa! Debemos descubrir qué quiere decir con la bandera y…

—A eso voy precisamente. —A Aldith se le secó la boca. —A vengar a mi prometida.

—¿Pero estás loco? ¿Cómo vas a ir tú solo?

—No pienso implicar a todo mi pueblo en algo que tenía que haber enfrentado yo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Matarle? ¿Y si te equivocas con lo que pretendía la diosa? Acabamos de librarnos de una guerra, ¿quieres iniciar otra? ¡Vayas solo o no, habrá consecuencias por ser hijo de quién eres!

—Solo si me ven.

No, no, no podía dejar que se fuera solo. El miedo a que no volviera con vida la invadió y a toda prisa se quitó el pañuelo que cubría su cabeza y corrió hacia la puerta del establo. A ver cómo salía de esa. Respiró hondo antes de dejarse ver y Gudbrand ya sobre su caballo discutía con su hermano, pero cuando agarró las riendas miró hacia ella deteniéndose en seco. Hoder miró hacia allí y palideció.

—¿A dónde crees que vas, guerrero? —preguntó intentando mostrarse serena.

—Hermano, baja del caballo —susurró Hoder sin quitarle la vista de encima.

Gudbrand muy lentamente se bajó colocándose a su lado. Aldith sonrió dulcemente. —Vuestros errores del pasado se enmendarán en su momento, no ahora. ¡Se hará cuando yo lo diga! —Miró a Gudbrand a los ojos. —¿O quieres desobedecer a Odín?

Gudbrand se mantuvo en silencio y Aldith miró a su hermano. —Tu esposa va a darte otro hijo.

—Sí, mi diosa.

—Cuídala, te ama intensamente y ha pasado por alto tus escarceos, pero yo no los pasaré por alto de nuevo, ¿me has entendido?

—Has sido muy clara.

—Por cierto… Hay ciertos hombres que esconden pieles para venderlas por su cuenta. Están en una barca escondida tras unos matorrales cerca del puesto del vigía, así que supongo que ya sabéis quien está implicado. Aunque hay más, seguro que sabréis descubrir a sus cómplices. Oh, y las mujeres necesitan vestidos nuevos. Y la esposa del jarl no tiene las joyas que se merece por su entrega y posición. Agasajadlas. Y la vieja Ulka necesita un tejado nuevo, su

hijo es un vago. —Hoder no salía de su asombro. —Quiero que las esclavas sean libres para decidir con quien comparten lecho, algunas están descontentas.

—¿Para ti no quieres nada? —preguntó Gudbrand.

Ella le miró sorprendida. —¿Para mí? Yo ya lo tengo todo, no puedo aspirar a más. Encárgate de tu gente, guerrero.

Hoder carraspeó. —¿Mi hermano podrá casarse en algún momento? ¿Debemos buscar entre las mujeres de por aquí?

Le fulminó con la mirada. —¿Qué has dicho?

—Nada, mi diosa —respondió rápidamente—. Si no tiene que casarse, pues no se casa y punto.

—Tu hermano ya tuvo una esposa. Fue suya desde el mismo momento en que llegó a un acuerdo con su padre, ¿o acaso me equivoco?

—No, mi diosa, no te equivocas.

—No supo cuidarla como debía, ¿quién dice que tiene derecho a otra?

—Nadie, no lo dice nadie —dijo sudando y todo.

—Pues eso. —Miró fijamente a Gudbrand que no dejaba de observarla como si la estuviera analizando. Sin darse cuenta la

recorrió un calor de arriba abajo que la sonrojó. —¿Acaso no estás de acuerdo?

—No estoy de acuerdo en muchas cosas, pero esa no es una de ellas.

Sonrió. —Lo suponía. A ti las mujeres siempre te han estorbado cuando no compartían tu lecho.

Gudbrand entrecerró los ojos y dio un paso hacia ella. —¿Quién eres? ¿Por qué estás aquí? ¿Cuándo deberé actuar?

¿Y ahora qué rayos decía? —No tengo nombre, lo perdí hace mucho. Para ti y los demás seré la enviada. Y deberás actuar cuando yo te lo permita, ni antes ni después. ¿Te ha quedado claro?

—Como el agua —dijo entre dientes demostrando que no le gustaba que nadie le dominara.

—Perfecto. —Se volvió. —Por cierto, se acerca el invierno. Un invierno duro. Os aconsejo que cacéis más carne. La necesitaréis.

Se alejó desapareciendo entre las sombras y los hermanos se miraron antes de correr hacia la puerta. Asombrados vieron que la mujer ya no estaba. Gudbrand rodeó el establo, pero no estaba por ningún sitio. Cuando se encontró con su hermano en la puerta este preguntó —¿A dónde ha ido? Se ha esfumado, no hay ni huellas.

Gudbrand apretó los labios antes de mirar al cielo sobre las copas de los árboles. —No sé dónde está, hermano. Pero lo que sí sé es que esa mujer no es una diosa y que se casará conmigo.

—¿Estás loco? ¿Pero qué dices? ¡A ver si se va a ofender y la lías! ¿Por qué no piensas antes de hablar?

—¿Conoces alguna diosa a la que se le endurezcan los pezones por hablar con un mortal? —preguntó divertido.

Aldith subida a un árbol se sonrojó con fuerza.

—Hermano empiezas a decir disparates. Quítatelo de la cabeza si no quieres acabar con un rayo que te divida en dos. Esta es la única diosa que conozco y te aseguro que no quiero conocerla mucho, cuanto antes se largue mejor.

—¿Sabes de lo que me he dado cuenta?

—¡No tengo ni idea, hermano, y no sé si quiero saberlo! —dijo antes de largarse dejándolo con la palabra en la boca.

Gudbrand sonrió. —¡Llevaba la vieja camisa de Viggor!

Hoder se detuvo en seco y se volvió. —¿Qué?

—¡La que le hizo su madre! ¿No la recuerdas? La que le regaló cuando fue a la primera incursión con su padre. La he

reconocido porque una de las cuerdas que cierran el cuello es de otro color, como la suya.

Asombrada se miró la camisa y vio el extremo de la cuerda de la que hablaba.

Hoder asintió. —La recuerdo. Esa cuerda era de otro color porque llevaba trenzado el cabello de su madre para que le protegiera. —Ella separó los labios de la impresión. —La camisa que le robaron de su arcón. La que dijo hace años que había desaparecido.

Gudbrand entrecerró los ojos. —Había dejado de ponérsela porque no le valía y no quería romperla. Con ella fue a sus primeras tres incursiones y era recuerdo de su madre, por eso la guardó.

—Sí, en su última incursión con ella, había desgarrado una manga y decidió guardarla —dijo impresionado—. Y la tiene la diosa, ¿vendrá a devolvérsela?

—No seas idiota, Hoder. ¡Ella la robó!

Le miró asombrado. —¿Pero qué dices? ¿Para qué iba a hacer eso?

—No tengo ni idea. —Miró hacia el cielo. —Pero aquí hay algo que se nos escapa y debemos descubrir qué es, porque tengo la

sensación de que si seguimos a ciegas algo va a suceder y no será bueno.

Horas después en su casita del árbol pensó en lo que acababa de ocurrir. Rayos, casi ya lo sabía todo, en el establo solo le había seguido la corriente. Necesitaba algo que le hiciera creer que en realidad sí era una diosa. Ese papel la ayudaría mucho en el futuro y además le estaba cogiendo el gusto a que hicieran todo lo que ella decía como corderitos, para qué negarlo. Su estómago gruñó al pensar en los corderos y es que no había comido casi nada ese día. Qué hacer… ¿Qué hacer…? Al pasársele una idea por la cabeza sus preciosos ojos brillaron. Gudbrand, cielo, después de esto no te va a quedar ninguna duda.

A la mañana siguiente Gudbrand salió de la casa y gritó —¡A los caballos! ¡Hay que ir de caza!

—¿Así que vas a seguir sus instrucciones? —preguntó su hermano a su lado.

—Por supuesto, que piense que sigue teniendo el mando hasta que podamos atraparla para que conteste nuestras preguntas.

—Hermano espero que tengas razón, aunque lo que estoy viendo no es precisamente alentador.

Gudbrand siguió su mirada y dejó caer la mandíbula del asombro al ver que dos osos enormes estaban colgados de dos ramas de un árbol con el cuello cortado desangrándose para ser preparados para el invierno. —Por Thor, ¿cómo ha conseguido matarlos y traerlos hasta aquí?

Su hermano le miró como si fuera estúpido. —Más te vale que quites de tu mente esos pensamientos estúpidos que tienes, al final nos vas a meter en un lío.

—Es tan mortal como tú.

—Los mortales no aparecen y desaparecen de la nada —dijo antes de alejarse.

—Será posible…

Su padre se puso a su lado y le palmeó la espalda. —Tenemos a los dioses de nuestra parte, hijo. Qué buenas piezas.

Él gruñó alejándose.

—¿Aún estás enfadado? ¡Hijo, no fue para tanto! —Como Gudbrand no le hizo caso gritó —¡Preparad esa carne, hay que desollarlos!

Horas después Gudbrand estaba en el embarcadero recogiendo unas sogas mientras veía como las mujeres muy contentas con sus nuevas telas hablaban sobre lo que se harían con ellas. El sonido de un cuerno les tensó y él miró hacia el fiordo. Su primo llegó corriendo. —¿Quién será?

—¿Qué más da si tenemos a la diosa de nuestra parte? —preguntó con ironía.

—Tienes razón —dijo más tranquilo asombrándole.

—¡Ve a por tu espada! —le gritó a la cara.

Los hombres armados hasta los dientes se acercaron corriendo y esperaron instrucciones. —Quiero dos arqueros en las rocas y… —Cuando vieron una barca donde no cabrían más de dos personas se detuvo en seco. Parecía que una mujer la guiaba.

El jarl llegó en ese momento y juró por lo bajo.

—¿La conoces, padre? Su cara me es familiar.

—Es vuestra abuela.

—¿Nuestra qué?

—Dejó de hablarme cuando murió tu madre y no quiso saber más de mí, así que nunca más volvió por aquí.

No salía de su asombro. —¡Creía que estaba muerta!

—Hijo, yo también lo pensaba, ¡no volvió!

—¿Y por qué se fue? No lo recuerdo.

—¡Porque no quise que viniera una curandera que estaba a tres días de aquí! ¡Era pleno invierno y el oleaje hubiera matado a mis hombres! ¡Tuve que elegir!

—Y elegiste a tus hombres —dijo sin poder creérselo.

Su padre le miró a los ojos. —A veces hay que tomar decisiones muy duras. Tu madre lo entendió, hasta ella dijo que era una locura y que no quería cargar sobre su conciencia el sacrificio de nadie. Además, no hubieran llegado a tiempo, tu madre murió dos días después por las fiebres. —Le rogó con la mirada. —Puede que nunca la amara como amo a mi esposa actual, pero nunca quise para ella ningún daño. Si hubiera sido primavera los hombres hubieran ido al fin del mundo con tal de salvarla, pero tuve que elegir.

Podía llegar a entender lo que había ocurrido. El invierno era muy duro y arriesgar la vida de muchos por una sola era algo impensable. Incluso él había tenido que elegir en alguna incursión entre ir a rescatar a uno de sus hombres o salvar la vida de los demás. Y había elegido del mismo modo que lo había hecho su padre.

—Por Odín, ¿qué rayos vendrá a hacer aquí? —dijo su padre molesto.

—Enseguida lo averiguaremos.

—No sé si te acuerdas, hijo, pero era una arpía insoportable. No dejes que te saque de quicio. —Gimió por lo bajo. —Cuando vea a mi Brina, la vieja se va a poner como loca.

—No le hará ningún daño, padre —dijo muy tenso—. No te preocupes por ella, si le falta al respeto, esa barca se irá de aquí tan rápido que pensarás que ha sido un sueño.

Brina y Hoder llegaron en ese momento. Su esposa sonrió. —¿Quién es?

El jarl tomó aire antes de decir —La madre de Arvid.

Su esposa perdió la sonrisa poco a poco al escuchar el nombre de su antecesora. —Oh… oh.

—¿Nuestra abuela? —preguntó Hoder sorprendido antes de mirar a su hermano—. Pero estaba muerta, no regresó y… Por Thor.

—Por lo visto no estaba tan muerta como pensábamos todos. ¿La recuerdas?

—¿Tú no? ¡Qué sorpresa! —Se volvió y gritó— ¡Lova, ven! ¡Y tráete a los niños!

Aldith observaba sus labios desde el árbol con el ceño fruncido. —¿Su abuela? Qué raro todo… —Observó como aquella anciana sumergía el remo en las frías aguas. Tenía el cabello cano trenzado y llevaba un simple vestido que decía a gritos que no le sobraba el oro. Tras ella llevaba tres bultos envueltos en tela de arpillera. Tuvo una mala sensación. No, aquella mujer no iba allí con buenas intenciones y fue evidente cuando volvió la cara hacia el agua y sonrió maliciosa. Desde el embarcadero ese gesto no se vería, pero ella lo había visto muy bien. Bufó. Genial, a otra que tendría que echar. Últimamente no tenía paz.

Los hermanos y el jarl con toda la familia detrás observaron cómo se acercaba. La anciana miró a Einar a los ojos. —Jarl, no te han tratado mal los inviernos que han pasado.

—Podría decir lo mismo de ti, Wibeke. Bienvenida a mis tierras.

La mujer apretó los labios antes de mirar a Hoder y a Gudbrand. —No puede ser, sois...

—Son tus nietos.

Uno de los chicos ayudó a amarrar la barca mientras ella les observaba fascinada. —Mi Arvid estaría muy orgullosa.

Hoder sonrió y alargó la mano. —Permítame, abuela.

La ayudó a subir al embarcadero y abrazó a Hoder antes de que pudiera evitarlo. Su hermano sonrió. —Bienvenida.

—Gracias, gracias —dijo emocionada antes de volverse hacia Gudbrand que estaba algo tenso, pero la anciana le abrazó igualmente—. Qué alegría veros.

—Lo mismo digo. —Se apartó forzando una sonrisa. —Padre, ¿les presentas a todos? Después de tantos años separados no reconocerá a nadie de por aquí.

La mujer se sonrojó. —Sí ha sido mucho tiempo, pero… Tengo mil cosas que contaros.

—¿De veras?

La abuela perdió algo la sonrisa antes de mirar a su yerno que carraspeó. —Ella es Lova… —Siguió presentándole a los hijos de Hoder y esta los saludó con entusiasmo.

Hoder se puso a su lado. —Intenta relajarte.

—¿Después de tantos años aparece ahora? Esta quiere algo.

En ese momento uno de los bultos cayó ante sus pies y al ver los otros dos Hoder dijo por lo bajo —Al parecer viene a quedarse.

Preocupado por Brina miró hacia ella que estaba de lo más incómoda. —Eso no podrá ser.

—Pero…

—Ya hablaremos de eso.

Capítulo 5

Mientras Aldith masticaba la deliciosa liebre que había robado del hogar, vio desde detrás de los barriles como la familia cenaba. Y no parecían precisamente contentos, todo lo contrario. Casi no se dirigían la palabra y todo era por la presencia de esa mujer que era de lo más incómoda, sobre todo para su tía.

—¿Y qué te trae por aquí? —preguntó el jarl.

—Vengo a ver a mis nietos, por supuesto.

—Por supuesto. —El jarl miró de reojo a Gudbrand. —Como ves ya son hombres.

—Sí, grandes guerreros. Mi hija supo darte unos hermosos hijos.

Sin aliento vio como su tía agachaba la mirada y le dio muchísima rabia mientras el jarl sonreía sin darse cuenta. —Los más

hermosos. ¿Y cuánto tiempo te quedarás? Enseguida llegará el invierno.

—Me quedo a vivir aquí.

Se hizo el silencio y la vieja les miró inocente. —¿No puedo quedarme?

Ahí fue Gudbrand el que habló. —Me sorprende que quieras quedarte aquí cuando hace años te fuiste para no volver.

La vieja fulminó al jarl con la mirada. —¿Les has hablado mal de mí?

—No, Wibeke. Se han enterado de tu existencia cuando has aparecido. Antes creía que hacía tiempo que te habías reunido con tus antepasados, la verdad.

—Pues estoy muy viva.

—¿Y esa vida dónde la has pasado? —preguntó Hoder intentando relajar el ambiente.

—Por lo visto ha sido muy lejos, hermano. Tanto que se había olvidado de que tenía dos nietos.

La abuela tensó la espalda. —Nunca he podido olvidaros —dijo como si estuviera de lo más compungida—. Pero era doloroso y… —Se echó a llorar cubriéndose la cara con las manos.

Uy, esta… Tenía mucho cuento. Además, se le daba fatal fingir que lloraba. Esa buscaba algo, eso era evidente.

—Ya está bien —dijo el jarl intentando no alterarse—. Dime qué quieres y lárgate de mis tierras.

Apartó las manos y sorbió por la nariz antes de chasquear la lengua. —Siempre has sido muy listo.

—Al grano, suegra. Como has dicho se acerca el invierno y no te quiero por aquí con tus frases maliciosas hacia mi esposa.

Le miró con rabia. —¿Sabe que nunca darás la cara por ella?

—¡Sabe que tengo que cumplir con mi deber y mantener a mi gente a salvo! —Golpeó la mesa con el puño. —¿Qué quieres? ¡Deja de mostrar esa cara que no te corresponde!

Wibeke le fulminó con la mirada. —Tienes que hacerme un favor.

—¿De qué tipo?

—Mi nieta Arvid, hija de la hermana de tu primera esposa se encuentra en apuros, necesito que la rescates.

—¿Tenemos una prima? —preguntó Hoder encantado. Todos miraron hacia él como si fuera tonto—. Sí, he oído que está en apuros. A ver si os relajáis un poco, estáis de lo más susceptibles.

—¿Qué problema tiene? —Gudbrand apoyó los codos sobre la mesa para acercarse.

—Su marido la ha vendido.

—¿Qué has dicho?

—La ha vendido a un jarl que se encaprichó de ella cuando vino de visita. ¡Le vi las intenciones enseguida, pero no pude hacer nada! ¡El cerdo de su marido se ha quedado con sus dos hijos y la ha vendido para cohabitar con su amante!

Gudbrand gruñó. —¿Me estás diciendo que mi prima se casó con un hombre que tiene una amante y para quedarse con sus hijos y casarse con esa mujer, vendió a Arvid a un jarl que se ha encaprichado de ella?

—Es exactamente lo que acabo de decir —dijo furiosa—. ¡Tenéis que salvarla! Lo que le estará haciendo a mi pobre niña.

—¿Y vuestro jarl no hizo nada para protegerla?

—¡Nuestro jarl está tan enfermo que no puede ni recordar su nombre y su hijo no ha querido hacerse cargo para no crear conflictos con el jarl Hovensen!

A todos se les cortó el aliento y la abuela miró a unos y a otros. —¡Sé que es vecino vuestro, pero no me digáis que no vais a

hacer nada! ¡Es vuestra sangre!

Asombrada levantó levemente la cabeza para ver que todos se habían quedado en silencio y como el rostro de Gudbrand se transformaba en una máscara de furia.

—¿No pensáis hacer nada?

—Tranquila, abuela —dijo Gudbrand levantándose lentamente para mirar a su padre—. No te voy a pedir permiso.

—No esperaba que lo hicieras. Trae a tu prima sana y salva.

—Eso pienso hacer.

Los hombres se levantaron y Aldith indignada quiso gritar. ¿No veían que esa mujer les estaba utilizando? Les había importado bien poco hasta que su adorada nieta había necesitado ayuda e iban a caer en la trampa, porque estaba convencida de que era una trampa. ¿Quién le garantizaba a ella que esa mujer no estaba compinchada con Hovensen para que les atacaran y debilitar a su pueblo como habían hecho con el suyo? Según había escuchado a lo largo de los años ahora les tenía sometidos, pues en aquel entonces no tenían guerreros ni a su padre para defenderles. Nadie les hizo frente cuando se hicieron con sus tierras. ¿Y si querían realizar la misma acción allí? Tenía que impedir esa locura, debían pensar bien

en las consecuencias. Los guerreros que se estaban preparando para la batalla eran los mejores de su pueblo. No, no podía consentirlo.

Se quitó el pañuelo y se levantó cubriéndose entre las sombras para salir de detrás de los barriles. Pegada a la pared buscó un lugar seguro desde donde hacerse ver y dio dos pasos adelante dejando que una de las lámparas de aceite de ballena iluminara su rostro. Pero entre las despedidas y los preparativos nadie reparó en ella, así que se metió los dedos en la boca y silbó con fuerza llamando su atención. Varios de los que la rodeaban dieron un paso atrás y sonrió maliciosa antes de caminar lentamente hacia la mesa del jarl, que se puso de pie de inmediato mientras su mujer jadeaba llevándose una mano al pecho de la impresión. —Eres…

—La enviada. —Sus ojos les recorrieron a todos hasta llegar a Gudbrand. —¿A dónde vas guerrero?

Gudbrand se tensó. —A vengar a los míos.

—¿Y te he dicho yo que podías hacerlo?

Hubo un silencio atronador. —¿Te lo he dicho? —gritó sobresaltando a Lova que abrazó a su hijo más pequeño.

—No.

—Exactamente. Y recuerdo que hemos tenido esta conversación hace muy pocas horas. —Caminó hacia el jarl y agarró de la trenza a la vieja antes de que nadie pudiera impedirlo. La mujer la miró asustada sintiendo el cuchillo en su garganta. —Tenemos recién llegada. Siento como si hubiera una serpiente entre nosotros. Veamos lo que tiene que decirnos, pues ha venido a destilar su veneno. Habla mujer, te escucho, la enviada de Odín te está escuchando.

—¿Qué? No sé de qué me hablas y…

El cuchillo hirió la suave piel de su cuello y la vieja gritó de miedo.

—¡Habla abuela! —gritó Hoder—. ¡O te matará! ¡Cree que tienes malas intenciones!

—Y las tiene, ¿no es cierto? —Sonrió maliciosa. —Cuéntales lo que te propones.

—Mi nieta…

—¡Tu nieta no te importa nada, como no te importan ellos! —gritó en su cara—. ¡Jamás te han importado! ¿En qué trampa les estás metiendo?

Asustada miró al jarl. —Yo… No tuve más remedio.

Einar dio un paso hacia ella. —¿De qué hablas?

—¡Él me obligó! ¡Dijo que jamás me la devolvería, que era su hija! ¡Está loco, ha perdido totalmente la cabeza!

—Vieja explícate —dijo Gudbrand entre dientes—. ¿Tu nieta existe?

—¡Es mi hija!

Todos la miraron con asombro.

—¡Eh! ¡Qué hace veinte años aún estaba de buen ver!

—Habla. —Aldith aún no las tenía todas consigo, así que apretó aún más el cuchillo. —Te aconsejo que si quieres verla de nuevo te apures en contarlo todo, se me cansa el brazo. Es lo que tenemos las diosas, que no estamos acostumbradas a hacer esfuerzos.

—¿Diosas? —Balbuceó.

—¡Habla de una vez!

—¡Cuando me fui de aquí, me fui a Heirst! ¡A casa de mi hermana! Al año conocí a un hombre, un guerrero que estaba allí vendiendo sus pieles. Me dejó en estado antes de largarse. Tuve a mi hija con mucha ilusión, había perdido a mi Arvid, así que…

—La tuviste, ¿y qué?

—Hovensen estuvo en Heirst hace dos meses. ¡En cuanto la vio en el mercado dijo que era su hija! ¡La viva imagen de la que había perdido hace once años! ¡Y me la robó! ¡Intenté pedir ayuda, pero nadie quiere enfrentarse a él! ¡Sabía que si decía que era mi hija, podía haceros dudar, así que dije que era mi nieta! ¡Pero todo lo demás es cierto, me la ha robado y nadie quiere ayudarme!

Tuvo la sensación de que sus ojos grises decían la verdad y la soltó haciéndola caer hacia atrás. La mujer le rogó con la mirada. —Juro que es cierto.

—Algo no me encaja —dijo Hoder—. ¿Le has puesto a tu hija el mismo nombre que a mi madre?

—No, se llama Haldora.

La miraron como si estuviera loca. —¿Y por qué has mentido? —preguntó el jarl sin entender nada.

—¡Porque si decía que era mi hija no me creeríais! ¡Y si decía que se llamaba igual que mi niña removería algo en vuestro corazón! Tenía que conseguir que me ayudarais —dijo desesperada.

Gudbrand rodeó la mesa. —¿Y por qué no lo dijiste desde el principio? ¡Por qué callarte hasta que mi padre se dio cuenta de que fingías tu verdadero carácter!

—¡Porque me odia! ¡Siempre me ha odiado!

El jarl la miró sorprendido. —¿Pero qué dices, vieja? ¡Si siempre has sido tú quien ha demostrado que no puedes ni verme!

—¡Qué tonterías, eres el jarl! ¡Cualquier mujer estaría orgullosa de que su hija se casara con alguien como tú! —Se puso de pie con una facilidad que la dejó pasmada para su edad. —¡Desde el mismo día en que puse un pie aquí me miraste mal! ¡Yo solo te correspondí!

—Mientes, si…

—Me echaste de la casa del jarl para darme una choza.

—Para darte intimidad y…

—¿Intimidad? Me tratabas como una apestada. ¡Cuando venían visitantes ni siquiera me presentabais como si no fuera de la familia y hasta tenía que comer en una mesa aparte!

—¡Basta! —gritó Aldith. Se escuchó un trueno en el exterior y todos miraron hacia arriba. Y ella tampoco daba crédito, parecía una señal divina. Aldith, solo faltaba que te creyeras tus propias mentiras. Furiosa miró a la vieja—. Como descubra que mientes, te retorcerás tanto de dolor que en tu último aliento darás las gracias porque con la muerte llegará la liberación.

Pálida como la cera susurró —Te juro que no miento.

Miró a Gudbrand sabiendo que debía decir esas palabras, aunque por dentro la desgarrarían. —Tienes permiso para ir.

Asintió agarrando su hacha y fue hasta la puerta. —¡Gudbrand!

Este se detuvo para mirarla sobre su hombro. —No mates a Hovensen, tráelo vivo. Quiero mirarle a los ojos antes de que pierda la vida.

Apretó los labios antes de decir —Sí, esposa.

Varios jadearon mientras ella sentía que algo se liberaba en su interior. Sonrió de medio lado. —Te has dado cuenta.

—Fue la reacción de tu tía al verte lo que ha hecho que abriera los ojos por vuestro parecido. La bandera, que no encontramos tu cuerpo…

—Tú no buscaste nada —dijo con desprecio.

—Cierto.

—Ni se te ocurra llamarme esposa de nuevo. Perdiste ese privilegio hace ocho años, guerrero.

—Volveré a ganarlo. —Salió de la casa y escucharon su grito de guerra.

Aldith se volvió para encontrarse que todos la miraban pasmados, todos excepto su tía que tenía los ojos cuajados en lágrimas. —Tía, no llores.

Corrió hacia ella y la abrazó. —Cuando te he visto no me lo podía creer… —La besó en la mejilla. —Eres igual que Brynja. —Se apartó emocionada y acarició sus mejillas. —Igualita.

El jarl se dejó caer en la silla sin salir de su asombro. —¿Eres la pequeña Aldith?

—Por Odín, sí que eres una elegida de los dioses —dijo Hoder —. ¿Dónde te has criado? ¿Dónde…?

—Demasiadas preguntas, guerrero. Y tienes que irte.

—¿Hoder?

Él se volvió hacia su esposa. —No pasará nada, preciosa. Volveré para ver nacer a mi hijo.

Intentando reprimir las lágrimas dejó que la besara en la frente. —Cuida de nuestra familia.

—Te amo.

Le dio un vuelco al corazón por esa expresión de amor tan sincero, pero frunció el ceño cuando su marido la besó en los labios

apasionadamente sin responder a sus palabras. Hoder se largó sin mirar atrás y ella jadeó del asombro. —No te ha respondido.

Su mujer levantó la barbilla. —Es un guerrero, no hablan de esas cosas.

Atónita miró a su tía que se encogió de hombros. —Sí niña, son algo… toscos para esas cosas.

Gruñó volviéndose y al encontrarse a la vieja tras ella se sobresaltó. —¡Jamás vuelvas a ponerte tras de mí! —Asustada la mujer dio un paso atrás. —¿Me has oído?

—Sí

—¡No me fio de ti! Tienes algo en tu interior que me hace repelerte. —Inclinó la cabeza sin dejar de mirarla. —Los perros pueden oler el mal, ¿lo sabías?

—No.

—¡Pues lo hacen! Y yo te huelo a ti… Y no me gusta. —Gruñó como haría un lobo y la mujer gritó antes de salir corriendo hacia las habitaciones.

Su tía sonrió. —Mi niña, estás un poco asilvestrada, ¿no? —Soltó una risita. —Tranquila que eso lo arreglo yo.

Sin hacerle caso fue hasta la puerta para encontrarse el patio lleno de actividad. Gudbrand gritaba las órdenes y al volver su caballo reparó en ella. Se acercó subido a él mientras el jarl se ponía a su lado. —Suerte, hijo.

—La tendré. Tengo a los dioses de mi lado. —Le guiñó un ojo sonrojándola antes de alejarse a galope con sus hombres detrás.

El jarl suspiró. —Espero que sea así. Ven niña, tienes mucho que explicarme.

Sin hacerle caso bajó los escalones y se alejó de la aldea. Asombrado por su rechazo jadeó. —¿Pero cómo se atreve?

—¿Cómo te atreves tú, viejo insensible? —le recriminó su esposa—. ¿No te das cuenta de lo que habéis hecho entre todos con mi pobre niña? Pregúntate dónde se ha criado. ¡Pregúntatelo! ¡Va con harapos cuando debería vestir como una princesa! ¡Escala acantilados, caza osos! ¿Dónde crees que se ha criado?

—En el bosque —dijo el jarl impresionado.

—¡Era una niña! ¡Y no la protegiste! ¡Pregúntate lo que se le pasó por la cabeza para no darse a conocer! ¡Para que nunca supierais de su existencia! ¡Os tenía miedo! ¡Nos tenía miedo a todos! —Se echó a llorar y salió corriendo tras su sobrina, pero al

llegar al bosque no la encontró. —¿Aldith? —gritó. Ella desde el árbol no contestó. Se tumbó en la oscuridad y miró el techo. —¡Mi niña, lo siento! ¡Creí lo que me dijeron, que estabas muerta! ¡Si hubiera sabido la verdad te hubiera buscado! ¿Aldith?

Escuchó que la voz se alejaba rogándole que volviera a la casa del jarl, pero allí no se sentía segura. Hilde la advirtió de que no se fiara de nadie y pensaba seguir su consejo.

Seis días después Brina suspiró dejando la pata de conejo que tenía a medio comer y su marido la miró preocupado. —Debes alimentarte.

—¿Dónde estará?

—Si ha estado en el bosque todos estos años, es que sabe cuidarse.

La abuela asintió. —El jarl tiene razón.

—¡Empieza a hacer frío! ¡Quiero que entre en casa! Si mi hermana supiera… —Se echó a llorar tapándose el rostro con las manos. —Todo esto es culpa mía.

—Preciosa, eso no es cierto.

—Cuando me dijo que su marido le buscaba esposo, no tenía que haber sugerido a Gudbrand. Sabía que esa alianza le convendría y mi esposo necesitaba el dinero, había sido un invierno muy duro seguido de una mala incursión. Pero después del compromiso mi hermana empezó a tener dudas, era tan niña…

—Mujer eso ya es agua pasada, revolver el fango no solucionará nada.

Asintió levantándose de la mesa y al volverse allí estaba Aldith. —Lo siento, lo siento… —Corrió hacia ella y la abrazó. —Lo siento muchísimo.

Preocupada por ella porque hacía días que no comía no había podido evitar salir, pero tanto afecto la abrumaba. —Tía…

Sin soltarla susurró —¿Sí?

—No estoy acostumbrada a esto y…

—Oh… —Se apartó sonrojándose. —Claro.

Se miraron a los ojos y su tía sonrió. —¿Quieres cenar?

—¿Cenar? —preguntó como si eso no se le hubiera pasado por la cabeza—. ¿En la mesa?

—Sí, en la mesa. Hay hidromiel. ¿Te gusta el hidromiel?

—Sí. —Se sonrojó. —Lo he probado. La vieja Nilsa lo hace delicioso.

Rio por lo bajo. —Eso opina tu jarl.

Se tensó. —No es mi jarl.

Einar no se ofendió. —Por favor, comparte mi mesa.

Mirándole con desconfianza le rodeó y se sentó en el sitio de Gudbrand. Su tía se sentó a su lado. —¿Un poco de conejo? —Sin que contestara le acercó la bandeja. La vieja iba a coger un pedazo de pan, pero antes de que pudiera hacerlo Brina ya le había quitado la cesta para ponérsela a Aldith bajo la nariz. —Este lo he hecho yo.

—Y es delicioso, tía. —Cogió la cesta y la dejó a un lado. —En realidad no tengo mucha hambre, pero algo comeré. —Agarró una pata de conejo y empezó a devorarla dejando a todos pasmados por sus ansias.

—Niña, ¿hace cuánto que no comes? —preguntó el jarl.

—Desde ayer por la mañana —dijo con la boca llena antes de beber de su copa con ganas—. Había que revisar el bosque.

—¿Revisar el bosque?

—Hay dos lobos por la zona —dijo haciendo que varios jadearan—. He matado a uno, pero el otro… Se me está resistiendo,

el muy cabrito. —Chilló haciendo que todos se sobresaltaran. —¡Pero menuda piel me voy a hacer para el invierno!

—¿Y dónde cocinas? —preguntó su tía de lo más interesada.

—Cerca de la montaña. Desde allí no se ve el humo, pero tardo medio día en llegar —dijo como si nada. —Así que si un día tengo hambre y no puedo ir, robo. —Miró al jarl de reojo. —Pero a mí no me vas a matar como a aquel que robó un cerdo. Antes te destripo.

Varios jadearon a su alrededor, pero ella siguió comiendo como si nada. Era evidente que ya no le tenía ningún miedo. Y si se enfrentaba a osos no le extrañaba, la verdad.

Aldith arrancó con los dientes una buena porción de carne y estaba masticando cuando se detuvo en seco antes de inspirar por la nariz con fuerza. —El lobo.

Se levantó corriendo para ir hacia la puerta y ver como aquella bestia corría hacia una muchacha que estaba de espaldas a él. Aldith corriendo con una velocidad que les dejó con la boca abierta sacó un cuchillo de su bota y se lo tiró al animal que se había lanzado sobre su presa. Aldith empujó a la joven justo a tiempo y el lobo cayó sobre ella tirándola al suelo. Brina gritó de miedo y el jarl

corrió hacia ella con varios hombres detrás. El lobo no se movía y de repente cayó a un lado. Aldith se incorporó apoyándose en sus codos e hizo una mueca. —¡Este no tiene la piel tan bonita, pero es mío!

Varios asintieron y ella sonrió radiante dejándoles alelados con su belleza. Su tía llegó hasta ella y suspiró del alivio. —¿Estás bien?

—Hay que darle en el corazón, se quedan tiesos. —Se levantó como si nada y dijo —Me voy a por algo de miel, quiero algo dulce.

—Claro que sí, niña. Si… —Aldith se alejó y al darse cuenta de a donde iba gritó —¡Pero si tenemos en casa!

—¡Me gusta más del panal!

Atónita miró a su marido. —¿Has visto eso?

—Sí… —dijo antes de sonreír como un tonto—. Es increíble. —De repente dudó. —¿Crees que mi hijo se considerará a su altura? Nunca ha matado un lobo así, igual se siente inferior.

Brina no daba crédito. —¿Pero quién ha dicho que mi niña se vaya a casar con él? —Furiosa fue hasta la casa. —Hombres…

—Mujer, que va a ser el jarl.

—¡No la quería, y ella lo sabe!

—¿Crees que lo sabe?

Le señaló con el dedo. —¡La vendiste por unas piezas de oro!

—¡Llegamos a un acuerdo, creíamos que estaba muerta!

—¡Te lo advierto marido, vuelve a hablar de algo que tenga que ver con una boda, matrimonio o algo parecido y un día no te levantarás de la cama!

El jarl jadeó. —¿Me estás amenazando?

—¡Sí!

—¡Mujer ni se te ocurra hablarme así de nuevo! —Un gruñido tras él le puso los pelos de punta y se volvió lentamente para encontrarse con los ojos de Aldith. El jarl forzó una sonrisa. —Es una riña de enamorados, ni se me ocurriría hacer daño a tu tía.

—Más te vale —dijo entre dientes antes de gruñir de nuevo dando un paso hacia él. El jarl dio un paso atrás—. Un solo rasguño y una mañana encontrarás tu lengua saliendo de tu garganta. ¿Lo has entendido? —susurró de una manera que ponía los pelos de punta.

El jarl asintió y Aldith se volvió para agarrar las patas traseras del lobo y tirar de su cuerpo como si nada. No salía de su asombro. Sí, tenía que conseguir que esa mujer se casara con su hijo. Su

fuerza y su valentía unidas a las de su hijo les convertirían en el pueblo más temido de Escandinavia.

Capítulo 6

Aburrida se paseó por el pueblo, ahora que no tenía que esconderse todo era distinto y terminaba sus tareas al amanecer. Se sentó en el embarcadero dejando los pies colgando y se miró en el agua. Al ver su cara tiznada, bufó. Necesitaba bañarse de nuevo, pero por no ir hasta la cascada… Se apoyó en el embarcadero con las manos para tirarse al agua y nadó por el fiordo de un lado a otro. A la quinta vuelta el jarl ya no disimulaba que estaba impresionado. Ahora ya sabía cómo había llevado la bandera hasta el otro lado. Ella se acercó al embarcadero y miró hacia el jarl sin disimular su desconfianza. —¿Qué?

—Me preguntaba…

—¿El qué?

—Si puedes enseñar a los más jóvenes alguna de tus habilidades. Es para que estén entretenidos y no piensen en tonterías hasta que los guerreros lleguen.

—¿Qué habilidades?

—Pues tu manera de lanzar el cuchillo, eso de oler al enemigo…

—Déjales en el bosque y lo aprenderán solitos. —Nadó hacia atrás antes de volverse y alejarse como si esa conversación no le interesara nada.

Su mujer rio tras él y el jarl gruñó volviéndose. —No tiene gracia.

—Es dura de pelar y eso te molesta. Ella lo nota y lo hará simplemente para que rabies.

—No me había dado cuenta —dijo con ironía.

—Debes ofrecerle algo que no tenga y que desee. Algo que no pueda conseguir ella misma de la naturaleza. Y yo sé lo que quiere.

Le rogó con la mirada. —Dímelo, mujer.

—¿Y qué conseguiré a cambio? —preguntó con picardía.

—Lo que quieras, pero tengo que conseguir que me respete. Ya es cuestión de orgullo.

—Quiere un vestido.

Parpadeó como si eso no se lo esperara. —¿Qué has dicho?

—He visto como miraba el vestido de la joven Audrun, su madre le ha hecho un vestido precioso con las telas que les dieron tus hijos. Quiere un vestido y es normal, al fin y al cabo, es una joven muy hermosa. Le gustan esas cosas, aunque nunca las haya tenido.

—Solo tenía que pedirlo.

—Ella nunca te pedirá nada, cielo. Ni a mí tampoco, ha aprendido que todo lo debe conseguir por sus propios medios.

El jarl asintió. —Un vestido. Dime que ya se lo has hecho.

—¿Tú qué crees? Para mi sobrina el vestido más hermoso que hayas visto jamás.

Escucharon que regresaba y el jarl se volvió. —¿Lo has pensado?

—No tengo nada que pensar.

—Pensaba pagarte.

Se agarró al embarcadero. —¿Pagarme? ¿Y para qué quiero el oro?

—No pensaba darte oro. Pensaba darte un vestido.

Los ojos de Aldith brillaron. —¿Un vestido?

—Dales clases esta semana de cómo lanzar el cuchillo y te daré un vestido.

Se subió al embarcadero con una agilidad que dejaba pasmado y totalmente mojada se acercó a él. —Un vestido, ¿eh?

—Así es. Muy bonito. ¿Hacemos el trato?

—Un trato… —Se lo pensó seriamente. —Un acuerdo.

—Exactamente, un acuerdo entre tú y yo. ¿Aceptas?

—Muy bien… —Se alejó caminando y gritó —¡Todo el que quiera aprender a tirar el cuchillo como yo, al patio! ¡Ya!

Hasta un anciano corrió hacia allí para coger el mejor sitio. Incluso su esposa se dio prisa como los demás. —Mujer, ¿a dónde vas?

—A aprender. Seguro que se me da bien, tiene mi sangre.

El jarl sonrió acercándose y Aldith en el centro de todos los del pueblo con el puñal en la mano miró sus rostros. —Necesitamos un blanco. Uno lo suficientemente importante como para que no se

os ocurra fallar, porque si lo hacéis os jugaréis la vida. ¿Y sabéis por qué digo esto? ¡Porque cuando hay un verdadero peligro y falláis, no hay segundas oportunidades! ¡Así que no se puede fallar! ¡Aprenderéis que no se falla! De eso me encargo yo. Jarl, ponte contra el poste.

—¿Yo? —preguntó asombrado.

—Tu vida es la más importante de por aquí —dijo maliciosa.

—Niña…

—No fallarán, ¿verdad que no?

Nadie dijo ni pío y ella bufó. —¡Está bien, pondremos un barril de momento!

Varios suspiraron del alivio y los más jóvenes llevaron un barril vacío. Les mostró el puñal que tenía en la mano. —Jamás tiréis por la empuñadura. —Lo lanzó al aire para coger la hoja. —Esto lo tenéis que hacer de manera inconsciente, sin pensar. —Se giró y lo lanzó al barril dando justo en el centro. —El mango hará que gire y si lo hacéis lo bastante rápido se clavará antes de girar de nuevo. —Arrancó el puñal y se alejó. —Piernas abiertas y no perdáis de vista el objetivo. Sin dudar, ¿entendéis? Nunca debéis dudar, eso hará que el tiro tenga menos fuerza. ¡Empezad! De dos en dos.

De brazos cruzados observó cómo lo hacían y cuando llegó el turno de su tía vio que tenía miedo a coger el cuchillo por la hoja. Se acercó a ella y agarró su muñeca justo cuando iba a lanzar. —¿Qué haces?

—Tirar.

—No, tía. Lo que estás haciendo es coger la hoja con dos dedos como si temieras cortarte.

—Es que temo cortarme.

—¿Y qué temes más? ¿Que un hombre invada tus tierras, te robe y te viole o cortarte? —Acercó su rostro. —¿Qué temes más?

Su tía agarró la hoja con toda la mano y asintió. —Así me gusta. ¡Lanza!

Brina lo hizo y el cuchillo se clavó en la parte de abajo del barril. Al mirarla vio que se había cortado algo la palma de la mano, pero esta no dijo ni pío. Orgullosa levantó la barbilla antes de ir al final de la fila para probar de nuevo.

—¡Muy bien, alejar el barril diez pasos! ¡A esa distancia incluso nos da tiempo a clavarle dos cuchillos! ¡Por eso siempre se lleva uno en cada bota! ¿Lo habéis entendido?

—¡Sí! —contestaron todos.

—Pues vamos allá.

Cinco días después desde la puerta de la casa del jarl veía como todos practicaban con el cuchillo. Estaba preocupada, no podía negarlo. En una semana empezaría a nevar, podía olerlo y ellos no habían regresado. Apretó los dientes mirando hacia el fiordo y escuchó que la abuela se acercaba por detrás. —¿No te he dicho que nunca te acerques así a mí?

La mujer rio por lo bajo. —No es a mí a quien debes temer. —Se puso a su lado y les observó. —Tu tía está mejorando mucho. —Cuando no contestó la miró de reojo. —Tú no hablas mucho, ¿no?

—No querrías saber lo que estoy pensando.

—Claro que sí. —Sonrió. —Dime.

—Como les hayas tendido una trampa a los hombres del jarl, como Lova no recupere a su marido como las demás mujeres de por aquí, te juro por Odín que no tendrás donde esconderte.

Bajó dejándola con la palabra en la boca y la vieja farfulló —Y yo pensaba que ya nos estábamos haciendo amigas.

La fulminó con la mirada antes de acercarse al jarl que a punto de tirar el cuchillo se detuvo. —Me voy.

—Pero si no hemos acabado y...

Al ver que se alejaba corrió tras ella. —¿Te vas a tu casa? No puedo decir que no tenga curiosidad por saber dónde vives, pero entiendo que…

—Voy a buscar a los hombres.

Se detuvo en seco. —¿Y sabrás llegar?

—Solo tengo que ir al otro lado de las montañas, no es para tanto.

—Cierto, pero tú sola… —Corrió tras ella. —Tendrás que ir a caballo.

—No, gracias.

—¿No sabes montar?

Le miró con rabia. —Claro que sí, mi padre me enseñó.

—Entonces…

Se alejó sin dar más explicaciones y el jarl suspiró. Su esposa llegó hasta él. —¿Qué ocurre?

—Siente que algo va mal y va a ir. Sola.

—No, impídelo.

—A tu sobrina nadie puede impedirle nada. Y no tengo autoridad sobre ella.

—Pero si le pasa algo…

Sonrió irónico. —Hovensen no sabe la que se le cae encima.

Brina apretó los labios. —No me gusta.

—Y a mí no me gusta que tarden tanto, opino como ella. Si tengo que enviar a mi mejor guerrero, Aldith es la adecuada. No te preocupes, huele el peligro y sabe qué hacer. Regresemos con los nuestros, se están preocupando.

Estaba amaneciendo cuando agachada entre los arbustos encontró la aldea. Se quedó realmente impresionada porque era seis veces más grande que la de los Ellingsen o la de su padre. Era evidente que tenían mucho dinero y por el estado de las casas era un pueblo próspero. Algunos ya se habían levantado para realizar sus tareas. Una mujer revisaba el pescado que habían puesto a secar apenas a unos metros y después se alejó. Aldith miró hacia la casa del jarl. Si el pueblo era próspero, la casa era impresionante.

Era de piedra y por su altura debía tener dos o más pisos. Jamás había visto algo así, pero lo que la fascinó fue el torreón que tenía en la zona sur que subía al menos dos pisos más. Desde allí se debía ver el fiordo de maravilla. Por eso Gudbrand había ido a caballo porque nadie podría acercarse por el agua sin ser descubierto. ¿Dónde estarían los suyos? No había ni rastro de ellos. Respiró hondo. No les olía, qué extraño. Aunque si estaban muertos no era raro que no pudiera olerles. Apretó los labios mirando hacia la edificación donde estaban los caballos. Si les habían matado se habrían quedado con ellos y estarían ahí. Eran demasiado valiosos como para deshacerse de ellos y Hovensen no era tonto.

Rodeó la aldea y se subió a la parte del tejado que no era vista desde las casas. Procurando no hacer ruido apartó la paja. Le costó un poco porque estaba tan bien puesta que le fue difícil, pero al fin consiguió hacer un agujero lo suficientemente grande como para mirar en el interior. La luz de la mañana que entraba por la puerta le facilitó la tarea y después de echar un vistazo rápido supo que por allí no había pasado Gudbrand. No había ni un solo caballo de los suyos. Levantó la cabeza y siseó —¿Dónde rayos están? — Bajó del tejado y se adentró en el bosque. Ya tendrían que haberles atacado. A no ser… Se volvió para mirar el castillo. A no ser que

Hovensen y la chica no estuvieran en la aldea. Chasqueó la lengua. Necesitaba información.

En ese momento pasó un labriego a su lado y antes de darse cuenta ya le había agarrado del cabello y le había puesto el cuchillo en el cuello. —Grita y estás muerto —susurró a su oído.

Él asintió.

—¿Dónde está Hovensen?

—Más al sur, en el fiordo vecino. Ha ido a comprobar que tienen todo lo que necesitan para el invierno.

—¿Se ha llevado a la chica?

—¿Su hija?

—Sí.

—Se la ha llevado, no deja que se separe de él. Ha tardado mucho en encontrarla de nuevo.

Algo en su tono la alertó. —¿Es su hija de verdad?

—Claro que es su hija.

Le soltó y el hombre se volvió para enfrentarla, pero ella levantó una mano deteniéndole en seco. —¿Estás seguro?

—Es igual que su madre y yo la conocí. No dudé que fuera suya en ningún momento, mujer. ¿Por qué estas preguntas?

—¿Cuántos años tiene ahora? Cuando yo era una niña se decía que había muerto hacía unos años.

—Tiene veintiséis años.

Se le cortó el aliento. Era imposible que esa mujer fuera hija de Wibeke, la madre de Gudbrand no había muerto hacía tanto.

—¿Y estás seguro de que es hija de tu jarl?

—Repito, ¿a qué vienen tantas preguntas?

—Se decía que a esa muchacha la había matado el jarl Viggonsen —dijo fríamente.

El hombre se sonrojó. —Al parecer no fue así. La chica que se encontró en sus tierras no era Jova, pero como tenía el rostro tan destrozado creyeron que sí.

—Fingieron la muerte de la chica. ¿Por qué?

—No lo sé.

—Claro que lo sabes, querían provocar una guerra —dijo con rabia. El silencio del hombre se lo corroboró. —¿Cómo encontraron a Jova?

—Una mujer la trajo. Una vieja que dio con ella en Heirst. Dijo que la chica le había contado que era hija del jarl y que la traía porque le había dado pena.

—¿Y la chica cómo explicó su desaparición?

—Dijo que la vendieron cuando era niña a unos taberneros de Heirst y que la hacían trabajar de sol a sol limpiando su casa y cuidando a sus hijos. Jamás salía de esa casa, pero un día escuchó que los hombres de su padre estaban en la ciudad y se fugó. Al llegar al puerto el barco se alejaba. Ahí conoció a la vieja y la trajo hasta aquí.

—Por un buen dinero, imagino.

—El jarl la recompensó sobradamente, por supuesto.

Pensó en ello. ¿Qué se proponía la vieja? ¿Provocar otra guerra? Esa Jova ya había sido la razón de que dos pueblos se odiaran y ahora esa historia podría repetirse. ¿Pero con qué motivo? ¿Qué ganaba Wibeke con ello? ¿O es que trabajaba para alguien? ¿Quién la habría enviado en esa misión? Porque estaba claro que les habían engañado con todo el cuento que había contado la vieja. No era su hija, no era ni familiar suyo, pero les había hecho creer que sí para que defendieran a su sangre. Para que se sintieran obligados a acudir en su ayuda. ¿Pero por qué Wibeke haría algo así poniendo en peligro a sus nietos? Nietos que no le habían importado nunca, por otro lado. ¿Sería una manera de vengarse del jarl por la muerte

de su esposa? ¿Tal era el odio como para poner en peligro a sus propios nietos?

—¿Mi jarl está en peligro?

Sorprendida miró hacia él. —¿Todavía estás aquí?

—¿Debo irme?

Chasqueó la lengua. —No te preocupes por tu jarl. Si algún día muere será de mi mano y de momento me lo voy a pensar. Hay muchos temas que dilucidar.

—Ah… —Vio como esa mujer tan hermosa se alejaba. —¿No quiere comer nada?

Sonrió. —Gracias, pero por hoy ya tengo la panza llena.

—¡Buen viaje!

Ella sin volverse levantó la mano en señal de despedida y siguió caminando. No parecía un pueblo agresivo. De pronto dos guerreros aparecieron ante ella con las armas en la mano. Suspiró mirando a uno y después al otro. Le sacaban la cabeza. Les había olido desde hacía un rato, pero como no habían intervenido no esperaba que se enfrentaran a ella. Al parecer se había equivocado. —No quiero mataros. ¿Por qué no os apartáis?

Los hombres se echaron a reír y otros dos se pusieron a sus espaldas. Bufó. —Hablo en serio.

—¿Quién eres y qué haces aquí? ¡Y por qué preguntas tanto por Jova! —preguntó el moreno de su derecha.

—Ah, que es un interrogatorio. Pues verás… —Entonces recordó a aquel moreno que estaba el día en que murió su padre y se dio cuenta de que eran muy parecidos. —Eres hermano de Jova, ¿no es cierto?

—¡Quién eres y qué haces en mis tierras preguntando por mi hermana!

—¿Esa hermana por la que murió mi padre? —preguntó en el mismo tono.

—¿Tu padre?

—¿Esa hermana por la que robasteis mis tierras? —gritó dando un paso hacia él sin intimidarse.

Sin entender nada miró a sus hombres. —¿Pero de qué habla esta loca?

—Creo que es la hija de Viggonsen, Herleifr.

El moreno la miró fijamente. —Tu padre solo recibió lo que se merecía.

—¿De veras? Puede que fuera un bastardo sin sentimientos, pero no le hizo nada a tu hermana y lo voy a demostrar.

—No saldrás de aquí para demostrar nada. ¡Atrapadla!

Aldith dio un salto y se agarró a la rama girando sobre ella antes de caer de pie sobre la que tenía cerca. Les miró desde arriba y sonrió con malicia. —Dile a tu padre que no pararé hasta saber la verdad.

—¡Cogedla inútiles!

Aldith empezó a subir por el tronco dejándoles con la boca abierta y uno gritó —¿Dónde está? ¡No la veo!

—¡No dejéis que se os escape!

Corrieron alrededor del árbol y uno de ellos empezó a subir. Aldith se lanzó a la rama del árbol cercano y uno gritó —¡Aquí! —Pero antes de que llegaran ella ya se había encaramado al árbol que tenía al lado.

—¿Pero qué dices, idiota? ¡Es imposible que vaya de un árbol a otro! ¡Tiradlo abajo!

Uno cogió un hacha y empezó a cortarlo. Aldith gimió. Cortarlo por necesidad sí, pero por diversión… Eso no le gustaba nada, pero nada de nada. Rabiosa sacó una flecha del carcaj y

cuando el guerrero le dio otro corte al tronco la flecha atravesó su gemelo. El hombre aulló y el moreno se volvió. —¡Está ahí!

Hora de irse. Antes de que pudieran llegar ya estaba en otro árbol y unos minutos después aún seguían allí intentando subir. —Herleifr, seguro que ya no está ahí.

El moreno gritó —¡Te encontraré, bruja! ¡Y me da igual cuánto vueles!

Sonrió divertida antes de bajar del árbol y caminar tranquilamente. Tenía que encontrar a Gudbrand antes de que hiciera algo irremediable.

Los hombres de Hovensen la adelantaron en su prisa por avisar a su jarl, lo que haría que estuviera prevenido. No le preocupaba, descubriría la verdad.

Dos días después llegó a su destino y desde la colina observó el que había sido su pueblo. Sintió que le faltaba el aliento porque se vio a sí misma corriendo por el patio con los niños de su edad. Vio a su madre reír por la mariposa que llevaba entre sus manos e incluso vio a su padre subiéndola al caballo y diciéndole muy serio que debía

mantener la espalda erguida. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras Hilde la abrazaba y decía que tuviera sueños bonitos antes de arroparla. Recordó como esa misma noche se abrió la puerta y su padre muy serio le dijo a Hilde que les dejara solos. Asustada por él se sentó en la cama como un resorte, pero su niñera se alejó sin decir palabra. Su padre se acercó a ella y se sentó en la cama a su lado. Sonrió. —Eres una niña muy valiente.

—¿Sí, padre?

—Y serás igual de valiente con la misión que tienes por delante. El futuro de tu pueblo está en tus manos, en lo bien que te portes con tu futuro marido.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y una cayó por su mejilla.

—No sufras, allí te tratarán muy bien y serás la esposa del futuro jarl. Tendrás poder dentro de tu pueblo y harás que nos sintamos orgullosos. —Acarició su mejilla sorprendiéndola y él sonrió con tristeza. —Quiero que comprendas que un hombre de mi posición a veces hace cosas que no le gustan, que no haría si fuera un simple labriego. Pero nosotros tenemos responsabilidades, esperan que cuidemos de ellos y que les mantengamos a salvo. Esa será tu misión, mi preciosa niña. Con tu matrimonio cuidarás de tu

pueblo, de todos nosotros, pues son aliados poderosos y vendrán en nuestra ayuda si algún día es necesaria.

—Sí, padre.

—Cuando lleguemos, mantendrás la cabeza alta y me harás sentir orgulloso.

—Sí, padre.

Él sonrió. —Sé que lo harás, siempre has sido muy obediente.

—Madre me echará de menos.

—Todos te echaremos de menos.

La miró sorprendida. —¿Incluso tú, mi jarl?

—Incluso yo —dijo apenado—. Pero iremos a verte, no nos perderás para siempre.

Acarició su mejilla como si temiera tocarla y ella se tiró sobre él para abrazarle por el cuello sorprendiéndole. —Haré que te sientas orgulloso, padre.

—Lo sé. Nunca olvides que eres una Viggonsen. Nuestra sangre corre por tus venas, el valor y el honor dirigen nuestra vida. Los dioses nos han hecho así, hónrales con tus acciones.

La puerta se abrió y allí estaba Hilde observándoles muy tensa. Su padre se apartó molesto. —¿Qué haces ahí, vieja? ¿Nos

estabas espiando?

—Su esposa desea hablarle, mi jarl.

—Dile que enseguida voy.

Hilde asintió antes de alejarse y su padre la miró a los ojos. —Si cuando estés allí algún día me necesitas porque sientas que estás en peligro, envía a por mí, hija. No dudes en llamarme y acudiré donde sea.

Asintió. El jarl sonrió y la besó en la frente. —Los dioses te protegerán, no temas. Nunca temas.

Salió de la habitación sin mirar atrás y recordó cómo ella se quedó mirando la puerta cerrada. Se tumbó dándole la espalda pensando en que su padre la quería. Que puede que fuera rudo, pero era el jarl y era lo que tenía que hacer. Si a veces le gritaba era por su bien. Sí, su padre la quería.

Volviendo al presente se le cortó el aliento y sus piernas temblaron por lo que tuvo que sentarse en el suelo. Su padre la quería. ¿Cómo no había recordado antes aquella noche? ¿Cómo no había recordado sus palabras durante esos años? Porque había decidido olvidarlas por todo lo demás. Entonces llegaron los recuerdos. Las sonrisas cuando estaban a solas y no tenía que

mostrarse ante todos como el jarl. Como corregía su postura en el caballo con delicadeza antes de advertirla con la mirada y gritarle para que todos lo oyeran. Como trataba mal a sus hombres, pero nunca si no se lo merecían. Y como odiaba a Hilde porque siempre les espiaba. Recordó como subida al caballo con Hilde esta le decía que no podía bajarse que su padre se enfadaría y como se había aguantado para que él no sintiera que le defraudaba. Intentó recordar una sola vez en la que fuera malo con ella y no fue capaz. Todo había sido producto de su imaginación después de lo sucedido. Su padre jamás la había dañado y si en ocasiones le temía, era por todo lo que Hilde decía de él a sus espaldas. Ahora que era adulta se había dado cuenta, pero siendo niña se dejaba llevar y no llegaba a comprender bien el mundo de los adultos. Sollozó porque no entendía porque tenía ahora esos recuerdos para torturarla y una voz en su interior susurró —¿No querías saber la verdad? Libera tu mente, Aldith. Hay que averiguar la verdad, aunque duela. —Miró hacia la aldea y entrecerró los ojos. —Sí, padre, es hora de que sepa la verdad. Y si alguien ha manchado tu nombre, te juro que lo va a pagar.

Capítulo 7

Les olió a muchos metros de distancia y bufó caminando por el bosque. Qué desastre, podía descubrirles cualquiera. Alguien ululó y miró hacia arriba en el árbol. —¿Qué haces, idiota? No se hace así. A ver si aprendes.

—¿Aldith?

Se volvió para ver como Gudbrand se acercaba con un hacha en la mano y estaba bastante sorprendido, la verdad. —¡Mujer deberías estar en casa!

Chasqueó la lengua y pasó a su lado sin contestar para llegar al campamento. —¿Tenéis comida? —le preguntó a Erik que asintió tendiéndole la pata de conejo que tenía en la mano. La agarró y le dio un buen mordisco para decir con la boca llena —Gracias.

—Mujer, ¿qué haces aquí?

Masticó con ganas. —Tardabais. —Miró a su alrededor. —Demasiado.

—Estamos esperando a que vuelvan.

—¿Que vuelvan? ¿De dónde?

—De Heirst. Han ido a vender las pieles que tus gentes han conseguido.

Entrecerró los ojos. —¿No me digas?

—Llegamos justo cuando partían —dijo Hoder—. Llevaban el barco lleno.

—Era una fortuna—añadió Erik antes de ofrecerle otro pedazo de carne.

Ella tiró el hueso que tenía en la mano y cogió lo que le ofrecía. —Estáis demasiado cerca para hacer un fuego.

—Mujer, sabemos cómo escondernos. Además, no nos esperan, no están atentos a nada.

—Ahora sí os esperan

—¿Perdón?

Hizo una mueca. —Saben que estoy aquí.

—Mujer…

—¡No os encontraba, tuve que preguntar! Por cierto, no sabía que Hovensen tenía un hijo varón.

—Tiene seis.

—Ah… ¿Y ella es la única mujer?

—Era la única hija. Nació la quinta, creo.

—Vaya. Para él debió ser una pérdida enorme con tanto varón. —Los hombres parpadearon sin entender. —Menos mal que la ha recuperado.

Gudbrand entrecerró los ojos. —Sigues sin creer a la vieja.

—No me gusta, no huele bien.

Los hombres se miraron los unos a los otros. —¿Entonces sí es hija de Hovensen? —preguntó Hoder—. ¿Qué rayos ocurre aquí? ¿Para qué nos ha enviado la vieja con estas mentiras?

—Eso es lo que vamos a averiguar. —Miró a Gudbrand a los ojos. —¿Cuándo crees que llegarán aquí?

—Ya no deben tardar. Dos días como mucho.

—Bien, mientras llegan tomaremos el pueblo y secuestraremos a los hijos que han debido llegar con Herleifr, para tener algo con lo que negociar. —Lanzó el hueso a la hoguera y con la bota tiró tierra sobre las llamas para apagarlas. —Y no encendáis

más fuego, se huele desde lejos. —Se alejó y empezó a subir a un árbol. Asombrados se acercaron allí y vieron cómo se acomodaba para tumbarse sobre una gruesa rama.

—¿Vas a dormir ahí? —preguntó Gudbrand.

—Aquí no me sorprenderán y si hicierais lo mismo a vosotros tampoco. Nadie mira hacia arriba a no ser que le den una razón.

—¿Dormías en los árboles? —No salía de su asombro. —¿Y en invierno?

Le miró como si fuera tonto. —Tengo mi casa.

—¿En un árbol?

—Claro.

Los tres se miraron. —Increíble —susurró su primo—. Esta mujer es increíble.

—Largaos quiero dormir, hace días que viajo.

—¿Y tu caballo? Necesitará atención.

—¡Gudbrand quiero dormir! —Se volvió dándole la espalda y los tres parpadearon.

Su hermano le tocó el brazo y le indicó con la cabeza que se alejaran. —Creo que ha venido a pie.

—¿Cómo va a venir a pie en tan poco…? —Gudbrand se pasó la mano por su cabello negro y apretó los labios antes de mirarla, pero estaba ya cubierta por las hojas del árbol. —Si están sobre aviso será más difícil tomar el pueblo. ¿Ideas?

—¿Queréis callaros? ¡No hay quien duerma con tanta cháchara!

—Sí que tiene un oído fino, sí —dijo Hoder asombrado—. Si estamos a cincuenta pasos por lo menos.

—¡Cuarenta y siete! ¡Aprende a contar! —gritó haciendo que Gudbrand sonriera.

—Será mejor que nos vayamos a descansar. Mañana hablaremos de esto. Hoder encárgate del primer turno de guardia.

—Entendido —dijo antes de alejarse.

—Me voy a buscar un árbol —dijo su primo.

—¿Hablas en serio? A ver si te caes durante la noche y te rompes la crisma. ¿No has tenido suficiente con que tu caballo te haya tirado tres veces en el camino? Ya estás lleno de morados.

La risa de Aldith se escuchó en todo el bosque y Erik gruñó. —Tenías que mencionarlo delante de ella, ¿no?

—¡Si esta al otro lado del claro! —Su primo se marchó ofendido. —¡No tengo la culpa de que tenga un oído tan fino! —Reprimiendo una sonrisa se acercó a su árbol y miró hacia arriba. —Preciosa, no tendrías que haberte reído, se ha ofendido.

Chasqueó la lengua sin volverse.

—¿Tú te has caído alguna vez?

—Una.

—¿Te hiciste daño?

—Sí.

Imaginándose una niña sola, asustada y herida apretó los labios. —¿Qué hiciste?

—Pues ir a la casa de la vieja Ulka a coger unas vendas para curarme —dijo como si nada—. Los animales huelen la sangre. Tenía que curarme, no robé por gusto.

Impresionado se sentó en el suelo apoyando la espalda en el tronco. —¿Cuándo ocurrió eso?

—A los pocos días de llegar —susurró.

Pero él lo oyó y juró por lo bajo antes de decir —¿Por qué no nos avisaste de que estabas viva?

Se mantuvo en silencio.

—¿Aldith?

—Quiero dormir.

—Antes contéstame, ¿quiero saber por qué?

—Tú no querías que estuviera viva. Nadie quería que estuviera viva.

Palideció al escucharla. —¿Por qué piensas eso?

—Lo dijiste. Se lo dijiste a tu hermano, ya habías pensado en cómo deshacerte de mí.

—No quería decir…

—¡Déjalo, quiero dormir!

Gudbrand se mantuvo en silencio y Aldith furiosa se limpió una lágrima que corrió por su mejilla.

—¿Por eso me tienes miedo?

Se sentó de golpe en la rama y gritó —¡Yo no le temo a nada! Soy hija de Tveit Viggonsen, no le temo a nada y menos a ti, que eres un carroñero que traiciona a los suyos.

Gudbrand se tensó. —Ni se te ocurra volver a hablarme así en tu vida.

—¡Te hablaré como me venga en gana, traidor de mierda!

Se puso en pie. —Aldith…

La piedra le dio en la frente y trastrabilló hacia atrás llevándose la mano allí. —Mujer, ¿estás loca?

—¡Muérete! —Y como si nada se tumbó de nuevo dándole la espalda.

—¡Baja aquí!

—¡Sube tú si tienes huevos!

—¡Mujer, estás colmando mi paciencia! —Esquivó otra piedra de milagro. —¡Aldith!

Se volvió rabiosa. —¡Cómo no me dejes dormir, te juro por mi padre que está muerto, que te destripo y echo tus vísceras a los lobos!

Entrecerró los ojos. —Como no bajes ahora mismo…

—¿Qué? —preguntó con chulería.

Apretó los puños con impotencia y Aldith se echó a reír con burla. —Guerrero —dijo con desprecio. —Presumes ante tus hombres, pero vales menos que la mierda que cagan tus cerdos. No sé qué vio mi padre en ti para darte mi mano, pero estoy segura de que desde el Valhalla se arrepiente cada maldito día.

—Tu padre era escoria y no tenía el honor para comer en la mesa de Odín.

Sintió que la rabia la recorría. —Demostraré que te equivocas, que todos os equivocáis y os mataré uno por uno por ofender su memoria, perro sarnoso.

—Pues vas a tener que matarlos a todos. Al parecer ya se te ha olvidado quien mató a tu madre.

Palideció. —No se me ha olvidado, te lo aseguro. Lo hizo y puede que no le hayan abierto las puertas del Valhalla por ello, pero hablas como si tú no hubieras matado a inocentes cuando corres a las tierras del sur para robar sus tesoros.

Él se tensó.

—¿Piensas que tú tampoco vas a comer en la mesa de Odín?

—¡No es lo mismo, era su esposa!

—¡Y tú matas a las esposas de otros, maldito farsante!

—¡Jamás he matado a una mujer!

—¡Mientes!

Ofendido siseó —¿Ahora también soy un mentiroso?

—A otra que no te conozca puedes mentirle, pero a mí no. ¡Estos ojos vieron como matabas a Inga!

—¡Mató a su marido!

—Le maté yo por pegar a su pequeño hasta dejarle inconsciente.

—¡Y dejaste que la ajusticiara!

—¡No pensé que la juzgarías con los golpes que tenía en su rostro por proteger a su hijo! ¡Me fui a casa y fue por la mañana cuando vi desde mi árbol que la traspasabas con la espada!

Muy tenso dijo —La ley es la ley.

No podía estar más decepcionada. —Hace años no me equivoqué contigo ni un ápice. Tonta de mí pensé que tenías algo más que reprocharle a esa mujer, pero no, la mataste sin motivo, simplemente porque la ley dice que si se mata se muere.

—Ella no se defendió en ningún momento. ¡Nunca dijo que no había matado a su marido y varios la vieron con el cuchillo en la mano! ¡El jarl dio la orden y yo la cumplí!

—¡Su hijo había muerto, no le quedaba nada!

Gudbrand apretó los labios. —Entonces se lo buscó.

—Eres escoria. No la protegiste del maltrato de su esposo y era tu responsabilidad como hijo del jarl. ¿Y ahora le echas la culpa de su propia muerte?

—No, la culpa es tuya por no decir nada en su momento —respondió con desprecio antes de alejarse.

El labio inferior de Aldith tembló de la rabia porque sabía que en parte tenía razón. Después de matarle estaba tan asustada que había huido a su casa sin pensar en las consecuencias y aquella mujer lo había pagado con su vida. Había sido cobarde y se dijo que jamás interferiría en sus vidas de nuevo. Y no lo había hecho hasta ese momento. Una lágrima rodó por su mejilla y furiosa consigo misma saltó a la rama de al lado para desaparecer.

Gudbrand se acercó a su primo que estaba acostado en el suelo y se tumbó a su lado.

Erik apretó los labios mirando su espalda. —Esa mujer murió hace algunos años, Aldith aún era una niña.

—Cállate.

—Como quieras, primo, pero no me parece justo que la responsabilices de eso. Tuvo el valor de matarle, de intentar proteger al niño, si su esposa no dijo nada cuando la enjuició el jarl no es culpa suya. Ni tuya. Inga se calló y lo pagó con su vida.

—Me desprecia.

—¿Y puedes culparla? Ni quiero imaginar en las condiciones en que llegó a nuestras tierras. Sola, asustada y te oye decir que te desharías de ella. No tenía a nadie en quien apoyarse. Ni sé por qué se quedó, seguramente porque no tenía a donde ir o no sabía cómo llegar. Pero lo que sí sé es que se ha convertido en una mujer increíble y no estás haciendo las cosas bien si quieres congraciarte con ella.

—No quiero congraciarme con ella —dijo con desprecio—. No me importa nada.

—No es la sensación que he tenido durante estos días. Parecía…

Se volvió para fulminarle con la mirada. —Cierra la boca.

—La has llamado tu mujer en varias ocasiones.

—No es nada mío —siseó—. Y nunca lo será.

—Por supuesto, te acaba de dejar en evidencia ante tus hombres llamándote de todo. ¿Qué hombre olvidaría su orgullo para intentar conquistarla?

—Desde luego yo no. Ahora cierra el pico que tenemos que dormir.

—Tú vas a dormir poco. —Al ver en su mirada que estaba a punto de perder la paciencia suspiró. —Como quieras. Que descanses, primo. —Se volvió dándole la espalda y Gudbrand miró el cielo totalmente estrellado. Pensando en todo lo que le había dicho apretó las mandíbulas con fuerza. Cuando regresaran a casa le daría oro para que se largara. Al menos tendría algo para volver a empezar en otro sitio. Incluso puede que pusiera una tienda en Heirst para ella. Sí, sería lo mejor. Demasiados rencores, había que poner distancia. Entonces una idea se le pasó por la cabeza. ¿Si tanto les odiaba qué hacía allí? Había dicho que tardaban demasiado, ¿estaba preocupada por ellos? Se le cortó el aliento. Al fin y al cabo eran su familia, la única que tenía. Allí estaba su tía y les había visto crecer. Para ella fuera de su fiordo no tenía nada y si había ido hasta allí era porque se había preocupado de su tardanza. Levantó la cabeza para mirar hacia el árbol. Que mujer más extraña, les odiaba y quería protegerles también. Les consideraba unos traidores y a la vez quería ayudarles. Ese pensamiento le dijo que él no era el único que tenía un conflicto, porque se moría por ella y sabía que jamás podría tenerla.

Capítulo 8

Gudbrand ordenó a sus hombres que se distribuyeran por el bosque y cogió el pedazo de cecina que le ofreció Erik. —¿Nuestra diosa aún no se ha levantado? Ya ha amanecido hace rato. Estará hambrienta.

Miró hacia el árbol y sin contestar a su primo fue hasta allí. Al mirar hacia arriba se tensó porque no estaba en la rama. —¿Aldith? —Miró las ramas más próximas. —¿Dónde estás, mujer?

Su primo y su hermano se pusieron uno a cada lado mirando a su alrededor. —Buscadla.

—Hermano sabe cuidarse sola, creo que lo ha demostrado.

—¡Aldith!

—¿Quieres que te oigan desde la aldea?

Se volvieron y allí estaba. Cogió la cecina de su mano y se alejó como si nada.

Los tres se miraron. —Es mujer, habrá ido a hacer sus cositas —dijo su primo.

Gruñó siguiéndola y cuando pasó al lado de uno de sus guerreros le hizo la zancadilla provocando que cayera al suelo espatarrado. —¡A ver si vigilas tu espalda, inútil! Y si hubiera sido un enemigo, ¿eh?

—Perdón, mi diosa.

Dio un paso hacia él. —¿Tengo pinta de diosa? ¡Me llamo Aldith! ¡No ofendas a los dioses! —El hombre iba a decir algo, pero ella se volvió para dejarle con la palabra en la boca. Gudbrand reprimió una sonrisa al ver la frustración en el rostro de su hombre y entonces se dio cuenta de que no solo le trataba así a él sino a todos. No estaba acostumbrada a estar entre otras personas y era algo bruta en su modo de comportarse. Y lo demostró al llegar al lado de la hoguera donde empujó a uno de sus hombres para sentarse sobre su tronco. —¿No tienes nada que hacer? —le preguntó al pobre que estaba allí tirado.

—No, mi diosa. He hecho turno de noche en la vigilancia.

—¡Pues sigue vigilando! —Le quitó de la mano la bota de cerveza al que tenía al lado y le fulminó con la mirada.

Este se levantó de inmediato. —Sí, enseguida vigilo también.

—¡Y hazlo bien, que no sabéis ni por donde andáis!

Su hombre se sonrojó antes de largarse a toda prisa. Ella estaba bebiendo de la bota cuando Gudbrand se sentó a su lado. Bajó la bota y le dio un mordisco a la cecina. —¿Qué? —preguntó con la boca llena.

—Esta noche nos haremos con el poblado.

Ella negó con la cabeza. —Será ahora mismo.

—¿Por qué ahora y no de noche cuando estarán dormidos?

—Porque esta noche va a nevar.

Él miró el cielo totalmente despejado. —¿Eso crees?

—Si algo he aprendido es a leer el tiempo —dijo antes de beber.

Y bebió con ganas, tantas que Gudbrand se preocupó. —Preciosa, ese brebaje se sube a la cabeza.

Acabó la bota y la tiró a un lado antes de soltar un eructo que ni uno de sus hombres. —¿No hay más comida?

—Aparte de la cecina, no.

Puso los ojos en blanco. —No pienso bien con el estómago vacío, ahora vuelvo.

Su primo y su hermano se sentaron frente a él. —¿Enciendo el fuego? —preguntó Erik—. Estoy deseando ver la pieza que nos trae.

De repente cayó entre ellos una codorniz traspasada por una flecha y los tres miraron hacia arriba. Una nube empezaba a oscurecer el cielo. —Desplumadla para cuando vuelva. Debemos prepararnos para atacar cuanto antes. —Se levantó y la siguió por donde se había ido y al verla a unos cuantos metros se detuvo para ver qué hacía. Con la flecha preparada giró sobre sí misma con una técnica impecable y soltó la flecha antes de mirarle. Escucharon como algo caía al suelo, pero ninguno miró hacia allí. Gudbrand sintió que la sangre ardía en sus venas y no reprimió su necesidad de acercarse. Aldith creyendo que su corazón se le saldría del pecho pues latía alocado, se quedó muy quieta sin saber por qué, pero por su mirada lo que menos sintió en ese momento fue miedo. Ansias, unos calores que la recorrían de arriba abajo, pero miedo no, en ningún momento. Su respiración se aceleró a medida que se acercaba y cuando llegó hasta ella dejó que la cogiera por la nuca pegándola a su torso. Fue una sensación exquisita sentir la dureza

de su cuerpo y sin darse cuenta cerró los ojos porque todo aquello que experimentaba por primera vez la embriagó. Gudbrand la agarró con un brazo por la cintura elevándola y sin darse cuenta Aldith dejó caer el arco al suelo. Abrió los ojos para mirar los suyos y la mano de Gudbrand acarició su trasero haciendo que gimiera de placer. —No volveré a llevarle la contraria a mi padre, lo juro por Odín.

Sintiendo que el deseo la arrastraba se abrazó a su cuello. —Nunca seré tuya.

Acercó sus labios. —En este momento sí que lo eres. Me conformo con eso. —Entró en su boca y para Aldith fue tal el impacto al sentir su lengua saboreando la suya, que gimió en su interior aferrándose a él para responderle con toda el alma de una manera tan apasionada, que Gudbrand pegó su espalda contra el tronco de un árbol para apretar más la pelvis contra su sexo. Ambos gimieron de placer al sentirse y se besaron como si se necesitaran con una pasión que arrasaría con todo si fuera necesario. Gudbrand parecía que no se saciaba de ella y acarició todo su cuerpo hasta que sus manos llegaron a sus pechos. Impaciente metió la mano bajo su camisa y al tocar su suave piel Aldith ya ardía, por lo que gritó en su boca sintiendo que ya no podía ni pensar. Ni se dio cuenta de que él se apartaba lo suficiente como para quitarle la

camisa y que se agachaba, pero lo que sí sintió fueron sus labios sobre sus deseados pezones y que se los metía en la boca para chupar con fuerza, provocando que algo en su vientre se estremeciera. Arqueó su espalda por la necesidad y esos labios bajaron besando su piel hasta llegar al ombligo. Los hilos de cuero que sujetaban sus pantalones se abrieron y estos cayeron al suelo dejando al descubierto los rizos que protegían su sexo. La lengua de Gudbrand llegó hasta allí y separando sus labios recorrió sus húmedos pliegues de arriba abajo provocando que un grito de placer saliera de su alma. Ni se dio cuenta de que temblaba y Gudbrand se incorporó para abrazarla por la cintura y pegarla a su pecho antes de susurrar a su oído —Puede que me odies, pero serás mi esposa. —Besó el lóbulo de su oreja. Levantó una de sus piernas sujetándola por la parte interna de la rodilla y se colocó haciendo que sus sexos se rozaran. —¿Me sientes, preciosa? Voy a hacerte mía.

Abrió sus ojos vidriosos de placer y en ese momento entró en ella con tal contundencia que gritó de la sorpresa, pero también llegó un placer increíble e inclinó su cuello hacia atrás creyendo que era irreal.

Gudbrand besó su cuello antes de gemir. —Preciosa, me aprietas, me abrasas… —Entró en ella de nuevo y ambos gritaron al

unísono, pero él no se detuvo ahí pues el placer demandaba más placer y la ansiedad de ambos por más les hizo unirse más rápido, más fuerte. Su sexo la recorría con tal potencia que creyó que se partiría en dos y cuando creyó que moriría por algo que no entendía, Gudbrand entró en ella de nuevo haciendo que algo se rompiera en su interior provocándole el placer más exquisito que pudiera conocer jamás y supo en ese momento que mataría por sentir esa sensación de nuevo.

Aferrada a él no sintió sus besos en el cuello, en el hombro mientras le susurraba que había sido perfecto. No escuchó nada de eso, pero sí sintió cuando él se deslizó en su interior para salir de su sexo. Protestó sin darse cuenta y Gudbrand sonrió. —Preciosa, quizás esta noche. —La besó en la sien y se apartó para mirar su cara que aún estaba medio ida por el placer que aún sentía su cuerpo. —¿Aldith?

Abrió los ojos sonriendo como una tonta. —¿Sí?

—Preciosa, los hombres esperan, ¿necesitas mucho tiempo?

—¿Para qué?

Él reprimió una sonrisa. —Para reponerte.

—¿De qué?

—Acabamos de hacer el amor.

Ella parpadeó como si no supiera de que hablaba y Gudbrand perdió algo la sonrisa. —Preciosa, es como si hubiéramos compartido lecho, eso sabes lo que es, ¿no?

Le arreó un tortazo que le volvió la cara y la miró sorprendido. —¿Pero qué haces?

—¿Me has hecho lo mismo que haces con esas? —le gritó a la cara.

Gruñó pasándose la mano por la mejilla. —No ha sido exactamente igual, preciosa.

Su cara de sorpresa era evidente. —¡Pero si estamos de pie! Con Sissel estabas tumbado.

—¿Me viste? —preguntó sin poder creérselo.

—Estabais en el bosque, claro que te vi. Gemías y…

—¡Aldith! —Se sonrojó. —¡No deberías haberte quedado mirando!

Le arreó otro tortazo y gritó con rabia —¡Imbécil!

Volvió a gruñir pasándose la mano por la mejilla. —Preciosa tienes mucha fuerza.

Se subió los pantalones. —¡Me has hecho lo mismo que a ellas! —Agarró su camisa. —Esto no te lo voy a perdonar.

Se alejó dejándole con la palabra en la boca. —¿Qué no me vas a perdonar? —Sin entender nada se miró y gruñó porque su amigo seguía en pie de guerra. —Sí, yo también repetiría. —Se subió los pantalones a toda prisa y corrió tras ella. —¡Aldith! —Se detuvo en seco porque de repente no la vio y jurando por lo bajo miró hacia los árboles. La escuchó sollozar. —Preciosa, ¿qué ocurre? —No le respondió y siguió su llanto hasta un árbol cercano. —Aldith háblame.

Su llanto era desgarrador y preocupado rodeó el árbol por si podía verla. —Preciosa, dime qué ocurre.

—Padre decía que era especial, pero no soy especial para nadie. Me has tratado como a las otras.

Juró por lo bajo. —Preciosa es que se hace así.

Lloró más fuerte y Gudbrand gruñó. —¿Por qué no bajas y lo hablamos?

—¡No tengo nada que hablar contigo! —gritó—. ¡Vete!

—Sí que ha sido especial, para mí lo ha sido.

—Mientes.

—La próxima vez…

—No habrá próxima vez.

—Oh, sí que la habrá —dijo convencido.

—¡No!

—¡Mujer no me discutas, sí que la habrá!

—¡Me voy a buscar un marido que me respete!

—Sobre mi cadáver —dijo por lo bajo antes de gritar— ¡Aldith baja de…! —Un crujido tras él le hizo volverse y dos hombres sobre sus caballos que le observaban levantaron una ceja.

—¿Problemas maritales? —preguntó el de su derecha.

—Algo así. ¿Pueden dejarnos solos, por favor?

Se echaron a reír. —Lo haríamos con gusto si no estuviéramos buscando a alguien. ¿Puede decirle a su mujer que baje? No creo que haya muchas mujeres que se escondan en los árboles y yo precisamente estoy buscando a una.

La cabeza de Aldith boca abajo apareció entre el follaje y bufó. —Otra vez tú. Ahora no, vuelve más tarde.

—Siento interrumpir, pero mi padre estará encantado de conocerte. —Perdió la sonrisa. —Baja ahora mismo o incendio el bosque.

—Oye… —Gudbrand dio un paso hacia él y veinte hombres salieron del bosque con las espadas en la mano.

Con agilidad Aldith cayó a su lado.

—Preciosa, esto no me gusta.

—¿No me digas? —Se miraron a los ojos y susurró casi sin mover los labios —Deja que nos lleven. Son mi pueblo, nos ayudarán.

Los ojos de Gudbrand brillaron y tiró la espada al suelo. Los hombres se acercaron y les cogieron de los brazos.

—¡Llevadlos al pueblo con los demás!

Así que habían cogido a los otros. No le extrañaba, la verdad. Caminó por donde el guerrero le decía sin abrir la boca y cuando Gudbrand intentó soltar un brazo apretó los labios porque era un cabezota, conseguiría que le mataran antes de poder liberarle. Tenía que hacer algo. Miró a Herleifr que iba a caballo a su lado de lo más satisfecho. ¿Cómo no le había olido antes? Olía maravillosamente. Porque estabas distraída, idiota. Ese hombre será tu ruina. Herleifr volvió la cabeza hacia ella. —¿Cómo has conseguido llegar tan pronto?

—Atravesando las montañas.

No pudo disimular su admiración. —Eres muy valiente. Mi padre lo tendrá en cuenta al juzgarte.

—Tu padre no llegará a juzgarme. Él será juzgado por el mismo Odín.

—Preciosa no le provoques.

—Solo digo la verdad. ¿No está bien que diga la verdad, Herleifr?

—Desprecio a los mentirosos.

Sus ojos brillaron de la alegría. —Yo también los desprecio. ¿Estás casado?

—¡Aldith!

—Solo es una pregunta. —Y le explicó a Herleifr —Mi padre deseaba que me casara con el hijo de un jarl, solo quiero cumplir sus deseos. Y tú eres apuesto.

—Tu padre no me hubiera elegido.

—Porque tu padre dijo todas esas mentiras despreciables sobre él, pero tranquilo que en cuanto confiese la verdad y le mate, podremos casarnos.

La miró con horror. —¡No me casaría contigo ni muerto!

—¿Me estás rechazando? ¡Estas tierras son mías!

—¡Son de mi padre!

—¡Porque él lo dice, soy la hija del jarl Viggonsen y en cuanto mate a ese padre tuyo que se cree el jarl los míos me seguirán!

—¡Esta mujer está loca!

Gudbrand suspiró. —Habla en serio. Preciosa si te quedas aquí tendremos que separarnos.

—¡Pues vuelve con tus zorras, yo merezco algo mejor! —Sonrió a Herleifr y le guiñó un ojo. —¿A que sí?

Eso le hizo gracia y sonrió. —Puede, si no matas a mi padre.

—Eso no es negociable. Pero solo si ha mentido, si ha dicho la verdad no se lo tendré en cuenta.

—Vaya, gracias.

—De nada. Soy magnánima.

—Preciosa…

—Gudbrand no te metas, estoy llegando a un trato.

—¿Gudbrand? ¿El que iba a ser tu marido?

—Iba. Pero él no me quería.

—Pero ahora sí que te quiero —dijo entre dientes.

—¡Pues yo no te quiero a ti!

Herleifr se echó a reír. —Eres muy graciosa.

Sonrió. —Gracias, hermoso.

—¡Aldith!

—¿Qué? ¡Es muy guapo!

—Deja de decirle esas cosas.

Ella se detuvo para enfrentarle. —Le diré lo que me venga en gana. —Soltó su brazo y le señaló. —Deja de decirme lo que tengo que hacer.

Él se soltó de sus enemigos para enfrentarla. —¿No te das cuenta de que le estás dando alas?

—¿Y a ti qué te importa? —Miró a su derecha para ver que Herleifr sobre su caballo les observaba divertido. —¿A que tú me quieres por esposa?

—Te aseguro que me lo estoy pensando —dijo pasándoselo en grande.

Gudbrand le miró con odio. —Es mía.

—Ella no opina lo mismo.

Gudbrand iba a atacarle, pero sus hombres se tiraron sobre él lanzándole al suelo. Aldith puso los brazos en jarras dando un paso atrás. —¿Ves lo que has conseguido? Hacer el ridículo nada más.

Herleifr se echó a reír. —Preciosa, está desesperado.

Se acercó a él mirándole ilusionada. —¿Entonces tengo posibilidades contigo? ¿Serás mi esposo?

Se agachó para cogerla por la cintura y subirla ante él. —Cada segundo me parece una idea más y más apetecible.

Aldith se volvió y puso el cuchillo bajo su garganta. —Pues yo he decidido pensármelo mejor, no te conozco lo suficiente.

Varios hombres gritaron mientras Herleifr perdía la sonrisa.

—¡Soltadle! —Con agilidad rodeó su cuerpo para colocarse de pies sobre el lomo del caballo y agarrando su cabello tiró de su cabeza hacia atrás para que todos vieran que tenía a su señor.

Varios hombres soltaron a Gudbrand que se puso en pie de un salto sonriendo de oreja a oreja. —Preciosa eres increíble.

Le guiñó un ojo y gritó —¡Todos ante el caballo, rápido! —Como no se movían rozó la piel con el filo provocando que saliera sangre. —¡Ahora! ¡Todos en grupo ante el caballo de espaldas a mí!

—Y tirad las armas al suelo —añadió Gudbrand.

—¡Eso!

—No conseguiréis nada, mis hermanos están en la aldea y tienen ya retenidos a vuestros hombres.

Se acercó a su oído. —Eres el mayor, ¿verdad?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—No harán nada si creen que pueden perderte.

—¡Lo harán si con eso salvan a los demás, estúpida!

Jadeó asombrada. —¿Qué me ha dicho?

—Algo inconcebible, esposa.

—Eso sí que es inconcebible, no soy tu esposa.

—Lo serás

Lo dijo tan seguro que la dejó pasmada. —¿Quieres centrarte?

—Te aseguro que no les pierdo ojo. ¡Agrupaos, rápido!

—Estáis muertos —dijo Herleifr con rabia.

—De momento el que está más cerca de la muerte eres tú.

Llegaron al campamento donde debían estar sus hombres y apretó los labios porque estaba abandonado y con signos de lucha.

—Como hayáis matado a alguno de los míos pienso destriparos —dijo Gudbrand con rabia.

—Lo descubrirás enseguida.

—¡Más rápido! —gritó ella deseando llegar a la aldea. Los minutos se hicieron eternos porque caminaban muy despacio como si quisieran hacer tiempo y entonces se dio cuenta, esperaban que los emboscaran. Tenían vigías y esperaban que si iban despacio les diera tiempo a tenderles una trampa antes de llegar a la aldea. —Se sentó tras Herleifr pegándose a él. —Te juro que como una flecha caiga sobre Gudbrand o sobre mí, te atravesaré con mi puñal.

—¡No disparéis! —gritó tan alto como podía.

Sonrió maliciosa. —Te consejo que sigas gritando si quieres salvar la vida.

—¡Olav, Bjorn, que no ataquen! ¡Me matarán!

—Al parecer te ha tomado en serio, preciosa.

—Es que se ha dado cuenta de que tengo malas pulgas cuando me enfado. —Tiró de su cabello. —¿Verdad?

—Serás puta.

—Ya no quiere mi mano, ¿has visto Gudbrand?

—Es un hombre sin palabra, preciosa, mejor quédate conmigo.

—Mejor me lo pienso, igual alguno de sus hermanos me vale. Tiene muchos y son vecinos, hay que llevarse bien con los vecinos.

—Demasiados malentendidos, mejor te quedas conmigo que me conoces muy bien.

—Sí que te conozco sí, por eso no me casaría ni loca. —Tiró del pelo de nuevo. —¿Sabes que una vez se acostó con una mujer debajo de mi árbol? ¡Tuve que escucharla gemir toda la noche!

Gudbrand se sonrojó. —Preciosa, no lo sabía, te lo aseguro.

—Oh, cállate. —Tiró más del pelo de Herleifr. —Y después esa mujer se casó con uno de sus guerreros. Como si nada. ¿Tú qué opinas?

Gudbrand rio por lo bajo. —Que seguramente él ha hecho lo mismo.

—¿De veras?

Herleifr hizo una mueca. —Todas mis amantes sabían que no iba a casarme con ellas.

—¿Por qué?

—Porque soy el hijo mayor del jarl. Mi matrimonio hace alianzas.

—Ah, eso… —Bufó. —Los hombres siempre pensando en lo mismo.

—Preciosa concéntrate —dijo Gudbrand mirando a su alrededor—. No estamos seguros.

—Claro que sí porque si no le degüello. ¿Me habéis oído? —gritó—. ¡No me va a temblar el pulso!

En ese momento bajaron el desnivel que llevaba a las casas. —Nos siguen —susurró—. Están detrás de nosotros.

Gudbrand asintió volviéndose mientras Aldith veía a través de los árboles como los hombres de Herleifr intentaban contener a los suyos que estaban desarmados. Ahora llegaba el momento de la verdad. A ver cuánto les importaba ese hombre. —Coge a uno de los hombres de escudo.

Gudbrand caminó hacia el grupo y agarró al primero poniéndole la espada en el costado. Así avanzaron hasta llegar abajo y entraron en el pueblo siendo observados por sus aldeanos. Y la reconocieron, se dio cuenta de inmediato. Sonrió al viejo Arne, el antiguo herrero, y este dejó caer la mandíbula del asombro antes de decírselo a sus paisanos. Orgullosa levantó la barbilla y llegaron al centro del patio donde sus hombres estaban acorralados por las espadas de los guerreros de Herleifr. —¡Tiradlas!

Un hombre se adelantó. —¡Libera a mi hermano, zorra!

—¡Si no tiráis las armas, tu hermano será el primero de muchos en morir! ¡Pero si me hacéis caso, no morirá nadie hasta que llegue tu padre y me dé las explicaciones que necesito! ¡Tú decides!

El hombre miró a Herleifr que gritó —¡No!

—Muy valiente por tu parte —dijo ella con burla—. ¿Quién está conmigo?

Sus aldeanos gritaron levantando sus armas y los hombres de Herleifr les miraron asombrados. —Seréis desagradecidos, os liberamos de la tiranía de Viggonsen.

—¿Para qué? ¿Para robar todo lo que ganamos? ¡Con él vivíamos mucho mejor! ¡Era duro, pero justo! —gritó una mujer a la que todos jalearon.

Empezaron a gritar su apellido y ella sonrió orgullosa. —¿Les oyes? ¡Son mi gente y por ellos daré la vida! ¡Tirad las armas!

Uno de los hombres lo hizo de inmediato y varios les siguieron. —¡Malditos cobardes coged las armas!

—Mi mujer está ahí mismo y no pienso luchar contra ella —dijo uno de ellos antes de alejarse.

Hoder cogió la espada y la levantó contra otro de ellos que tiró la suya de inmediato.

Herleifr siseó —Pagarás por esto.

—No lo creo, para eso tendrías que vencerme y nunca lo harás.

Gudbrand se acercó a ella. —Vamos preciosa, baja.

Antes empujó a Herleifr al suelo y los suyos gritaron de la alegría. Gudbrand la cogió por la cintura y la bajó. En cuanto sus pies tocaron la verde hierba, corrió hacia ellos llorando de la emoción y la abrazaron dándole la bienvenida. —Odín nos ha escuchado —dijo la vieja Greda. Se apartó para mirarla—. Estás viva, creíamos…

—Tengo mucho que contaros. ¿Regresó alguien?

La mujer negó con la cabeza. —Los que partieron aquel día ya no volvieron. Quemaron sus cuerpos en una pira. Creíamos que estabas en ella.

Con sus ojos llenos de lágrimas asintió. —Entiendo.

—¿Dónde has estado?

—Escondida cerca de los Ellingsen. No sabían de mi existencia.

La miraron impresionados. —Eres hija de tu padre —dijo el viejo Arne—. Toda una guerrera. Estaría muy orgulloso.

—¿Estáis bien? ¿Os han tratado bien?

—Cuidado con Hovensen. Mató a todos los que no le juraron fidelidad.

Sus ojos se oscurecieron. —Entiendo.

—Teníamos que sobrevivir por nuestros hijos —dijo una mujer asustada.

—No te preocupes, lo entiendo, Anne. —Sus ojos fueron a parar a una muchacha que estaba tras un hombre y gritó de la alegría. Todos se apartaron riendo y las amigas se encontraron para abrazarse con fuerza. —Luna, qué alegría. —Se apartó para mirarla bien. Sus rizos castaños rodeaban su cara y sollozó de la dicha. —Estás distinta, pero te reconocería en cualquier parte.

—Pues tú estás igual. —Varios rieron. —Pero ahora eres toda una mujer.

Hizo una mueca. —No sé qué diría mi madre de eso.

Varios perdieron la sonrisa y ella también. —¿Dónde la enterrasteis? —Como no le respondían preguntó impaciente —¿La quemasteis?

—¿Hija?

Se quedó sin aliento y lentamente se giró para ver a su madre ante ella. No, no podía ser. Estaba muerta. —¿Madre? —preguntó indecisa.

Alargó los brazos y Aldith corrió hacia ella para abrazarla con fuerza. —Estás viva —dijeron a la vez.

No podía ser, la estaba tocando. Su madre, siempre había tenido a su madre esperándola y no lo sabía. Se apartó para mirarla bien. Como siempre estaba impecablemente vestida y su cabello caía en hondas sobre su hombro. —Qué alegría más grande. —Su madre acarició sus mejillas antes de quitarle el pañuelo de la cabeza y dejar caer el hermoso pelo casi hasta el suelo. Todos alabaron su belleza. —Preciosa.

Por encima de su hombro vio que Gudbrand no le quitaba ojo. Escuchaba lo que Erik de espaldas a ella tenía que decirle y su rostro se transformó en hielo mirándolas. Era evidente que había escuchado algo que no le gustaba nada. Se apartó por instinto sin perder la sonrisa y sus ojos fueron a parar a los de su madre. Entonces llegó hasta ella, olió su miedo. Dio un paso atrás sin darse cuenta. —¿Madre?

—Hija, tengo mil cosas que contarte.

—¿Cómo es que estás viva, madre?

La miró angustiada. —Yo no quería, te juro que no.

Sintió que le daba un vuelco al corazón. —¿Qué hiciste?

—¡Hovensen me obligó!

—¡Que no te mienta, Aldith! —gritó Luna—. ¡Ella lo ideó todo!

—No, eso no es cierto.

—Madre…

—Tenías que verlos cuando él llegó aquí a reclamar nuestro pueblo —dijo el viejo Arne con rabia—. ¡Mi hijo había muerto como todos los demás y ella les sonreía dándoles la bienvenida!

Gudbrand se acercó. —Preciosa, déjame esto a mí.

—¡No!

—No serás imparcial.

—¡Tú tampoco!

Se volvió hacia los suyos. —¿Por qué le dijisteis a los hombres de Ellingsen que había muerto?

—¡Porque ella nos lo ordenó! ¡Se escondió en su habitación hasta que se fueron! ¡Nos dijo que querrían llevársela con su

hermana y alguien tenía que dirigirnos hasta decidir quién sería el nuevo jarl!

Pálida miró a su madre mientras el hombre no dejaba de hablar.

—¡Y unas semanas después llegó Hovensen! ¡Se convirtieron en amantes! ¡En la cama del jarl! Su desfachatez no tiene límites, niña.

Sin aliento susurró —¿Tienes algo que decir, madre?

—¡Qué miente! ¡No teníamos opción! ¡Nuestras defensas estaban mermadas y tuve que hacer que estaba de acuerdo en todo para que salváramos la vida! Compartí su cama, sí, ¡pero siempre con la intención de salvar a mi pueblo de esos bárbaros!

Herleifr rio por lo bajo y sintiendo que el suelo temblaba bajo sus pies se volvió para mirarle. —¿De qué te ríes?

—Era la amante de mi padre antes de que el tuyo muriera. Las veces que rio mi jarl porque le ponían la cornamenta. Le odiaba y preñar a su mujer le hacía sentir mejor después de la desaparición de mi hermana.

—¡Tu hermana estaba viva! —gritó perdiendo los nervios por la burla cometida contra su padre.

Herleifr apretó los labios. —Pregúntate quien dejó el cadáver de esa muchacha en el límite con vuestras tierras.

—¿Qué quieres decir?

—¿Quién quería provocar todo lo que vino después? ¡Fue tu madre! ¡Le odiaba, odiaba que la tocara! ¡Fue obligada a ese matrimonio e hizo lo posible para deshacerse de él! ¿Por qué crees que la golpeó antes de partir hacia tu matrimonio? ¡Porque se enteró de que era infiel y cuando perdió al niño ella en venganza le dijo que ese hijo no era suyo! ¡Ella se lo dijo! ¡Por eso intentó matarla! Pero debió soltar su cuello demasiado pronto, porque esa zorra revivió.

—¿Quién te ha contado eso? ¿Tu padre? No tiene mucha credibilidad.

—¿Me creerás a mí? —preguntó Luna.

Asintió temiendo que todo fuera verdad. —El día antes de que partieras ella envió un mensajero a las tierras de los Hovensen. Te preguntarás como lo sé, ese mensajero era mi hermano. ¡Él me dijo a donde iba a ir y nunca regresó! ¡Le mataron allí para que no tuviera que dar explicaciones al jarl si regresaba antes de que partieran! Cuando os fuisteis y llegaron las noticias de vuestro ataque, tu madre no soltó ni una sola lágrima por ti. Jamás se me

olvidarán las palabras que dijo, mi hija se iba a sacrificar por nosotros y así lo ha hecho. Odín la recompensará. ¡Y entró en la casa de nuevo a esperar la llegada de su amante! ¡Pero los Ellingsen llegaron primero a pedir explicaciones y por eso se escondió!

Se volvió hacia su madre que estaba evidentemente asustada. —¿Tienes algo que decir? —preguntó fríamente.

—Mienten, están furiosos conmigo porque me alié con Hovensen.

—¿Y el hijo de tu amante también miente? ¿Quién era la chica?

—¡No sé de qué me hablas!

—¡Quién era la chica que dejaste entre nuestras fronteras para simular la muerte de la hija de tu amante!

Asustada miró hacia los suyos. —No sé de qué me hablas.

—Mi nieta desapareció en aquella época, niña —dijo con tristeza la anciana Greda. —Un día se fue a recoger moras y nunca volvió. Creímos que se había ahogado en el fiordo. Le gustaba nadar, como a ti.

—Interesante. —Inclinó la cabeza a un lado. —¿Quién te ayudó a secuestrar a la hija de nuestro enemigo?

Dio un paso atrás. —Nadie, lo juro.

Sonrió con ironía. —Supongo que ya estará muerto para que no pudiera delatarte. —Entonces recordó una cosa. —Hilde… —Su madre palideció. —La utilizabas, ¿no es cierto? Hubiera hecho cualquier cosa por ti, por nosotras, hasta dar la vida para salvarme. Sí, empiezo a recordar cómo le ordenabas cosas que hacían enfurecer a mi padre. Como él la llamaba bruja y decía que siempre estaba espiándonos. Siempre estaba en la sombra si el jarl estaba conmigo. La odiaba como ella a él. Hablaba mal de mi padre y me asustaba con sus historias para que me alejara. —Rabiosa dio un paso hacia ella. —¡Pero él me amaba!

—Tveit no amaba a nadie.

—Eso es mentira, niña —dijo la vieja—. Te quería con locura, eras su orgullo y el día en que decidió que te fueras del pueblo, yo le vi llorar junto al fiordo. Se desgarraba por dentro por haber tomado esa decisión, ¡pero lo hizo por nuestro bien sin saber que tenía esta serpiente en su propia casa!

Intentando retener las lágrimas por todo lo que su madre le había robado siseó —¿Cómo la secuestraste?

—¡Dices cosas sin sentido! ¡Después de que la creyeran muerta no pasó nada! ¡No atacó a nuestro jarl!

—¡Porque mi padre tenía las manos atadas! —gritó Herleifr—. ¡Su rostro no se reconocía y no podíamos demostrar que era mi hermana ni que había sido el jarl como se decía por ahí!

—¿Quién esparció los rumores?

—Eso nunca se sabrá, amiga —dijo Luna—. A todo el mundo se lo dijo otra persona, nunca averiguarás quien fue la fuente de ese vil rumor.

Todos miraron a su madre que empezó a temblar de miedo. —¿Y quién violó a aquella muchacha? ¿Yo? —Se hizo el silencio y su madre negó con la cabeza. —¡Yo no hice nada! ¡Me estáis juzgando por algo que sucedió hace años, me estáis juzgando por compartir el lecho con el enemigo cuando yo solo quería cuidar por vuestro bienestar! ¡Y a quien vuelva a decir que el hijo que perdí no era de mi esposo le pienso rajar de arriba abajo! —Le rogó con la mirada. —Que sea Hovensen quien te diga de quien era ese niño. ¡Qué te diga si compartí lecho con él antes de la muerte de tu padre! ¡Te juro por Odín que nunca me tocó antes!

—¿Me estás llamando mentiroso, mujer? —gritó Herleifr—. ¿Os encontrabais en una casa que hay cerca de las montañas! ¡Dejabas a tu hija con esa mujer y te ibas con él! Y puedo demostrarlo.

Su madre pálida como la nieve negó con la cabeza. —No es cierto, no puedes.

Sonrió malicioso. —A la altura de sus pechos tiene un lunar del tamaño de mi pulgar. ¡Mi padre dice que si te toca ahí te vuelves loca!

—Eso pudo descubrirlo después —dijo Gudbrand—. No es una prueba válida.

—¿Queréis otra? ¡Ese collar que lleva era de mi padre!

Aldith miró el collar, un collar que había visto miles de veces antes, lo que demostraba que era su amante antes de la muerte de su padre. La miró a los ojos y susurró —Mereces la muerte por traicionar a tu sangre.

—¡Te juro que es mentira! ¡Este collar me lo dio mi madre! ¡Mi hermana puede verificarlo!

Gudbrand se acercó y le susurró al oído —Preciosa no te precipites, recuerda lo que sucedió con Inga. No quiero que cometas

el mismo error, debes asegurarte.

Asintió y gritó —¡Apresadla! ¡Veamos qué explicaciones nos da Hovensen!

Los aldeanos gritaron de la alegría levantando los brazos en señal de victoria. —¡No, no! —Brynja gritó mientras dos guerreros de Gudbrand agarraban sus brazos. —. ¡Te juro que mienten! Hija, ¿cómo puedes hacerme esto?

—Y te haré algo peor como mis sospechas sean ciertas —dijo fríamente—. Traicionar al jarl conlleva la muerte. Pídeles a los dioses que te ayuden a salir de esta, porque yo no pienso mover un dedo por ti.

Su madre sollozó. —No puedo creer que hagas esto.

—¿No puedes? ¡No puedes! —gritó furiosa—. ¡Has compartido lecho con el hombre que me robó a mi padre, que robó mi vida! ¡No me buscaste, estabas viva y no te molestaste en buscarme!

—¡Me dijeron que estabas muerta!

—¡No viste mi cadáver! ¡Si a mí me arrebataran un hijo, nada impediría que lo buscara y tú no lo hiciste!

—Acababa de parir y…

—Sí, pero para abrirte de piernas con nuestro enemigo estabas perfectamente. Fuera de mi vista —dijo con ganas de matarla allí mismo.

Los hombres tiraron de ella. —¡Lo hice por el bien de los nuestros! ¡Cómo tú ibas a casarte con ese!

Entonces recordó lo que había dicho su tía y atónita dio un paso hacia ella. —Organizaste la boda con los Ellingsen para que nos atacaran al ir hacia allí.

—No, tu compromiso fue decisión de tu padre. Yo no tuve nada que ver, lo supe cuando ya todo estaba pactado.

—¡Mientes! ¡Tu hermana me lo contó hace unos días, entre las dos convinisteis que fuera Gudbrand y convenciste a mi padre de que era la mejor opción!

Pálida miró a Gudbrand. —Te juro que no, todo fue idea de mi esposo.

—Señora, yo hace unos minutos que ya no me creo nada de lo que diga y si sigue con vida es porque quiero dilucidar ciertos puntos antes de rajarle la garganta de parte a parte. Lleváosla. Encerradla y quiero guardia ante su puerta día y noche.

Sin poder creerse lo que estaba pasando Aldith se llevó las manos a la cabeza y gritó de la rabia, pero sobre todo gritó por el dolor que tenía dentro. Había juzgado tan mal a su padre y nadie podía remediarlo ya. Gudbrand la abrazó, pero furiosa se apartó y con los ojos llenos de lágrimas le gritó —¡Ni se te ocurra tocarme!

—Pero…

—¡A qué viene esto cuando eras el primer interesado en que yo desapareciera! ¡Te hicieron un favor!

Palideció antes de mirar a su hermano.

—No le mires a él, tú tomaste la decisión. Ya eras un hombre y decidiste que no era importante, que si estaba muerta mejor que mejor. —Rio sin ganas. —¡Y después cogiste ese oro! ¡Tus manos también están manchadas de sangre!

—Aldith, yo…

—¡Cállate! —Se volvió y Luna corrió hacia ella para abrazarla. Su amiga le miró con odio antes de susurrarle algo que no llegaron a entender, pero se la llevó hacia la casa con varios de los suyos detrás. Sus rostros demostraban que si tenían que matar por ella lo harían. Impotente vio cómo se alejaba llorando y sintió a su hermano tras él.

Pálido se volvió para mirarle a los ojos. —Eso que ha dicho te lo susurré al oído —dijo Hoder.

—Lo recuerdo muy bien.

—Lee los labios, a saber todo lo que ha escuchado de esa manera a lo largo de estos años. Su rencor jamás se aliviará, hermano. Más vale que lo dejes estar porque en este momento está a punto de explotar y tú también pagarías las consecuencias. Y no podrías contenerla, a esa mujer no. Te aconsejo que seas cauto y te alejes, piensa en tu pueblo.

—No lo entiendes —dijo impotente.

—Claro que lo entiendo. Es una mujer digna de admirar, con unas habilidades y una belleza que encandilarían a cualquier guerrero. Por la sangre que tienes en el pantalón es evidente que la has tomado y la quieres para ti, pero decidiste algo en el pasado que nunca podrás cambiar. Ese odio, ese rencor que te tiene nunca se aliviará. Ha vivido sola durante años y acaba de descubrir que todo su mundo se derrumbó por decisión de su madre. Por un instante creyó que alguien volvería a amarla para descubrir que esa mujer fue la causa de la soledad en la que ha vivido durante años, lo que le ha confirmado que no puede confiar en nadie y menos en ti. Y menos en ti, hermano. Deseaste su muerte, si quisiste la guerra en

su momento, fue simplemente por orgullo y ella lo sabe. Déjala en paz, es lo mejor para ella y lo mejor para ti, porque como en algún momento pierda la paciencia me veré en la obligación de quemar tu cuerpo y es algo que nunca querría hacer. —Palmeó su hombro. —Piénsalo hermano, pero creo que es lo mejor. —Se volvió y gritó —¡Los prisioneros deben estar bien atados! ¡Como se os escape alguno, pienso despellejaros vivos!

Gudbrand impotente apretó los puños y sabiendo que su hermano tenía razón se alejó de la casa para ir hasta la orilla del fiordo. Sí, su hermano tenía razón. El pasado no podía cambiarse y el dolor de Aldith era tan intenso que nunca lo olvidaría. No era justo presionarla, no funcionaría. Pero pensaba pagar su falta. Apretó las mandíbulas mirando las frías aguas. La cuidaría, la protegería como debía haber hecho, aunque ella no quisiera. Y nadie se lo impediría, ni el mismísimo Odín,

Capítulo 9

Tumbada en la cama se giró sin ser capaz de conciliar el sueño y después de varios minutos dando vueltas, se levantó para salir al exterior. Le faltaban los ruidos de la noche. Cuando llegó al fiordo se sentó en una de las rocas y miró el agua iluminada por la luna. Era preciosa, pero un olor la hizo gruñir por dentro porque ni de eso podía disfrutar.

—¿No puedes dormir?

La voz de Gudbrand a unos metros tras ella hizo que mirara hacia allí para verle sentado bajo un árbol. Él observó su belleza, lo hermosa que estaba su larga melena con los reflejos de la luna, pero recordó que nunca sería suya e hizo una mueca. —¿La cama era demasiado cómoda?

—Puede. —Miró al frente. —O que tengo mucho en lo que pensar

—Es culpable, lo mires por donde lo mires.

Asintió. —Simplemente por compartir su lecho merece la muerte.

—No podría haberlo dicho mejor. Cualquier cosa que diga Hovensen será mentira, pero debemos intentar descubrir todo lo que pasó realmente.

—¿Cómo se llevaron a su hija sin que se enterara nadie hasta que fue demasiado tarde?

—¿Quién era esa Hilde?

Se acercó a él y se sentó en una roca que tenía en frente. —La criada que me cuidaba desde que nací. —Frunció el ceño. —No, a Hilde se la trajo mi madre cuando se casó con mi padre. Creo recordar que era así.

—Así que se la trajo con su matrimonio y después, cuando naciste, te cuidaba.

—Siempre estaba conmigo. Y ella me salvó. Me ocultó cuando nos atacaron, aunque los hombres que la mataron recuerdo que discutieron porque el jarl nos quería vivas.

—¿Crees que ella sabía del ataque?

—No lo sé. Yo iba en su caballo ante ella tapada con una piel. No le veía mucho la cara, pero lo que sí sé es que en cuanto nos atacaron salimos a galope entre los árboles.

Gudbrand asintió. —Temía por vuestras vidas. —Miró hacia el agua. —Así que no sabía nada del ataque. Si fuera así se hubiera quedado allí para ser vista por el jarl y asegurar su supervivencia.

—Pero espiaba a mi padre. Mi jarl se quejó varias veces de ello ante mí y siempre le gritaba que nos dejara solos.

—¿Qué hacía esa mujer mientras te criaba? ¿Cuáles eran sus tareas?

—Acompañarme, básicamente. Del día a la noche. Incluso cuando jugaba con Luna y mis amigos estaba sentada en algún sitio vigilando.

—¿Nunca te dejaba sola?

Pensó en ello. —¿Sola? Sí, que recuerde hubo varias veces que se fue con mi madre a visitar a una vieja que vivía lejos de la aldea, no recuerdo cómo se llamaba, pero lo que sí recuerdo es que le trataba unos dolores en las piernas. Se iba de mañana y regresaba a la noche.

Gudbrand entrecerró los ojos. —¿Y no se llevaba hombres para que la protegieran?

—Sí, creo recordar que sí. —Se pasó la mano por la frente porque una imagen pasó por su cabeza. Su madre y Hilde se alejaban a caballo con dos hombres detrás. Y uno de ellos era el nieto de la vieja Greda. Le miró a los ojos sorprendida. —Sus cómplices.

—Seguro que les daban un buen oro por mantener la boca cerrada.

—¿Crees que era cuando se reunía con el jarl Hovensen?

—Creo que es mucha casualidad. ¿Con quién te quedabas en esas ocasiones?

—Con la madre de Luna si mi padre no podía estar conmigo. Pero él casi siempre estaba conmigo en esas ocasiones. Me enseñaba a hacer cosas como pescar o tirar el cuchillo. —Sonrió con tristeza. —Pero eso era de más pequeña, luego…

Gudbrand asintió. —Empezaste a tenerle miedo. Te envenenaron contra él.

—No me daba cuenta, yo…

—No te justifiques preciosa, eras una niña. Confiabas en ellas y te manipularon.

Miró hacia la luna. —La noche antes de que le mataran le abracé y me correspondió. Nos despedimos y me dijo que siempre estaría conmigo, que le hiciera llamar si le necesitaba. Pero cuando llegó el momento no tenía a quien llamar. Y ella siempre estuvo viva.

—Te manipularon a ti y a él. Confiar en la persona que amas no es una falta.

Aldith le miró a los ojos. —Sí que lo es cuando ya te ha dado signos de que no es de fiar. Creer en lo que te diga es de estúpidos. —Se levantó y se alejó.

—¿Lo has dicho por mí?

Se detuvo en seco y al darse cuenta de lo que querían decir sus palabras abrió los ojos como platos.

—¿Me amas, preciosa?

Se volvió rabiosa para encontrárselo de pie a unos pasos. —¿Pero qué dices?

Él entrecerró los ojos. —He tenido la sensación de que hablabas de mí.

—Pues estás equivocado. —Levantó la barbilla. —Ni en mil vidas, guerrero. Eso no pasará nunca.

De repente sonrió de medio lado cortándole el aliento. —Si tanto me odias, ¿por qué dejaste que te tomara? —Alargó la mano y acarició uno de sus mechones. —¿Por qué, preciosa? Si me odias, si no confías en mí, ¿por qué me confiaste tu pureza? —Tiró de su mechón acercándola a él. —¿Por qué yo cuando podía haber sido cualquiera? Alguien que nunca te hubiera defraudado. Pero te entregaste a mí y disfrutaste, sé que lo hiciste. Todavía recuerdo como tu carne estremecida, húmeda y caliente rodeaba mi miembro mientras recibías mi semilla. —Aldith sintiendo que se le secaba la boca separó los labios intentando que llegara el aire. —¿Lo recuerdas, preciosa? Fue esta misma mañana. Fuiste mía esta mañana y gozaste. —Agarró su otra mano y se la puso sobre su miembro endurecido. —¿Lo sientes? —Sus labios rozaron los suyos y susurró —Me has hechizado, mujer. Te siento mía y fue así desde el mismo momento en que emergiste de esas aguas. Y sé que tú sentiste lo mismo.

Esas palabras la hicieron darse cuenta de lo que estaba haciendo. —¡No! —Se apartó dándole un empujón y corrió hacia la casa.

Gudbrand suspiró antes de mirar la luna. —Odín ayúdame un poco.

—Puede que Odín no te ayude, pero yo sí puedo echarte una mano. —Sorprendido se volvió para encontrarse a Luna. La chica sonrió acercándose. —La amas.

—Eso no es de tu incumbencia.

—Ella lo es y todo lo que sea bueno para ella lo celebraré. Está muy dolida.

—¿Te ha hablado de mí?

—No es que ahora hable mucho, pero solo hay que verle la cara. En su interior tiene una lucha de voluntades y te será difícil destruir el muro que ha construido para proteger su corazón. Y por lo que he oído te lo mereces.

Se volvió dándole la espalda. —Lo sé.

—Se ha convertido en una mujer fuerte, valiente, no puedo creerlo. Antes era asustadiza, ¿sabes?

—¿De veras?

—Le daban miedo los animales, ensuciarse por si su madre la regañaba y hasta le daba miedo hablar por si a su padre le molestaba algo de lo que le decía. No tuvo una niñez fácil, pero

quién la tiene. Era la hija del jarl y tenía que ser ejemplo de todos, pero sentía que nunca estaba a la altura. Su madre provocaba su miedo hacia el jarl, cuando él hubiera dado su vida por ella. La reprendía, sí, pero solo porque quería que fuera perfecta y nadie es perfecto. Pero ahora… —dijo con admiración—. Mírala ahora. Y lo ha hecho sola, sin ayuda de nadie.

—Sí… —Gudbrand dio una patada a una piedra que cayó al fiordo antes de que él se volviera. —Buenas noches.

—He dicho que te ayudaré.

Se detuvo en seco y la miró sorprendido. —¿De veras?

—Hasta hace un momento no creía que fueras bueno para ella, pero he visto sus ansias de estar contigo, su lucha interior y su miedo a que la defraudes, no pienso dejar que arruine su vida por temor a que su corazón sufra más con lo valiente que es. Merece ser feliz.

—La haré feliz, lo juro por Odín.

—Más te vale porque sino te mataré yo misma. —Sonrió. —Pero a cambio de una ayudita tendrás que echarme una mano.

—¿Una mano?

—Yo también tengo aspiraciones. Y aspiraciones muy altas.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto? —preguntó confundida.

—¿Cuánto oro quieres?

—Oye, ¿por quién me tomas? —Gudbrand la miró sin entender. —¡Yo quiero casarme!

—¿Perdón?

—¡Con Herleifr! Quiero casarme con Herleifr, tendrás que ayudarme con eso.

—¿Pero has perdido la cabeza? ¡Es el enemigo!

—Ah, no. Él no hizo nada. No podéis matarle por lo que hizo su padre. —Se cruzó de brazos. —¿Sí o no?

—¡No podré convencerle de que te tome por esposa! ¿Cómo voy a hacer algo así?

—Pues tendrás que arreglártelas. —Levantó la barbilla. —Y rapidito que su padre estará a punto de llegar y después se liará gorda. Puede que entonces no quiera ni mirarme, tengo que enamorarlo antes de que llegue el jarl.

No salía de su asombro. —¿Pero tengo aspecto de alcahueta?

—Tienes aspecto de hombre desesperado porque su mujer le mire a la cara dos veces, tú decides.

Gruñó por lo bajo. —Haré lo que pueda.

—Gracias.

Se pasó la mano por el cuello gruñendo de nuevo y cuando la muchacha se alejó, su primo y su hermano salieron de entre los árboles. —¿Cuánto lleváis ahí? —preguntó molesto.

—Lo suficiente como para ver cómo te chantajean, hermano —dijo divertido.

—No tiene gracia.

—Al menos tienes una aliada. Una importante aliada. Parece que Aldith confía en ella, puede que no lo tengas todo perdido —dijo su primo.

—Bien, ¿y cómo lo hago? —Le miraron sin comprender. —¿Cómo le meto a Herleifr esa mujer por los ojos? ¡Está furioso, no querrá saber nada!

—Cómo se nota que no estás casado —dijo Hoder antes de reír por lo bajo—. Ordena que le bañe y ese hombre no tendrá ninguna posibilidad. Luego ordenas la boda y ya estará hecho. Eres el hombre con más rango aquí, tu palabra es ley.

Separó los labios pensando en ello. —Forzarle a una boda.

—Aunque puede que luego haya lucha y se quede viuda, pero al menos tendrá una oportunidad.

—¿Y si la mata? —preguntó su primo—. Creo que no lo has pensado bien. Eso puede funcionar con un amigo, pero no con un enemigo. Para que él ceda tiene que atraerle lo suficiente como para que no le haga daño.

Ambos se pusieron a discutir y Gudbrand levantó las manos al cielo como pidiendo ayuda. Entonces se le ocurrió una idea. —¡Ya lo sé! —Sonrió de oreja a oreja. —¡Odín me ha echado una mano!

Salió corriendo hacia la casa y los suyos se miraron. —¿Qué se le habrá ocurrido? —preguntó Hoder.

—Ni idea, pero hay que ayudarle con nuestra diosa.

—Por supuesto, esa mujer tiene que ser la esposa del futuro jarl. No podemos dejarla escapar con los osos que caza.

—Creo que lo que menos le importa a mi primo es lo que caza o deja de cazar.

Llegó hasta la puerta de la habitación de Aldith y tomando aire picó dos veces suavemente. —¿Quién es? —dijo ella molesta.

—Tengo que hablar contigo, es importante.

Aldith frunció el ceño y se sentó en la cama. Si era importante no podía rechazarle, igual tenía que ver con su madre. —Pasa.

La puerta se abrió y Gudbrand entró cerrando tras de sí.

—¿Qué ocurre?

—Tienes un problema.

—¿Sí?

—Y un problema enorme.

Preocupada se arrodilló en la cama. —¿De qué se trata? ¿Mi madre ha dicho algo más?

—No. —Se sentó en la cama lo suficientemente lejos para que no se sintiera incómoda, mejor ir poco a poco. —He hablado con tu amiga Luna.

—¿Y?

—Es muy desgraciada, tremendamente desgraciada —dijo exageradamente.

Se llevó la mano al pecho. —¿Por qué? Cuando hablé con ella no lo parecía.

—Disimula, ha aprendido a hacerlo y lleva la pena por dentro.

—¿Pero qué le pasa?

—Un hombre ha robado su corazón y no tiene esperanzas.

—¿Qué hombre? —preguntó indignada—. ¿Qué hombre rechazaría a una mujer como ella?

—Herleifr.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿El hijo del jarl?

—El mismo. Por eso no se atreve a abrir su corazón. Porque aunque le ama intensamente, es un enemigo para su pueblo. ¿Entiendes la situación?

—Pero Herleifr no es responsable de lo que ordene su padre.

—Eso mismo he pensado yo. Tenemos que ayudarla.

—¿Quieres ayudarla? —No salía de su asombro. —¿Por qué?

—Me ha caído en gracia.

—¿De veras? —preguntó cada vez más mosqueada—. Oye, a ti no te agradará mi amiga por otro motivo, ¿no?

Parpadeó como si no supiera de lo que hablaba. —¿Qué motivo?

Se sonrojó. —¡Pues no sé! ¡Otro cualquiera!

—Mujer, no te entiendo. Es tu amiga, ¿no quieres que la ayudemos?

Se sonrojó. —Sí, claro, pero…

—Tenemos que lograr que él se enamore de ella tan rápido como una estrella fugaz, porque llegará su padre y habrá conflictos. Ella se pondrá de nuestra parte y él del lado de su padre, como es lógico. Así que tenemos que hacer que él la ame antes de que todo eso, que nada tiene que ver con ellos, les perjudique.

—Sí… —Pensó en ello. —Tienes razón.

—El amor debe triunfar si quieres que Luna sea feliz. Quieres que sea feliz, ¿no?

—Claro que sí —dijo indignada.

—Pues necesitamos un plan.

—Un plan… —Se mordió el labio inferior y Gudbrand gruñó sintiendo que su miembro se endurecía, pero ella no se dio cuenta. —¿Cómo hacer que él se enamore de ella?

—Eso es, preciosa, piensa porque a mí no se me ocurre nada.

Se levantó mostrando sus piernas desnudas y empezó a caminar descalza. A Gudbrand se le iban los ojos, no pudo evitarlo. Cuando se volvió se le vio hasta la parte baja del trasero, lo que hizo

que su sangre corriera alocada por sus venas. Aquella suave piel era de lo más apetecible.

—Hace unos años Brenda enviudó, pero ella siempre había estado enamorada de Aegir. —Siguió paseando. —Aegir era enemigo de su marido y como ella era su esposa nunca la miraba, nunca la saludaba, incluso después de enviudar. La ignoraba. —Sonrió. —¿Sabes lo que hizo ella?

Sin tener ni idea de lo que decía levantó una ceja y ella sonrió aún más. —Le llevaba comida a donde araba y decía que le enviaba el jarl. Se pasaba un rato allí mientras lo devoraba y después se llevaba el recipiente. Al principio él no decía ni pío, pero después de dos días le dio las gracias. Y así día tras día hasta que empezaron a hablar y un día la besó.

—Preciosa, no tenemos muchos días —dijo con voz ronca revolviéndose incómodo porque su miembro parecía a punto de saltar del pantalón—. Algo más rápido. Tiene que ser algo más rápido.

—Oh… —Caminó de un lado a otro de nuevo. Aquello era una tortura, pensó mirando sus muslos. —Ya lo sé.

Gudbrand se sobresaltó elevando la vista hasta sus ojos. —¿Sí?

—¿Recuerdas aquella cena en la que Floki tiró la jarra que llevaba Dahlia?

Frunció el entrecejo. —Habían discutido por los lindes de su casa y en la cena él se enfadó pagándolo con ella cuando la culpa era de su padre.

—Sí, él le reclamaba que había puesto un banco entre las dos casas y que invadía su espacio o algo así.

—Cierto, estaba tan enfadado que habló con el jarl.

—¿Qué pasó después?

—Que mi padre le obligó a disculparse.

—Y lo hizo a regañadientes, pero aunque le avergonzó que tu padre le reprendiera se disculpó y no solo eso se sintió culpable. Al día siguiente sobre el banco había un ramo de flores silvestres.

—¿De veras? —preguntó sorprendido—. ¿Ese gruñón de Floki hizo eso?

—Y ella le dio las gracias tímidamente. Después de eso cada mañana allí estaba su ramo de flores porque esperaba que ella le hablara.

—¿A dónde quieres llegar, preciosa?

—Se casaron, ¿no?

—Sí. ¿Y? ¿En qué nos ayuda eso con tu amiga?

Sus ojos brillaron. —Tenemos que hacer que se sienta culpable con Luna.

—¿Cómo?

—Está enfadado, así que pagará su mal humor con cualquiera que se le ponga delante. Pongámosla a ella y cuando vea que le hace daño, los remordimientos le corroerán tanto por dentro que no podrá evitarlo y se enamorará.

Parpadeó porque se encontraba en una situación parecida. Aunque ella no estaba respondiendo precisamente igual. —¿No me digas?

Sonrió de oreja a oreja. —¿A que es buena idea?

—¿Y qué pasa si él no se enamora?

—¡No seas negativo! —Fue hasta los pantalones y empezó a ponérselos.

—¡No, no! ¿Qué haces?

—Cuanto antes empecemos, mejor. Como has dicho no hay mucho tiempo. —Se puso las botas y cogió los puñales que tenía

sobre la mesa que estaba al lado de la cama, antes de coger la lámpara de aceite e ir hacia la puerta.

—Preciosa estarán durmiendo.

—Perfecto, así él se molestará más.

La siguió a toda prisa y salieron de la casa. —¿A dónde vas?

—Espera y verás. —Sonrió de oreja a oreja. —Esto te va a encantar.

—¿De veras? —preguntó incrédulo. Le hubiera encantado quedarse en la habitación, la verdad.

Empezaba a nevar, pero ella lo ignoró. Llegaron hasta la casa donde estaban encerrados los hombres del jarl Hovensen y ella le dijo a los guardias —Sacad al hijo mayor del jarl, tengo que hablar con él.

Acataron su orden de inmediato y se escucharon gritos, golpes y a los pocos minutos salía casi arrastrado por ellos. Le tiraron ante ella y este gruñó mirando sus botas. Tenía las manos fuertemente atadas y le costó ponerse de rodillas para mirarla con rencor. —Mujer, estaba dormido.

—¿No me digas? Me alegra que tengas la conciencia tan tranquila como para dormir a pierna suelta. —Perdió la sonrisa para

mirarle muy seria. —Tengo unas preguntas que me vas a contestar.

Suspiró como si fuera una pesada antes de mirar a Gudbrand, que les observaba de brazos cruzados. —¿No piensas decir nada?

—Este problema familiar atañe a la familia de mi mujer, es ella quien debe resolverlo, aunque no dudes que si me necesita, ahí me tendrá para lo que sea.

Aldith ignoró esas palabras para coger a su rehén de la barbilla y que le mirara a los ojos. —Cuando tu hermana desapareció, ¿qué hicisteis?

—Buscarla.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Hasta que se encontró el cadáver.

—¿Por qué no se encontró antes?

—No lo sé, pasamos por allí mil veces —dijo entre dientes—. En aquel momento pensamos que había estado retenida hasta que la habían matado y la habían tirado allí.

—Yo no recuerdo que fuerais a hablar con mi padre, ¿fuisteis?

—¡Por supuesto que fuimos! ¡Yo mismo acompañé a mi padre!

—¿Y cuál fue su respuesta?

—Que no sabía nada de mi hermana, pero que averiguaría la verdad.

—Tu padre no le creyó.

—No, unos meses antes tu padre fue invitado a mi casa y todos nos dimos cuenta de cómo miraba a mi hermana.

Entrecerró los ojos. —¿Cómo la miraba?

—¡Cómo si la deseara más que a nada! ¡Hasta tu madre se dio cuenta!

Se le cortó el aliento. —¿Mi madre se dio cuenta?

Herleifr entrecerró los ojos. —Sí, estuvo molesta toda la noche hasta que se retiraron, pero les oímos discutir después. Ella le recriminaba que la hubiera llevado allí para humillarla como con las putas que tenía en casa. Le insultó, le dijo cosas que te aseguro que mi mujer no me diría a mí porque antes la mato. Y de repente se cayó. Nosotros creímos que la había golpeado para callarla, pero al día siguiente no tenía un solo rasguño ni signos de dolor. Es más, sonreía como si estuviera encantada con la vida.

—¿Qué ocurrió después?

—Siguieron los dos días de festejos por la recogida de la cosecha. Y ella se fue acercando a mi padre, no desaprovechaba la

oportunidad. En aquella época mi madre aún vivía, estaba enferma, pero vivía y veía como tu madre intentaba seducir a mi padre.

—¿Mi jarl se dio cuenta?

—A tu jarl no le importaba su mujer en absoluto. Ignoraba todo lo que hacía o decía, la despreciaba.

Se le cortó el aliento. —¿De veras?

—Te lo aseguro. Se pasó esos tres días cazando con sus hombres y cuando llegaba a casa festejaba, pero tampoco tuvo mucha relación con mi padre que estaba más pendiente de otras cosas.

—De mi madre.

—Exacto. No puedo asegurarlo, pero creo que esa fue la primera vez que se encamaron. Después los tuyos se fueron y no volvimos a verlos hasta que nosotros fuimos a preguntar por mi hermana. Eso fue ya en la primavera siguiente.

—Antes de que encontrarais a la muerta.

—Sí.

—Y luego no atacasteis porque no teníais pruebas.

—Esperamos a que nos dieran un motivo. Mi padre dijo que tarde o temprano sucedería, que tu jarl cometería un error que le

descubriría y creímos que ese momento había llegado.

Le dio un vuelco al corazón. —Cuando me comprometió.

—Que se aliara con un pueblo que nos lindaba al otro lado, solo podía significar una cosa y respondimos a lo que mi padre consideró un ataque. Y lo fue porque ya estabas comprometida desde tu nacimiento con el hijo de un jarl del sur. Su cambio de opinión fue un claro intento de provocación —dijo entre dientes.

Dio un paso atrás de la impresión. —¿Qué? —Miró a Gudbrand. —¿Tú lo sabías? ¿Sabías que ya estaba comprometida?

—Sí, cuando tu padre fue a hablar con el mío de nuestro compromiso, fue sincero al respecto. Necesitaba aliados y los Allansen vivían demasiado lejos. Y como te ha dicho Brina, habló con su hermana sobre que te buscaban esposo y estoy convencido de que Brynja lo retorció todo, aparentando que había sido idea de su hermana lo de nuestro enlace. Te aseguro que conozco a la mujer de mi padre y no tiene una sola pizca de maldad en su cuerpo. Todo lo que hizo fue para ayudar.

Asintió porque durante todos esos años que había vivido junto a ellos, a su tía jamás le había visto un mal gesto hacia nadie ni había malmetido de ningún modo con ninguna de las personas del

pueblo. Miró a Herleifr. —Así que piensas que mi madre dejó allí el cadáver para provocar una guerra.

—Estoy convencido de ello. Desde que mi hermana regresó he pensado mucho en lo que ocurrió en aquella época y mi padre también. Hemos tenido miles de conversaciones y los dos hemos llegado a la misma conclusión. Pero no podemos demostrar que ella estuvo detrás del secuestro de mi hermana. Jova no se acuerda de nada de lo que ocurrió esa noche. Dice que la golpearon en la cabeza y que se despertó en un barco, nada más.

—¿Y nunca tuvo la oportunidad de decirle a nadie de quien era hija sabiendo que la buscaban por toda Escandinavia? —Gudbrand levantó una ceja.

—Estaba encerrada en aquella casa —dijo entre dientes—. En cuanto pudo escapó.

Sacó el cuchillo de su bota y se lo puso en la barbilla. —Mientes.

—Mi hermana tenía problemas —dijo entre dientes—. ¡Pero eso no significa que no fuera secuestrada! ¡Nos la robaron!

Se le cortó el aliento cuando una idea se le pasó por la cabeza. —Por Odín, se escapó, ¿no es cierto? Mi madre no tuvo ni

que intervenir. ¡La muchacha muerta no tuvo nada que ver con ella!

—¡No digas disparates!

—Está intentando encubrir a su hermana, preciosa. Eso es evidente.

—Pues te juro por mi padre que está muerto, que voy a descubrir la verdad. —Le rajó el brazo y Herleifr gruñó. —¡Habla!

—La secuestraron. ¡Ella nunca se iría por propia voluntad! ¡En cuanto pudo volvió a nuestro lado!

—¡Mientes y cada vez lo veo más claro! —Le rajó de nuevo. —¡Di lo que ocurrió!

—Puedes matarme, pero no me desdeciré ni un ápice. ¡Tu madre lo planeó todo! ¡Compartía el lecho con mi padre y se quedó preñada de él! ¡Se reía de su marido y cuando mi madre falleció, solo aspiraba a tener su puesto!

—¡Eso no significa que ideara algo tan siniestro como secuestrar a tu hermana y llevarla lejos simulando con otra mujer que estaba muerta! Si hizo todo eso, ¿para qué mantener a Jova con vida? ¡Le valía más muerta! No, me estás mintiendo. ¿Qué problemas tenía tu hermana?

Herleifr agachó la mirada. —Mi padre dijo que era hora de casarla y ella se negaba porque era demasiado joven.

—Se negaba. ¿Y por eso se fue? ¿Así sin más? No me lo creo.

—¡No se fue!

—¿Con quién quería casarla?

—Con un primo que murió hace unos años en una incursión. Fue uno de nuestros mejores guerreros. Se había criado junto a nosotros.

Entrecerró los ojos. —Sigues ocultando algo… —Rajó su otro brazo y Herleifr no soltó ni un solo sonido.

—Es inútil, preciosa. No nos dirá la verdad. Que saquen a otro de sus hermanos a ver si tiene tanta fuerza de voluntad. Déjamelo a mí, nos lo contará todo.

—¡Cómo toquéis a mis hermanos os destriparé vivos!

—Pues habla —dijo ella fríamente.

La miró con odio. —Cuando te coja…

—Para eso tendrás que atraparme y es evidente que estás en desventaja. Como no me digas todo lo que quiero saber, pienso desangrar a tus hermanos ante tus ojos. A ver qué dice tu padre de que no les hayas protegido.

Apretó las mandíbulas. —¡Ella no le quería! ¡Le repugnaba! ¡Mi primo intentó lo indecible por agradarle, pero ella no soportaba mirarle! ¡El día antes de la boda desapareció! ¡Pero no se fue por gusto! ¡Apostaría mi vida!

Asombrada miró a Gudbrand. —Dios mío, mataron a mi padre por los caprichos de esa zorra.

Herleifr siseó —No, no fue…

El tortazo que le volvió la cara le tiró a un lado. —¡Cállate! —gritó fuera de sí—. ¡Maldito mentiroso, cállate! ¡Se fue de vuestras vidas y pensasteis lo peor de mi padre por lo que mi madre le decía a tu jarl en el lecho! ¡Os lo creísteis todo y ella lo aprovechó para encender la llama de la desconfianza! ¡Sois despreciables! ¡Todos! ¡Ninguno tiene ese honor del que tanto presumís los hombres! ¡Me dais asco! —Puso el cuchillo en su cuello. —Debería degollarte aquí mismo.

—¿Aldith?

Miró hacia atrás para ver a Luna rodeada de su gente. —Por favor, no lo hagas. No seas como ellos. Él se ha dejado llevar por las mentiras de otros.

Apretó los labios antes de mirar a Gudbrand que asintió. —Es también una víctima, preciosa. Puede que mienta, pero todo lo ha hecho por proteger a los suyos.

Gritó de la rabia soltándole y fue hacia la casa mirando con rencor a Luna. —¡Si tanto te importa cúrale!

—Gracias, gracias… —Corrió hacia Herleifr que sorprendentemente se dejó ayudar.

—Ni se te ocurra soltarle —dijo Gudbrand muy serio antes de mirar a uno de sus hombres—. No te separes de ella.

—Como digas.

Caminó hacia la casa y al llegar ante la puerta de Aldith la escuchó llorar. No llamó, simplemente abrió la puerta, pero no la vio. Cerró la puerta escuchando que el llanto venía del otro lado de la cama y cuando la rodeó allí estaba sentada abrazándose las piernas. —Malditos bastardos —dijo ella con rabia—. Y esa zorra… Cuando le ponga las manos encima sí que va a desear huir.

—Todavía nos faltan muchas cosas por descubrir, no la mates demasiado pronto.

Le miró sin entender.

—Preciosa, ¿te has olvidado de mi abuela?

—Mierda.

Gudbrand rio por lo bajo. —Sí, yo no lo hubiera expresado mejor. Todo esto huele a mierda.

—¿Qué crees que se propone?

—Quería que nos la lleváramos. ¿Cuáles serían las consecuencias?

—Una lucha entre los dos pueblos.

—Exacto. ¿Y si todo era un plan previamente trazado?

Aldith le miró sin entender. —¿Para conseguir qué?

—Has estado en las tierras de Hovensen, ¿no es cierto?

Asintió. —Para buscaros.

—Has visto lo ricos que son.

—¿A dónde quieres llegar?

—Dicen que su bodega está llena de oro.

Separó los labios de la impresión. —Pretenden robarles.

—Y necesitan una distracción.

—Una batalla para recuperar a esa mujer. Ellos querrían proteger a su hermana y vosotros creeríais que estabais recuperando a la hermana de vuestra madre.

—Con la ayuda de la abuela es un plan perfecto. Es evidente que nosotros nunca le hemos importado y si podía utilizarnos para conseguir sus propósitos no le iba a temblar la mano.

Pensó en ello. —Pero no se esperan que la lucha sea aquí.

—Por supuesto que no. Me jugaría el cuello a que esa zorra nos esperaba en su casa. Que no creía que su padre se la llevaría con él de viaje ni que después partieran a Heirst. Sabía que la vieja llegaría a nuestras tierras y que nosotros atacaríamos antes del invierno.

—Porque sino tendríais que esperar a que se derritieran las nieves.

—Precisamente. Así que lo que cree que encontrará al llegar serán sus tierras arrasadas y por supuesto habremos confiscado el oro.

—Algo que tampoco le vendría mal a la abuela porque se lo llevaríais a tu padre.

—No preciosa, le vendría muy mal, a nosotros le sería más difícil robárnoslo porque sabe que no confiamos en ella. Los Hovensen ya no tendrían hombres para venir a buscarlo. La abuela lo único que puede hacer, es disimular que está desolada porque no

hemos encontrado a esa hija inventada y seguirá con su papel o intentará huir.

Los pelos de la nuca se le erizaron. —Al igual que la hija de Hovensen.

—Estoy convencido de que esa zorra no regresará con su padre. Sabrá lo que encontrará y no le conviene que Hovensen haga preguntas. Imagínate, se baja del barco y los pocos hombres que quedan le dirán a su jarl que buscábamos a Jove, porque era la hija de la vieja que la llevó hasta él. Que esa vieja, que resulta ser nuestra abuela, asegura jurando por Odín que Hovensen sabía perfectamente que Jove era hija suya, nacida de su vientre y que se la había robado. El jarl desconfiaría como poco. Acaban de morir sus hijos, está en la ruina y todo por una hija que había desaparecido durante años y por la que se habían provocado tantas muertes.

—Jove debe pensar que regresar al fiordo será su fin.

—Precisamente.

Se puso en pie de golpe. —Tenemos que ir a Heirst.

Rio por lo bajo.

—¡De qué te ríes, muévete!

—Preciosa, encontrarla allí no será problema para mí. Tengo amigos que me dirán dónde está escondida.

—¡Hovensen no regresará hasta que la encuentre!

—Sí que lo hará, porque como buen jarl sabe que se acerca el invierno y no abandonará a su gente. Sufrirá por ello, pero cumplirá con su deber. Puede que deje allí a alguno de sus hombres, pero él regresará.

—¡Sus hijos pueden tomar el mando, ya no son niños! ¡No regresará sin su hija después de lo de la última vez! —Vio en sus ojos que Gudbrand dudaba. —La ama, lleva esperándola años y al fin la tiene, ¿crees que va a pasar de nuevo por lo mismo? No, se dejará la piel para encontrarla. —Se le cortó el aliento. —En ese barco había una fortuna en pieles.

—Bien visto, preciosa. Al menos no se irá con las manos vacías.

—Debemos ir a Heirst para advertir a Hovensen. Y después les mato a los dos.

Se puso en pie. —Eso ya lo vamos viendo. —La miró con deseo. —¿Seguro que no quieres dormir un poco? Preciosa, tienes que estar agotada.

Su latido se aceleró. —Pues no mucho, la verdad.

—Podemos partir mañana.

—¡Qué no! —Mirándole como si fuera una serpiente venenosa fue hasta la puerta.

—Preciosa no me mires así.

—¿Así cómo?

—Como si fuera a morderte —dijo divertido—. Cómo se nota la poca experiencia que tienes. Me muero por morderte entera, pero no como estás pensando. Te aseguro que te gustará.

Se sonrojó con fuerza. —Cállate. —Miró al frente y gritó —¡Levantaos, nos vamos a Heirst!

Una puerta se abrió mostrando a Erik ya con la espada en la mano. —¿A Heirst?

—Primo vete a preparar el barco que hay en el embarcadero. Hemos descubierto hechos muy interesantes.

Capítulo 10

El mar estaba muy picado y no es que ella llevara bien tanto oleaje. Agarrada a una soga sintió que su estómago estaba del revés, pero muchos de los que remaban la miraban, así que como si tenía que morirse, pero no pensaba vomitar. Gudbrand se acercó casi sin tambalearse.

—¿Cómo lo haces? —preguntó indignada haciéndole reír—. No tiene gracia.

—Preciosa si vas a vomitar hazlo por la borda.

—No me hables de… —Ya no lo pudo evitar, se tiró contra la borda para echar todo lo que tenía dentro. Ni sintió como él la agarraba por la cinturilla del pantalón mientras tenía otra arcada y del viento que hacía su vómito voló hasta la cara de Erik que estaba al timón. Varios se echaron a reír y medio mareada se apoyó en

Gudbrand. —¿Se ríen de mí? —preguntó con la babilla colgando de la barbilla.

—No, preciosa. No se atreverían. —La cogió por la cintura y dijo —Vas a descansar un poco.

—No, si estoy bien.

—Eso ya lo veo, pero mejor te tumbas un rato.

Estaba tan agotada que ni podía protestar y se dejó llevar hasta los escalones que descendían a la bodega. Apoyando una mano en la pared empezó a descender, pero de repente el barco escoró y cayó de los escalones abajo dándose tal golpe que gimió de dolor.

—¡Aldith! —Gudbrand bajó corriendo y la agarró por los brazos. —Preciosa, ¿estás bien?

—¡Madre mía, todo me da vueltas! —dijo entrando en pánico —. ¡Me muero!

La cogió en brazos. —No te mueres.

—¡Y yo sin vengar a mi padre! ¡Gudbrand haz algo!

—¡No te vas a morir, te lo prohíbo!

Le miró sorprendida mientras la tumbaba sobre unas pieles que estaban en el suelo. —¿Me lo prohíbes?

—¡Sí! No tienes mi permiso para morirte, eres mi mujer y te morirás cuando yo lo diga.

—No tengo fuerzas ni para discutirte. —Se acercó a su rostro y gritó —¡Tengo un pie en la tumba!

—Preciosa necesitas algo de agua.

Esta gimió cerrando los ojos. —Todo me da vueltas.

—¿Por qué no fuisteis en barco hasta nuestras tierras?

Abrió los ojos. —¿Qué?

—Para nuestra boda. En lugar de ir a caballo atravesando las tierras Hovensen, ¿por qué no ir en barco? Hubiera sido más rápido y seguro. Todo el mundo sabía que a Hovensen no le gustaban los forasteros después de lo que le había ocurrido a su hija. No se fiaba de nadie y mataba a todo el que las cruzara sin hacer preguntas. ¿Por qué por tierra en lugar de ir por mar?

Separó los labios al comprender lo que quería decir —No lo sé. Llevábamos dos carros y…

—En una bodega así caben muchas cosas.

De repente sus ojos brillaron. —Mi madre, estaba en estado y se mareaba en el barco. Por eso se preparó el viaje por tierra.

—Otra prueba más de que ella planeó lo que ocurrió después. —Acarició su cabello. —Descansa preciosa, necesitas dormir.

—Sí. —Cerró los ojos y se puso de costado. —Aquí no hace frío.

Él cogió otra piel y se la puso por encima. —No, aquí no tendrás frío.

—Eso es lo peor del invierno —dijo agotada—. El frío, siempre tengo frío.

Apretó los labios observándola dormir y maldijo su bocaza. Por aquellas frases desafortunadas ella no se había dado a conocer y había vivido en esas condiciones. Seguro que había pasado hambre, frío y miedo. Y todo había sido culpa suya. No la merecía y no era justo que insistiera en que estuviera a su lado. Se alejó y subió los escalones. Su hermano le miró a los ojos. —¿Todo bien?

—Se ha quedado dormida.

—Hermano si te ha dicho algo hiriente no se lo tomes en cuenta, ha pasado por mucho.

—Lo sé y precisamente eso es lo que me hiere.

Cuando su barco llegaba a puerto Aldith estaba en la proa impresionada por la cantidad de barcos y gente que había allí. Sintió como Gudbrand se acercaba a ella. —¿Reconoces su barco?

—Sí, es aquel que tiene el dragón en la proa y dos hombres en cubierta.

Miró hacia allí. Los hombres hablaban tranquilamente como si nada les preocupara. —No parecen estar nerviosos.

—Averigüemos si ha ocurrido algo. Debemos ser discretos. Si ella se entera de que estamos aquí puede que huya y aunque no me será difícil encontrarla, no quiero perder el tiempo. Empezará a nevar con fuerza en cualquier momento.

Asintió viendo como tiraban un cabo a un chico que estaba en el puerto y se estremeció de frío. No había ido preparada para el invierno, pues había dejado su piel en la casita del árbol. Él se dio cuenta y apretó los labios. —Bajemos.

—Sí.

Gudbrand bajó el primero y ella le siguió con Hoder y Erik detrás. Distraída miró a su alrededor a ver si veía la cara de aquel hombre moreno que se reía el día de la muerte de su padre. Apretó los labios caminando tras Gudbrand que se detuvo en un puesto,

pero ella continuó caminando impaciente por ver o escuchar algo que les diera una pista. Se acercó a una señora que vendía unos bollos de jalea con un aspecto delicioso. —Señora…

La mujer le sonrió. —Dime hermosa, ¿cuántos quieres?

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro que sí.

—¿Sabe dónde está el dueño de aquel barco de allí? —preguntó señalándoselo.

Sintió algo sobre los hombros y sorprendida miró hacia atrás para ver a Gudbrand que se había puesto una camisa nueva. Asombrada miró la capa que le había comprado de la más hermosa piel de oso blanco que había visto nunca. —Pero…

—Deme todos esos bollos —dijo sin hacerle caso.

Se sonrojó de gusto por el hermoso regalo. Y era caliente, vaya si lo era. Sin saber qué decir susurró avergonzada —Gracias.

Él hizo que no oía nada aunque sonrió levemente antes de decirles a los demás. —Coged uno. —La miró a los ojos. —Tú también.

Emocionada agarró uno de ellos y empezó a comer con ganas. Estaba delicioso. La tendera encantada con Gudbrand le dijo

—Creo que los de ese barco están tratando la venta de unas pieles.

—¿Aún no las han vendido? —preguntó su primo sorprendido.

—Llegaron ayer.

Los cuatro se miraron y Gudbrand sacó unas monedas de su pantalón. —Gracias.

—A usted. Vuelvan cuando quieran, mañana tendré más.

Sus hombres con los bollos en las manos se alejaron y ella dijo con la boca llena —¿Cómo que llegaron ayer? Los míos me dijeron que habían partido tres días antes que nosotros.

—Hemos venido muy rápido por el oleaje y el viento que estaba a nuestro favor. Ellos han tenido mejor tiempo —susurró Gudbrand—. Preciosa, habla más bajo. Aquí todos tienen los oídos bien abiertos.

Masticando con ganas asintió y cuando se lo terminó, vio que Hoder tenía dos bollos en la mano. Levantó una ceja mirando hacia él y este riendo por lo bajo le tendió uno. Sonrió radiante. —Gracias.

—Un placer.

—Bien, ¿qué hacemos?

—Vamos a donde venden las pieles. Veamos de qué humor está Hovensen.

Pendiente de aquella delicia ni se dio cuenta de que la cogía por el brazo y la guiaba entre la gente. Cuando terminó se chupó los dedos, qué maravilla de bollo. Los comería a todas horas. Miró al frente y unos hombres se apartaron para dejarles pasar mostrando tres enormes fardos de pieles tirados en el suelo y dos hombres discutiendo sobre que era muy caro. Se le cortó el aliento porque uno de ellos, aunque ya tenía canas en las sienes y en la barba era el asesino de su padre. Le reconocería en cualquier parte.

Se tensó y Gudbrand se dio cuenta. —Mírala. A su derecha.

Sus ojos recorrieron la gente que estaba allí agolpada observando como trataban los hombres y su mirada se detuvo en una mujer morena con el cabello hasta debajo del trasero con un exquisito vestido del color del cielo. Tenía mirada de aburrimiento y era evidente que se moría por irse de allí. Un hombre se acercó a Hovensen y le dijo algo al oído. De inmediato el jarl miró hacia Gudbrand, que metió los pulgares en la cinturilla de su pantalón como si no pasara nada. Este inclinó ligeramente la cabeza en señal de reconocimiento y Gudbrand le correspondió. Hovensen miró hacia ella y frunció ligeramente el ceño.

—Mierda, su parecido con Brynja la ha delatado —dijo Erik por lo bajo.

—No puede asegurarlo. —Gudbrand susurró —Aparentad que no pasa nada. Erik, diles a los hombres que rodeen al jarl y a su hija. Preparados para la lucha.

Su primo asintió antes de mirar a uno y echarse a reír. —Daven, ¿pero cómo tú por aquí? Te hacía en tierras francas. —Palmeó la espalda de su hombre y se alejaron del grupo, pero Aldith ni se dio cuenta porque no podía dejar de mirar al asesino de su padre.

—Preciosa disimula un poco, tienes cara de querer destriparle.

Sorprendida respondió —Porque es lo que quiero hacer.

—Pero no debes mostrar tus intenciones.

—Yo voy de frente, no me gustan los rodeos. Solo se pierde el tiempo. ¿Y no tenías prisa? Pues mejor tratar el asunto cuanto antes. —Iba a dar un paso al frente, pero él cogió su brazo. —Gudbrand…

—Déjame a mí.

—Ni hablar. Es mi familia la que está implicada, tú te lavaste las manos. Como dijiste es problema mío. Tú solo estás por si acaso. —Soltó su brazo y siseó —Esto lo resolveré yo.

Estaba decidida, lo veía en sus ojos, pero lo que le molestaba realmente era que tenía razón. A Herleifr le había dicho que era su problema, que solo estaría de apoyo y tampoco podía negar que en el pasado se había lavado las manos respecto a ella. —Ten cuidado.

Sonrió con ironía. —Siempre lo tengo.

Gudbrand soltó su brazo a regañadientes e impotente vio que miraba las pieles como si nada pasando entre las pilas. Para él fue evidente a por quien iba y cuando Aldith sonrió a la hija del jarl, esta la miró con desprecio de pies a cabeza. Sintió que la rabia le recorría cuando Aldith se sonrojó ligeramente antes de tocarse la piel del pecho. Jova soltó una risotada mirándola como si fuera escoria y la oyó decir —Con esos harapos tu piel no luce como debería. ¡Padre!

El jarl miró hacia ella.

—Quítale la piel a esa mujer, seguro que la ha robado. ¿No es una de las tuyas?

Hovensen frunció el ceño y se volvió para mirarla bien. —No, hija. ¿No ves que esa ya está cosida?

—Oh, es verdad. Qué desperdicio, a mí me quedaría mejor —dijo bien alto intentando humillarla.

Gudbrand apretó los puños de la rabia, pero para su sorpresa Aldith sonrió dulcemente. —Seguro que te quedaría mejor, pero la tengo yo.

La mujer entrecerró los ojos. —Mi padre puede comprarme mil como esa, ¿no ves la que llevo? ¡Es mucho mejor que la tuya!

Rio. —Pero si es piel de zorro. O de zorra, nunca se sabe.

—¡Padre, me ha ofendido!

Hovensen entrecerró sus ojos negros. —Discúlpate con mi hija.

Se echó a reír. —¿Qué? —Antes de que nadie se diera cuenta la había agarrado del cabello y Jove estaba de rodillas ante su padre con el cuchillo en la garganta. —¡Qué se disculpe ella ante mí!

Los hombres desenvainaron sus espadas, pero rodeados de los hombres de Gudbrand se quedaron muy quietos esperando instrucciones de su jarl. El jarl confundido miró hacia él. —Tú y yo no tenemos conflictos, ¿qué ocurre aquí? ¿Quieres empezar una guerra?

—¿Padre?

Su padre no le hizo caso sin dejar de mirar a Gudbrand. —¡Di algo!

—Hablará mi esposa por mí.

Él palideció. —La hija de Viggonsen. Debería haberme alertado su parecido con Brynja.

—Debería. Mujer, están impacientes por saber qué ocurre.

—Lo supongo. —Se agachó y siseó al oído de aquella zorra —Dile a tu padre dónde has estado todos estos años. Y más te vale que digas la verdad, puta, porque he perdido la paciencia con tanto viaje buscándote.

Esta palideció. —Se me llevaron, los dueños de una de las cantinas…

—¡Di la verdad! ¡Dónde conociste a la vieja Wibeke!

Hovensen confundido dio un paso hacia ellas. —¿A qué vienen estas preguntas?

Le miró con odio. —¡Vienen a que mataste a mi padre por una zorra que se escapó de tu control y por lo que te decía tu amante en el lecho! ¡Viene a que eres un asesino y hoy se va a hacer justicia! ¡Justicia para los míos! ¡Para mi pueblo, que ha sido explotado todos estos años para hacerte más rico! ¡Viene por los hombres que mataste aquel día porque sus familias quieren venganza! Yo incluida.

Hovensen se sonrojó por los murmullos de la gente.

—Y ahora tu hija te va a decir por qué huyó de tu casa antes de esa boda que no quería.

Él no disimuló su sorpresa.

—Oh sí, me he enterado. Tus hijos no son tan duros como parecen. Unos cortes de nada y lo han contado todo.

Tenso preguntó —¿Han muerto?

—Todavía no. —Tiró de la melena de Jova. —Primero hablará ella y después ya veremos.

Asustada le rogó a su padre —Ayúdame.

—No puedo, hija. Ya no puedo encubrir lo que hiciste durante más tiempo. Estando en juego la vida de tus hermanos no.

—¡Siempre les has querido más que a mí! —gritó furiosa.

—Sabes que eso no es cierto, te lo he dado todo.

—Pero yo tenía que casarme, ¿no?

—¡Compartías su lecho! ¡Estabas en estado! ¡Mentí a mi gente sobre el motivo de la boda para no avergonzarte!

—¡Me forzó! —gritó desgarrada—. ¡Y creíste todas las patrañas que te contó!

—No, eso es imposible.

—¡Te dije que no quería casarme, que me repugnaba y no me hiciste caso! ¡Tuve que irme! ¡Vi en tus ojos la decepción y como te lo habías creído todo!

—¿Por qué no me lo dijiste?

Se echó a llorar. —En su momento no me atreví, era como otro hijo para ti. Y después me di cuenta de que me despreciaríais, ya no era pura. Era la hija del jarl, un ejemplo a seguir… Tuve miedo.

—Hija…

Asombrada miró a Gudbrand que totalmente alerta le hizo un gesto con los ojos para que estuviera atenta. —Ahora cuéntale a tu padre a dónde fuiste.

—Brynja me ayudó —dijo dejándoles de piedra—. Estuvo de visita en casa y me escuchó llorar. Habló conmigo, me comprendió y me dijo que me ayudaría.

Hovensen no salía de su asombro. —No, eso no es cierto. ¡Ella misma me dijo que te había matado su marido!

—Me pidió que consiguiera llegar al bosque, que allí habría una mujer que me llevaría hasta una barca. Dijo que cruzara el fiordo, que al otro lado habría dos hombres a caballo que me

llevarían hasta un barco de mercaderes que había en las tierras de los Ellingsen. Por unas monedas de oro esos hombres me trajeron aquí y al llegar me dieron instrucciones. Encontré a una mujer llamada Wibeke, ella me cuidó como a una hija durante todos estos años. Pero se nos acabó el oro y necesitábamos más.

—Por eso te llevó de vuelta —dijo su padre impresionado—. Por el oro que le di por ti.

Le retó con la mirada. —¡Sí! ¡Al fin y al cabo, era el oro que te habías ahorrado conmigo durante todos esos años!

—Y pensabas huir de nuevo.

—¡Vosotros ya no sois mi familia, ella sí! ¡Ella sí estuvo cuando parí a mi hijo muerto!

Hovensen pálido miró a Aldith. —¡No sabía nada de esto, me engañaron!

—No pediste muchas explicaciones cuando tu hija apareció de nuevo. ¡Eres culpable de asesinato! ¡Del asesinato de personas inocentes! ¡Todas las que pasaron por tus tierras después de que ella desapareciera!

—Preciosa, no te alteres. Esa zorra aún tiene mucho que contar.

—Cierto. —Tiró de su cuello hacia atrás. —¿Por qué mi madre conocía a Wibeke?

—¿Qué?

—¿Por qué la conocía? —gritó.

—Eso puedo responderlo yo. —Todos miraron al jarl. —Brynja conoció a los padres de Gudbrand y les visitó varias veces antes de que la madre de los chicos falleciera. Creo recordar que la abuela de los chicos vivía allí. Seguro que tu madre la conoció allí también.

Asombrada miró a Gudbrand que asintió. —Recuerdo esas visitas vagamente. Además, es lógico que se conocieran, en aquel entonces había buena relación. Todos éramos vecinos. Por eso mi padre conoció a tu tía. En una de las visitas de mi padre a tus tierras ella estaba allí. De hecho, cuando mi padre se casó de nuevo, los Hovensen y los Viggonsen acudieron a la boda y les cubrieron de regalos como grandes amigos. No fue hasta que desapareció Jova que empezaron los problemas.

—Y cuando Wibeke se fue de las tierras de los Ellingsen, estuvo hospedada con vosotros —dijo Jova muy tensa—. Según me contó Wibeke en aquel entonces tú eras un bebé, tu madre acababa de darte a luz.

—Yo estuve el día de tu nacimiento —dijo el jarl.

Separó los labios de la impresión. —Erais aliados.

—Todos y esa relación duró unos años más hasta que…

—¡Dilo! —gritó su hija—. ¡Hasta que te equivocaste! ¡Yo no tengo la culpa de lo que tú hiciste! Mataste a tu aliado, a tu amigo ¿y me consideras culpable? ¡La culpa fue solo tuya y lo sabes muy bien!

Apretó los labios asintiendo. —Cierto, estaba ciego de dolor y de rabia creyéndote muerta y creí la palabra de alguien a quien no debí tener en cuenta porque traicionaba a su marido. —Miró a Aldith a los ojos. —Soy culpable, no lo niego.

Impresionada porque lo reconociera dio un paso atrás soltando a Jova mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. —Él me quería y me lo quitaste.

—Lo siento, no sabes cómo lo siento. Siempre fue un amigo y un aliado intachable, pero el dolor no me dejó ver más allá. Cuando Brynja me dijo que él había matado a mi niña, que la había violado porque la había deseado en aquella última ocasión en que le invité a mi casa, no medí las consecuencias. Me dejé llevar por la ira y se fue emponzoñando en mis venas durante esos años. Que se aliara con

Ellingsen con tu matrimonio, me ponía en peligro y era la excusa perfecta para perpetrar mi venganza. Brynja me dijo cuando partirían y que viajarían por mis bosques, no fue difícil encontraros. Pero te juro por Odín que a ti jamás te hubiera hecho ningún daño. ¡Solo quería devolverte a tu madre!

Se quedó en silencio observando la impotencia en su rostro, el dolor y la culpa. Una culpa que le estaba corroyendo poco a poco. —Mátate.

Su hija gritó de miedo —¡No, padre!

—Mátate, es hora de que pagues por la muerte de los míos. Si tienes honor no dejarás que tenga que quitarte la vida después de todo lo que me arrebataste. Mátate y Herleifr será el jarl de tu pueblo. Sabes muy bien que si te mato yo o Gudbrand, el odio y el rencor evitarán una buena relación entre nuestros pueblos. Es hora de acabar con esto.

—¿Mi muerte te satisfará?

—Y la mitad de tu oro regresará a las arcas de los míos como recompensa por todo lo perdido. Es hora de tomar justicia. O la aplicas tú o la aplicaré yo.

—¿Y mi hija?

Miró la cabeza de Jova. —No lo sé.

Hovensen se tensó. —Hasta que no sepa cuál será su destino no pienso matarme. Júrame que no la matarás.

Gudbrand dio un paso hacia ellos. —Preciosa, aún queda por saber por qué mi abuela mintió respecto a que era su hija para que les atacáramos.

—¿Qué? —preguntó Jova confusa.

—Dijo que en realidad eras hija suya y que Hovensen te había robado convencido de que eras su sangre.

El rostro de Jova mostraba que no entendía nada. —No sé por qué dijo eso. El plan era que me esperara aquí con el oro que le había dado mi padre. Después huiríamos a tierras francas. —De repente sus ojos mostraron sorpresa. —Por Odín, ¿ha perdido el juicio?

—¿De qué hablas?

—Hace unos años vimos llegar uno de vuestros barcos. Como de costumbre cuando veíamos barcos vecinos a las tierras de mi padre, nos escondíamos en nuestra casita a las afueras del pueblo. Ese día dijo que os había visto, que estabais bien hermosos y me dijo que… —Se sonrojó.

—¿Qué te dijo? —preguntó Aldith con desconfianza.

—Pues que seríais buenos maridos para mí. Que podía elegir entre dos bien hermosos. —Se puso como un tomate.

—¿Quería que te sacáramos de casa de tu padre para que te casaras con Gudbrand? ¡Porque Erik está casado!

—Bueno… A veces tiene unas ideas algo locas, no hay que tomárselas en cuenta. Es mayor.

Asombrada miró a Gudbrand que hizo una mueca. —Sí que es mayor, sí.

—¡Quería provocar una guerra para buscarte esposa!

De repente Hoder sonrió de oreja a oreja. —¡La vieja nos venía a ver cuando llegábamos, hermano! ¡Sí que le importábamos!

Aldith le fulminó con la mirada y él carraspeó. —Es mayor, no hay que tomárselo en cuenta.

—¡Es mayor para lo que le conviene! ¡Podría haber muerto mucha gente! ¡Además, esta es muy mayor para Gudbrand!

—¡Oye, bonita que tengo veintiséis años! ¡Mi madre se casó a esa edad por segunda vez y le dio a mi padre unos hijos bien hermosos! —Sonrió maliciosa. —Además yo puedo demostrar que puedo parir, ¿y tú?

—No me provoques, no me provoques… ¡Gudbrand! ¡Dile algo!

—Preciosa, ¿qué puedo decir? Tú no me quieres y debo casarme. Una alianza con Hovensen no sería mala idea.

El padre sonrió. —¿Te interesa? Yo encantado, hijo. Ese matrimonio me haría muy feliz.

—¡Tú vas a morir, no tiene que hacerte feliz nada!

Parpadeó. —Bueno, si me voy sabiendo que mi hija está bien cuidada, mucho mejor. Soy padre y esas cosas me preocupan.

—¡Gudbrand!

Él sonrió. —¿Sí, preciosa? Está en tu mano.

Entrecerró los ojos y siseó —No me retes.

—No te estoy retando, ¿quieres ser mi esposa o no? Tengo otra candidata.

—Pues quédate con ella —dijo antes de señalar a Hovensen con el cuchillo—. ¿Te matas tú o te mato yo?

Hovensen se tensó. —¿Puedo antes hablar con mis hijos? Debo explicarles muchas cosas.

Recordó la conversación que había tenido con su padre la noche antes de su muerte y se dijo que ellos no tenían la culpa de lo

que había hecho él, se merecían esa despedida. —Muy bien. — Empezó a nevar con fuerza. —Cuando se vayan las nieves te espero en las tierras de los Viggonsen para que ante todos los míos pagues tus deudas.

—Así se hará —dijo muy serio—. Lo juro por Odín.

Sin más salió de allí y fue hasta el barco. Gudbrand y Hovensen se miraron a los ojos. —Me alegro de que haya sobrevivido —dijo el jarl.

Asintió. —Te aconsejo que vayas directamente a tus tierras. Deja a los Viggonsen en paz, sabrán arreglárselas solos. Encárgate de ti y los tuyos, de poner las cosas en orden, de nada ni nadie más.

—Comprendo, mi hijo solo gobernará a su gente.

—Lo has entendido muy bien.

—¿Y yo qué hago? —preguntó su hija indecisa.

La miró con desprecio. —¿Crees que me interesas?

Esta se sonrojó. —Soy la hija de un jarl.

—Eres una mentirosa con ansias de oro que ha mentido a su familia haciéndola sufrir durante años. ¡Qué por tu culpa se ha provocado una guerra y no me digas que no sabías nada de lo que ocurría al norte porque lo sabía todo Heirst! —Esta se sonrojó

mientras todos los presentes asentían. —¡Se oían los rumores de que tu muerte acabaría en guerra y no hiciste nada para impedirlo! ¡Eres una zorra sin sentimientos! ¿Casarme contigo cuando tengo una mujer valiente, sincera, leal a la par de hermosa? Debería estar loco. Aunque nunca me quiera a su lado, la esperaré. —Se volvió mostrando su desprecio y al ver a Aldith roja como un tomate tras él, se detuvo en seco. —Oh…—Carraspeó. —Estabas aquí.

—Pues sí… —Incómoda pasó a su lado y se acercó al hombre que iba a comprar las pieles, para cogerle la saca que tenía en las manos. —El año que viene ya regatearemos más. Ahora me viene un poco mal.

Este asintió asombrado mientras muerta de la vergüenza pasaba entre los hombres —¡Moved el trasero, nos vamos a casa! —Casi corrió hacia la pasarela y al subir al barco vio de reojo como sus hombres les seguían. Gudbrand la miraba fijamente con los ojos entrecerrados y confundida por sus sentimientos decidió bajar a la bodega. Cuando llegó abajo se llevó la mano al pecho intentando contener el latido de su corazón. Que cosas más bonitas había dicho. Al acariciar la piel de su pecho, la miró y emocionada volvió a acariciarla. La quería por esposa, la admiraba. La consideraba hermosa. Al verse las uñas llenas de mugre jadeó, pero después

soltó una risita. Incluso así la consideraba hermosa. ¿Sentiría algo por ella? Quería que la amara, que deseara estar a su lado más que nada, entonces puede y solo puede que considerara perdonarle. Escuchó sus gritos arriba haciendo que sus hombres se prepararan para zarpar. Aldith se alejó de la escalera y fue hasta las pieles para sentarse encima. Escuchó como bajaba los escalones y le miró. Parecía incómodo. —Ha sido interesante.

Asintió intentando no mostrar ninguna emoción, no fuera a ser que le hubiera dicho esas palabras a los Hovensen para burlarse de ellos.

—Has tomado la decisión correcta respecto al jarl. Una venganza habría dilatado más el rencor entre los clanes y necesitamos estar unidos. Herleifr será un buen jarl.

—Eso espero, porque como importune a mi pueblo con venganzas absurdas que no tienen derecho a tomarse, una noche entro en su alcoba y le corto el cuello.

Él rio por lo bajo y al ver que no movía el gesto perdió la sonrisa. —Que es en serio.

Levantó una ceja haciéndole carraspear. —Bien, preciosa, estarías en todo tu derecho.

—Lo sé.

—¿Qué vas a hacer con tu madre?

Tensó la espalda y sus ojos se oscurecieron. —Se encontrará con mi padre y que él la ajusticie como merece.

—¿Quieres que me encargue yo?

Negó con la cabeza. —Se lo debo a él. Puede que sea mi madre, pero se lo debo a él. Además, ha demostrado que yo no le he importado nunca. Es una traidora y tan asesina como Hovensen, así que no pienso sentir ninguna pena.

Se sentó a su lado. —Preciosa es tu madre, te va a afectar. Déjame hacerlo a mí.

—¿Crees que ella tuvo algo que ver con la muerte de esa chica?

—No lo sé.

—No la recuerdo.

—Eras muy pequeña cuando sucedió todo. Si lo hizo tu madre, se hará justicia igualmente.

Asintió agachando la mirada. —Son mi pueblo, era mi padre, debo hacerlo yo para ganarme su respeto.

Él frunció el ceño. —¿Ganarte su respeto?

—Es lo que debe hacer un líder.

—¿Perdón? El próximo jarl...

—Yo soy el jarl.

—¿Cómo has dicho? Aldith mírame. —Levantó la vista y vio en sus ojos su decisión. —Ah, no. ¡Ni hablar!

—Soy la hija del jarl. Yo les he liberado, son mi pueblo y pienso seguir los pasos de mi padre. Estoy preparada, niégalo si te atreves.

—¡No pienso consentirlo!

—Tú no tienes nada que decir al respecto.

Gudbrand se apartó como si le hubiera golpeado y se levantó furioso yendo hacia la escalera. —Haz lo que quieras.

—Eso pienso hacer.

Fuera de sí se volvió señalándola con el dedo. —¡No sabía que estabas viva! ¡Me iban a casar con una niña y tuve que aceptarlo! ¡No me puedes juzgar por decir lo que tenía dentro! ¡No sabía que estabas allí escuchando! ¿Te afectó que no te quisiera en mi vida? ¡Lo siento, pero era lo que pensaba en ese momento!

—No solo no me querías en tu vida, sino que tenías planes y ya habías pensado en cómo deshacerte de mí porque nada ni nadie

iba a alterarlos —dijo fríamente.

—¡Son cosas que se dicen!

—Por eso no eres de fiar, porque dices una cosa y haces otra.

Gudbrand palideció. —Espero que nunca te encuentres en esa situación.

—Ya te lo dije una vez, yo voy de frente.

Apretó los labios antes de subir las escaleras fuera de sí. Aldith agachó la mirada y vio la hermosa piel. Sus ojos se llenaron de lágrimas porque nunca podría perdonarle. Él no la comprendía y ella nunca olvidaría. Estaban mejor separados y eso sucedería cuando llegaran a casa. Ya no le vería todos los días desde su árbol, ya no oiría su risa, su voz. Sintió una pena enorme porque si las cosas hubieran sido de otra manera… Acarició la piel y la voz de su padre llegó hasta ella. Nunca olvides que eres una Viggonsen. Nuestra sangre corre por tus venas, el valor y el honor dirigen nuestra vida. Los dioses nos han hecho así, hónrales con tus acciones. —Padre, ¿por qué duele tanto hacer lo correcto?

Capítulo 11

La vuelta fue todavía peor que la ida. Tuvieron una ventisca y hubo que refugiarse en un fiordo durante dos días hasta que pasara lo peor. Ella se encontró mal durante todo el trayecto y cuando llegaron a las tierras de los Viggonsen, bajó la pasarela la primera casi corriendo. A punto estuvo de besar el suelo de la alegría.

Los suyos salieron de sus hogares para darles la bienvenida. El viejo Arne se acercó a ella de inmediato. —¿Cómo ha ido todo?

—Hemos llegado a un acuerdo. En primavera nos traerán la mitad de su oro y su jarl se quitará la vida ante los nuestros.

La miró impresionado. —¿De veras?

—Soltad a sus hombres. Que se vayan a casa. No les deis explicaciones, que se lo expliquen su jarl y su hija.

—¿La habéis dejado vivir?

Entrecerró los ojos. —Obró mal, pero lo hizo por una razón que cualquier mujer entendería.

—Si tú lo dices te creo, niña. Tengo algo que…

Varios gritaron y asombrada miró hacia atrás para ver que el barco se alejaba. Gudbrand en la cubierta la miraba fijamente y gritó —¡Te traerán el barco en primavera!

Sintiendo un nudo en la garganta porque no esperaba esa fría despedida asintió y el barco se alejó poco a poco. Sin darse cuenta caminó hasta el embarcadero y observó como desaparecía entre la niebla que empezaba a cubrirlo todo. Su corazón se resquebrajó en ese momento. Se había ido. Sintió un vacío enorme. No volvería a ver a su tía ni a todos los demás, pero sobre todo no le vería a él. Cerró los ojos intentando contener el dolor. Debía dejarlo ir, ya era hora de que viviera su vida.

—Niña, ¿te encuentras bien? ¿Necesitas que llame a la curandera? Estás algo pálida.

Forzó una sonrisa y se volvió. —Estoy bien, algo cansada y hambrienta. ¿Qué querías decirme?

El hombre carraspeó. —Tu madre ha muerto.

Parpadeó. —¿Qué has dicho?

—La mató la vieja Greda en venganza por la muerte de su nieta. Al saberse que ella era la responsable de la muerte de los nuestros, hubo quien quiso tomarse la justicia por su mano, pero fue Greda quien se adelantó.

—Entiendo. —Se llevó la mano a la cadena que ella le había regalado y a punto estuvo de arrancársela, pero algo dentro de ella se lo impidió. —¿Dónde está?

—Esta mañana ha sido enterrada muy lejos de aquí para que su espíritu no nos moleste. Cerca de las montañas.

Sintió unas terribles ganas de llorar, pero no se podía permitir llorar por ella. —Ven a la casa, hablemos de cómo están las provisiones para el invierno.

—No hay mucha carne, los Hovensen se la llevaron.

—Entonces sus hombres acaban de perder los caballos para su vuelta —dijo haciendo que el viejo sonriera —. Y puede que mate algún oso, aún tengo tiempo, no hay mucha nieve.

—¿Un oso? —preguntó divertido—. Niña, ¿te han dado algo de beber en el barco?

Rio. —No amigo, pero me lo voy a beber ahora mismo.

Cinco meses después

Luna se echó a reír a carcajadas al ver el pastel de jalea que había hecho. La verdad es que no tenía buen aspecto. —Soy un desastre —dijo desmoralizada.

—Tienes otras virtudes. —Cortó un pedazo y se lo metió en la boca con ansias. Las mujeres la miraron espantadas. —¿Qué? ¡A mi hijo le apetece! —Molesta se alejó mostrando su pequeña barriga, pero regresó para coger el pastel que quedaba y llevárselo con ella.

Divertida la siguió. —¿Está bueno?

—Dedícate a otra cosa —dijo con la boca llena.

—¡Pues bien que lo comes!

—Por no hacerte un feo.

Salieron al exterior y se sentaron en la piedra que usaban cuando eran niñas. —Qué día más bonito —dijo Aldith cerrando los ojos y levantando la cara para que le diera el sol.

—Menos mal que ha llegado la primavera, pensaba que te volverías loca.

—No estoy acostumbrada a estar tanto tiempo dentro de casa. —Se acarició su vientre muy parecido en tamaño al de su amiga y suspiró. —Los hombres no tardarán en llegar.

—Eso si vienen.

La miró levantando una ceja.

—¿En serio te creíste que el jarl se iba a quitar la vida y que iba a darte la mitad de su oro?

—Sí

—Qué ingenua eres. A ese no vamos a verle por aquí.

Se tensó. —Más le vale que sí, porque sino iré a sus tierras y arrasaré con todo.

—Tendrás que esperar a parir, para eso falta tiempo y entonces tendremos el invierno encima de nuevo.

—¿Por qué tengo que esperar a parir?

La miró asombrada. —Una mala patada…

Apretó los labios antes de mirar el fiordo. —No llegarán a verme.

—Pero sabrán que le has matado tú y vendrán a vengarse. Todavía me sorprende que no lo hayan hecho ya. Les has dejado en ridículo ante toda Escandinavia.

—Otra razón para cumplir su palabra. Si no lo hacen, quedarán ante todos como unos cobardes.

Su amiga parpadeó. —Puede que tengas razón. ¿Crees que vendrá Gudbrand?

Se sonrojó ligeramente. —No lo sé. ¿Importa?

—¿Que si importa? Sí que va a importar cuando te vea.

—Lo mismo que le va a importar a Herleifr. —Su amiga agachó la mirada y se arrepintió de sus palabras. —Lo siento, no quería…

—No, si tienes razón. No me llevó con él, no le importé en absoluto cuando el viejo Arne le dijo que podía irse de aquí. Ni me miró a la cara al alejarse con sus hombres.

Sintió su pena. —Lo siento mucho, amiga.

Se encogió de hombros antes de agarrar otro pedazo del pastel y metérselo en la boca intentando retener las lágrimas.

—Le quieres mucho, ¿verdad?

Asintió mientras las lágrimas caían por sus mejillas. Tragó a duras penas y susurró —Aún era una niña cuando le vi por primera vez. Fue cuando el jarl vino a tomar posesión de estas tierras. Era tan apuesto, tan gallardo, nunca había sentido algo así y durante

estos años he intentado que me mire de otra manera. Pero jamás mostró interés en mí. En otras sí —dijo con rencor—. Se divertía con ellas, pero a mí nunca me tocó. Pero la noche que le curé… Le dije al guardia que me esperara fuera de la habitación, que no le soltaría y te juro que no le solté, pero algo en mí… —Se sonrojó.

—¿Qué?

—Me aproveché de él, por eso no quería mirarme. Porque estando con las muñecas desatadas nunca me hubiera tocado.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Que hiciste qué?

—Pues me levanté las faldas y me senté sobre él.

No se lo podía creer. —¿Y él qué dijo?

—No dijo mucho, se dejó hacer. Se movió un poco y gimió. Fue como ver el Valhalla. No me arrepiento, tengo a mi hijo no debo protestar.

La miró como si tuviera dos cabezas.

—No me juzgues, quería estar con él.

—Y él contigo.

—No, yo le obligué.

—No digas tonterías, Luna. Si no hubiera querido, su miembro no se habría endurecido. —Luna frunció el ceño. —Los machos

endurecen sus miembros para cubrir a las hembras. ¿No has visto los perros? Además, no gritó, ¿no? Podía haberlo hecho, pero bien que llegó al final.

—¿Tú crees? —preguntó dudosa.

—¿Notó tu virginidad?

—Oh, sí. Dijo que me moviera para que no me doliera. Fue la única vez que habló.

—Ahí lo tienes. Sabía que eras pura y no quería hacerte daño.

Su amiga la miró sorprendida. —¿No le obligué?

—Es un guerrero, que te saca la cabeza y pesa el doble que tú. Aunque tuviera las manos atadas te da una patada y ves las estrellas.

—¿Ves cómo las patadas son peligrosas? No puedes luchar hasta parir.

Ambas suspiraron mirando el fiordo. —¿Crees que vendrán?

—¿Qué le dirás a Gudbrand si aparece?

—No lo sé.

—Tendrás que irte, es vuestro heredero.

Pues no le pareció tan mal y su amiga la miró sorprendida. —Estás deseando irte.

—No, no es eso. Pero los echo de menos. ¿No es ridículo?

Luna sonrió con tristeza. —No, han sido tu familia muchos años.

—Hasta echo de menos mi casita. —Se miró el bonito vestido verde que llevaba en ese momento. —Y mis pantalones.

Su amiga se echó a reír a carcajadas porque habían discutido muchísimo ese tema. Puede que fuera la jarl, pero también era una mujer y al menos unas horas al día debía llevar vestido y comportarse como una dama para dar ejemplo a las niñas del lugar, porque todas querían ir en pantalones como ella. Al principio lo había aceptado, pero después se dio cuenta de sus desventajas y no quería ponérselos. De hecho, muchas veces Luna tenía que reprenderla porque hacía que se le olvidaba.

Su amiga iba a decir algo cuando sonó un cuerno y Aldith se levantó casi de un salto. —Ahí están.

Luna dejó caer el pastel de la impresión. —¿Quién crees que será?

Ambas repasaron sus vestidos y preguntaron a la vez —¿Estoy hermosa? —Las dos asintieron. —Mucho. —Miraron hacia el

fiordo y Luna se pellizcó las mejillas. —Que sea Herleifr, que sea Herleifr.

—¿Le atarás de nuevo?

—Buena idea, amiga. —Gimió. —Solo espero que no se haya casado.

Ese pensamiento llevaba torturándola todo el invierno. Igual Gudbrand se había casado con otra. Candidatas en su pueblo no faltaban. Se mordió el labio inferior yendo hacia el embarcadero. El sonido del cuerno volvió a sonar y miró las aguas. —Son dos barcos.

—¿Los ves? —preguntó Luna estirando el cuello.

—Oigo los remos.

Los suyos asintieron acostumbrados a ella. —¿Hueles peligro? —preguntó el viejo Arne.

—No, son los Ellingsen.

Su amiga dejó caer los hombros de la decepción. —Vaya.

—No tardarán en llegar, no te preocupes tanto. Y esta vez no dejaré que se vaya sin ti.

La miró ilusionada. —Júramelo.

—Te lo juro por mi vida.

Emocionada dio palmaditas con las palmas.

Muy nerviosa se acarició el vientre. —Arne, ¿se nota mucho?

—Lo suficiente, mi jarl —dijo divertido.

Gruñó. —A ver qué digo.

—Creo que no va a hacer falta decir mucho.

Fue cuando vieron los barcos y nerviosa se apretó las manos estirando el cuello esperando ver a Gudbrand en la cubierta. A medida que se acercaban repasó todos los rostros y cuando no le vio en cubierta la decepción fue enorme. No había ido. Le traían el barco y Gudbrand no había ido.

—No le veo. —Luna perdió la sonrisa poco a poco. —No le veo.

—No te molestes, no está ahí.

—Endereza la espalda, niña —dijo Arne—. Eres nuestra jarl, muéstrate orgullosa.

Enderezó la espalda y esperó que los barcos llegaran hasta ellos. Hoder sonrió mientras los hombres ponían la pasarela, pero al ver su vientre esa sonrisa se borró de golpe. —Pero qué rayos… —Mirando hacia ella salió del barco, pero pisó fuera de la pasarela y cayó al agua golpeándose con el casco.

Aldith gritó antes de correr hacia él. —Hoder, ¿estás bien?

Furioso se volvió. —¡Estás preñada!

—Sí, ¿pero estás bien? ¿Te has golpeado la cabeza?

—¿Cómo le voy a decir esto a mi hermano? —gritó espantado.

Levantó la barbilla. —¿Y a él qué le importa?

—¿Que qué le importa? —Entrecerró los ojos. —Pues tienes razón, mucho no le debe importar cuando ni ha venido.

Sin poder evitarlo sus ojos se llenaron de lágrimas y gritó —¡Fuera de mis tierras! —Se volvió para salir corriendo.

Luna miró a Hoder con odio. —¡Eres un insensible!

—¿Pero qué he dicho?

Arne se cruzó de brazos con sus hijos y nietos detrás. —Súbete a tu barco y vete. No eres bienvenido aquí.

Aldith corrió por el bosque y sin ver por las lágrimas ni se fijó a donde se dirigía. Cuando sus sollozos le robaron el aliento fue más despacio pero no dejó de caminar. Le había acusado de decir una cosa y hacer otra, no se había equivocado. Le había dicho a Hovensen que la esperaría dando a entender que quería estar a su lado. Pero no era cierto, esas palabras habían sido mentira y fue cuando se dio cuenta de que en el fondo de su ser siempre había

querido que le demostrara que era importante para él. Que la amaba y que haría lo que fuera porque le perdonara. Pero eso nunca iba a ocurrir.

Al subir una cima se sentó en una roca y observó las aguas. El barco de Hoder no tardó en aparecer, pero no se escondió porque sabía que desde allí no la verían. Una lágrima corrió por su mejilla. Ya no tenía ninguna esperanza. Viviría sola con su hijo y si lo pensaba bien no era mal destino. Antes no tenía nada. Al menos ahora le tendría a él. Acarició su vientre y se levantó para regresar a casa cuando escuchó un gruñido. Se tensó y miró sobre su hombro. Dos lobos estaban tras ella y por como mostraban sus fauces se disponían a atacar. Dio un paso atrás, no tenía con qué defenderse pues no llevaba sus cuchillos. Maldito vestido. Estos avanzaron gruñendo, sabían que no tenía escapatoria. Miró hacia atrás, había unos metros de caída hasta el fiordo, pero nada que no hubiera hecho antes. Tendría que lanzarse con mucho impulso para no estrellarse en las rocas. Sin pensar echó a correr y en la última zancada saltó con toda la fuerza que fue capaz antes de hacerse una pelota con las rodillas para cubrir su barriga. Sintió las frías aguas a su alrededor y cuando emergió, sonrió mirando hacia arriba para ver los lobos aullando desde el precipicio.

—Vaya, vaya.

Se volvió para ver cómo se acercaba el barco de Hoder que sonreía divertido. —¿A que está fresca por las nieves del invierno? —Alargó la mano. —Vamos, eso no debe ser bueno para el niño.

Sin pensarlo estiró la mano para que la subiera y cuando llegó arriba, Erik la agarró por la espalda del vestido para subirla al barco. —Gracias.

Ambos miraron hacia arriba. Uno de los lobos aulló. —Al parecer te has librado por los pelos.

—Sí… No iba armada. Un error que no debí haber cometido.

—Muy cierto, al parecer te has acostumbrado a la buena vida y ya no tienes cuidado. Eso puede ser peligroso.

Fulminó a Erik con la mirada. —¿Puedes dar la vuelta al barco y llevarme a casa?

—No.

Parpadeó. —¿Perdón?

—Te vamos a llevar a casa, a tu verdadera casa. —Erik se echó a reír antes de chocar la mano con Hoder. —¡Qué fácil ha sido!

—Gudbrand no se lo va a creer. Con todos los planes que hicimos.

No entendía nada. —¿De qué habláis?

—Ya te lo contará tu marido. Por cierto, vamos a recogerle.

—¿Recogerle? —El barco se desvió a la otra orilla del fiordo y al ver a Gudbrand y a un montón de guerreros se le secó la boca. —¿Qué hacen?

—Mi hermano pensaba que no te gustaría verle. Teníamos que asegurarnos de que los Hovensen no habían llegado por si os ayudaban.

—¿Nos ayudaban en qué?

—En impedir tu secuestro.

Dejó caer la mandíbula del asombro. Si la pinchaban en ese momento no soltaría ni una sola gota de sangre. Y ella llorando a moco tendido. ¡Había ido a secuestrarla! ¡La quería a su lado! No podía ser más feliz, pero algo en su cabeza aún no se lo creía del todo. —¿Veníais a secuestrarme?

—A ver si así se te quitan las tonterías.

—¿Que se me quitan qué? —Asombrada miró hacia Gudbrand que viéndola sonrió provocándole un vuelco al corazón. Sí, era el amor de su vida y ya era momento de reconocerlo. En esos últimos

meses no había dejado de pensar en Gudbrand y le necesitaba. Y al parecer él la necesitaba a ella.

Los hombres se acercaron a nado y subieron por las sogas. Gudbrand fue el primero en llegar y cuando subió al barco vio su vestido pegado a su cuerpo, lo que provocó que se detuviera en seco. —Mujer, estás…

Se sonrojó de gusto porque parecía que deseaba más que nada que dijera que sí. —Sí.

Él se tensó. —Te vendrás conmigo.

—Sí.

—Y serás mi esposa.

Sonrió. —Sí.

—Ven aquí, mujer.

Corrió hasta él y le abrazó con fuerza. —Has venido —dijo emocionada.

—No tenía que haberme ido. —La agarró de la melena para mirar su rostro. —¿Estás bien? ¿Por qué estás mojada?

—Te amo.

A Gudbrand se le cortó el aliento y la besó devorando su boca como si quisiera marcarla. Cuando apartó sus labios la abrazó con

fuerza. —Preciosa, te he echado de menos, ¿pero por qué estás mojada?

El aullido de un lobo le hizo mirar hacia arriba. —¿Te querían a ti?

—Pero soy tuya, así que no me dejé atrapar.

—Bien hecho, preciosa. —Se apartó para mirar su vientre y se lo acarició por encima del vestido. —¿Te encuentras bien?

—Sí, muy bien. Aunque duermo mucho más que antes y…

El sonido de un cuerno la interrumpió y susurró —Los Hovensen han cumplido su palabra.

—¡Rápido, al embarcadero! ¡Debemos darnos prisa para recibirles!

Los remeros se sentaron en los bancos y el barco inició el camino a casa. Gudbrand sonrió. —Todo irá bien. Elegiremos un nuevo jarl y volveremos a casa. —Le guiñó un ojo. —Tengo una sorpresa para ti.

—¿De veras? —preguntó ilusionada.

—Espero que te guste.

Le abrazó por la cintura. —Seguro que sí.

Él besó suavemente sus labios y susurró —Me muero por estar contigo.

Se sonrojó de gusto. —Esta noche.

—Afortunadamente no queda mucho para anochecer. —La abrazó con ansias como si no quisiera soltarla jamás y mirándose a los ojos pasaron los minutos. Ella acarició su mejilla escuchando las risas de los niños en su pueblo y miró hacia allí. Varios se estaban acercando al embarcadero. —Creen que llegamos nosotros no los Hovensen. Se van a llevar una sorpresa cuando vean su barco.

Entonces olió algo y Aldith se apartó. Corrió hacia la borda y volvió a oler con fuerza el viento que venía del fiordo.

—Preciosa, ¿qué ocurre?

—Fuego. ¡Rápido, dad la vuelta! ¡El barco de los Hovensen está ardiendo!

Se volvió y gritó a sus hombres. —¡Cambiad de dirección, tenemos que ayudarles!

Los hombres se volvieron y empezaron a remar en dirección contraria. Vieron el humo por encima de la montaña y Gudbrand juró por lo bajo.

—Por Odín, ¿que habrá pasado? —preguntó su hermano.

Al dar la vuelta al recodo los hombres del fiordo vecino ya daban por perdido el barco y empezaban a saltar por la borda. Aldith vio como el jarl Hovensen no saltaba. Desde la proa miraba hacia ellos mientras las llamas empezaban a subir de la bodega. Se llevó la mano al pecho de la impresión y sus ojos se encontraron. —Está cumpliendo su palabra —susurró.

Vio como Herleifr quería volver al barco, pero uno de sus hermanos le agarró hundiéndole. El barco pasó a su lado rumbo a su pueblo y él la miró a los ojos. Una lágrima cayó por su mejilla porque había demostrado que era un hombre de palabra y asintió en señal de reconocimiento. Él sonrió antes de mirar al frente y el barco navegó lentamente hacia el embarcadero. Recibiría el funeral que todo guerrero merecía y hubo un momento en que le pareció ver a su padre caminando entre las llamas y acercarse a Hovensen. Él miró por encima de su hombro y sonrió. Sollozó porque parecía feliz. —Padre…

Cuando el barco se alejó los sonidos de los gritos la hicieron volver al presente. Varios se estaban ahogando y asustada se acercó a la borda mientras algunos de los guerreros de Gudbrand se tiraban al agua. Vio que Herleifr se hundía y no lo pensó tirándose también. Nadó hacia él tan rápido como pudo y le agarró del cabello para

levantar su cabeza del agua. Herleifr se espabiló de golpe y movió los brazos y las piernas con tal fuerza que la golpeó en la cara antes de agarrarse a ella hundiéndola. Consiguió salir a flote, pero volvió a agarrarla y tenía tanta fuerza que le fue imposible zafarse. Estaba bajo el agua y le mordió la mano con saña haciendo que la soltara. Aldith se volvió y le pegó un puñetazo en la nariz que le atontó, así que pudo salir tirando de su cabello a la superficie. Pero algo no iba bien, le dolía el vientre y asustada gritó —¡Gudbrand!

Este en el agua se volvió y nadó hasta ellos tan rápido como pudo. —¿Qué te ha pasado, preciosa? Te sangra la boca.

—El bebé… Algo pasa con el bebé.

Pálido gritó que les ayudaran y tiró de ella hacia el barco. Erik la cogió del vestido tirando de ella y al elevarla Gudbrand vio la sangre que corría por sus piernas. Pálido subió lo más rápido que pudo y al verla tumbada en el suelo tocándose el vientre gritó —¡Subidles rápido! ¡Mi mujer necesita atención! —Se arrodilló a su lado.

Ella le miró angustiada. —Es un castigo. Un castigo por su muerte.

—Preciosa no digas eso. Hizo mal y lo sabía. —Vio como el bajo de su vestido se manchaba de sangre y supo que no había remedio, estaba perdiendo el bebé. Agarró su mano. —No pasa nada, tendremos más.

El grito desgarrado de Aldith les estremeció a todos y Gudbrand intentando calmarla besó su mano con desesperación. —No ha sido culpa de nadie, preciosa. Mi madre perdió cinco hijos.

—No, no… —Le rogó con la mirada. —Haz algo.

Impotente susurró —Está en manos de Odín. —Miró hacia sus hombres. —¡Daos prisa!

Herleifr tirado en el suelo a unos metros apartó la mirada como si no soportara ver su dolor.

Desde la borda Erik gritó que necesitaban a la curandera y la cogieron entre su hermano, su primo y él para que se moviera lo menos posible. Aldith no dejaba de llorar. Luna pálida la vio pasar y la miró a los ojos. —Nunca debí saltar del barco, me lo advertiste. Una patada y… —Su cabeza cayó a un lado perdiendo el sentido mientras Gudbrand la llamaba a gritos.

Capítulo 12

Los párpados le pesaban muchísimo y sentía que no tenía fuerzas. Además hacía mucho calor y estaba incómoda. Intentó moverse y fue cuando sintió las pieles sobre ella. Las apartó con esfuerzo y el frío llegó a su cuerpo mojado. Entonces se estremeció y alguien la cubrió de nuevo. Abrió los ojos con esfuerzo y vio que Gudbrand estaba a su lado. —No te destapes, será peor.

—¿Qué me pasa?

—Tienes fiebres, preciosa. Pero te repondrás, sé que lo harás.

Entonces recordó el bebé y se llevó la mano al vientre.

—Sigue ahí, la curandera dice que es muy fuerte y que su corazón aún late. Pero te ha subido la fiebre seguramente por haberte bañado en esa agua tan fría. Pero lo superarás, sé que sí. El bebé te necesita.

—¿Seguro que está bien?

—Has sangrado mucho, pero en cuanto te dio unas hierbas dejaste de hacerlo. Dice que Odín no ha querido que se fuera y que aquí se quedará. Nunca había visto algo igual, ya lo daba por perdido.

Una lágrima cayó por su sien suspirando del alivio.

—Shusss, mi mujer no llora. Se enfrenta a todo, ¿recuerdas?

—Tengo miedo.

Gudbrand apretó los labios. —Yo también, pero no puedo perderos y sé que tú no me vas a defraudar. —La besó suavemente en los labios. —Duerme preciosa, necesitas recuperar fuerzas.

—Tengo que aguantar —dijo casi sin aliento mientras se cerraban sus ojos.

—Eso es preciosa, no has superado todo lo malo que ha ocurrido en tu vida para rendirte ahora. Ahora que podemos estar juntos, ser felices. —Escuchó su pausada respiración. Se había dormido.

Luna se acercó a él y le tocó el hombro. —Me quedaré yo con ella, vete a comer algo.

—No.

—Hazle caso —dijo la curandera de pie ante la cama—. Nosotras la cuidaremos. Además los Hovensen esperan. Quieren hablar contigo.

Apretó los labios mirando su ceniciento rostro y siseó —Nunca tendría que haber salido de mis tierras. Allí estaba segura.

—Ahora ya no hay remedio para cambiar el pasado, guerrero —dijo la vieja—. Velemos por el futuro y que Odín nos proteja.

Gudbrand besó su mano y la dejó sobre su vientre antes de enderezarse. —Si me necesita…

—No te preocupes —dijo Luna—. Te avisaré de inmediato.

Asintió antes de salir de la habitación y se encontró con su primo en el pasillo. —¿Cómo está?

—Igual. —Muy tenso dijo —¿Qué ocurre ahora?

—Herleifr como nuevo jarl quiere hablar contigo. Al parecer nadie le había contado nada, el jarl había prohibido a su hija y a los hombres de Heirst decir nada de lo ocurrido allí y todo esto le ha tomado por sorpresa. Hoder se lo acaba de contar, pero aun así quiere hablar contigo.

Apretó los labios antes de ir por el pasillo y apartar la piel para llegar al enorme salón donde los hombres estaban sentados en

distintas mesas. Caminó hacia la del jarl donde los hermanos esperaban impacientes. Herleifr fue el primero en hablar. —¿Cómo se encuentra?

—Ha perdido el bebé, pero he tenido que mentirle para que tenga fuerzas de salir adelante.

—No sabes cómo lo siento.

Le pegó un puñetazo que le tiró contra la pared, pero ninguno de los suyos movió un solo dedo para ayudarle.

—Muy bien, me lo merezco.

—¡Cuándo dejaréis de hacerle daño a mi mujer! —gritó fuera de sí—. ¡Ella solo quería ayudarte!

—Lo siento mucho, no sé qué me pasó, debí darle un golpe y… No tengo excusa.

—No, no la tienes. ¡Desaparece de mi vista porque lo único que pienso es en retorcerte el cuello, maldito cabrón!

Los Hovensen se levantaron y uno de los hermanos se acercó a Herleifr. —Vamos hermano, es hora de irse.

Herleifr se levantó y elevó la barbilla. —Sé que no hay reparación posible, pero antes de irme me gustaría pedirte permiso para llevarme a Luna.

Palideció porque él sí tendría el hijo que esperaba y apretó los puños con fuerza.

—Hermano es casi mejor así, que su amiga muestre su embarazo durante las semanas que tenga de recuperación, será una tortura para tu mujer. Es mejor que se vaya.

—Llévatela —dijo entre dientes—. Y no se te ocurra acercarte nunca más por nuestras tierras, ¿me has entendido?

—Sí —contestó pálido—. Nos iremos de inmediato.

Se volvió para regresar a las habitaciones y uno de los Hovensen dijo —Hermano te acabas de librar de la muerte.

Algo detuvo a Gudbrand y se giró. —¿Dónde está tu hermana?

Herleifr muy tenso dijo —Murió este invierno. Una mañana no se despertó.

—Al parecer los dioses han terminado haciendo justicia.

—Sí —dijo sin dudar.

Gudbrand apretó los labios antes de decir —Cuida de Luna, no quiero que mi mujer se entere de que le ocurre algo malo, porque si esa así, te las verás con los dos.

Se alejó y el hermano de Herleifr suspiró del alivio. —Vámonos hermano, esta suerte puede cambiar en cualquier momento y no quiero perder más familia hoy.

Entró en la habitación de nuevo y le dijo a Luna —Recoge tus cosas, te vas con los Hovensen.

Le miró sorprendida. —¿Cómo?

—¿No he sido claro?

Agachó la mirada. —Sí, señor. —Miró a su amiga y reprimió las lágrimas antes de acercarse y susurrar —Sé que lo hiciste por mí, por mi felicidad y no sabes cómo te lo agradezco, amiga. No te olvidaré nunca, te quiero como a una hermana y reencontrarte fue lo mejor que me ha pasado nunca. —Besó su frente y se incorporó. —Quizás algún día volvamos a encontrarnos. Te deseo toda la felicidad que te mereces. —Sollozó y corrió hasta la puerta para salir de la habitación.

Gudbrand se acercó a ella y se sentó a su lado. —Sí que te la mereces, preciosa. Esto pasará y serás muy feliz.

Su enfermedad estuvo varios días atacando su cuerpo y cuando al fin pudo abrir los ojos de nuevo estaba tan delgada que

parecía un cadáver. Los ojos hundidos, la piel cenicienta y sus labios agrietados demostraban que había estado rozando la muerte, pero algo en su interior le decía que tenía que seguir adelante, aunque no sabía por qué. No era consciente de lo que ocurría a su alrededor todavía. Tomaba el caldo si se lo ordenaban y se dejaba lavar por las mujeres, pero todo seguía siendo algo confuso como si estuviera viviendo en una neblina que no la dejaba pensar con claridad. Una mañana abrió los ojos y reconoció la habitación de sus padres. Entonces recordó todo lo ocurrido y una lágrima rodó por su sien. Al pensar en su bebé asustada se llevó la mano al vientre y sintió que aún lo tenía hinchado, lo que la hizo suspirar del alivio. Pasó la mano por él y notó como su hijo se movía. Sonrió de la alegría. —Sigues ahí, mi amor. Eres muy fuerte.

—¿Aldith?

Volvió la cabeza hacia Gudbrand que para su sorpresa estaba tumbado en la cama. —Se ha movido.

Él la miró sin comprender. —¿Te he molestado? Lo siento, yo…

—Nuestro bebé se ha movido.

Palideció al escucharla y forzó una sonrisa. —Es una noticia maravillosa.

—Es fuerte, tan fuerte como Thor.

—Lo es. —Se acercó y la besó en los labios. —Y necesita comer. Iré a pedirte un caldo.

Asintió. —Sí, he sobrevivido para traerle al mundo. Debo estar fuerte.

—Enseguida vuelvo. —Se levantó y descalzo salió de la habitación únicamente vestido con sus pantalones.

Aldith suspiró mirando el techo. Sí, tenía que reponerse cuanto antes para cuidar de su bebé. Y también tenía que cuidar de Gudbrand, ahora era su marido y merecía una esposa a la altura de un futuro jarl. Se preguntó por qué se había puesto enferma, ella nunca enfermaba. Durante todos esos años se había mojado muchas veces en invierno y jamás le había pasado algo así. Apretó los labios, quizás esos meses no había comido algo del bosque que antes comía habitualmente. Algo que la reforzaba o quizás esos meses viviendo en la casa la habían debilitado. Debía pensar en ello porque fuera lo que fuera debía evitar que su hijo lo hiciera en el futuro para que creciera fuerte y muy sano.

La curandera entró en la habitación forzando una sonrisa. —Buenos días, mi jarl.

—Buenos días. —La mujer se acercó a ella y le puso la mano en la frente. —¿Estoy mejor, Dalla?

—Saldrá de esta, mi jarl. Al parecer los dioses la han protegido. Hubo momentos en los que no tenía esperanzas, ha estado muy débil.

—Pues debo dar gracias. ¿Dónde está Luna?

Incómoda le acercó un vaso de agua. —Se ha ido con los Hovensen.

La miró sorprendida. —No, Luna no se iría mientras estoy postrada en la cama. ¿Por qué me mientes?

—Jarl, no miento. Tuvo que irse, el jarl Herleifr la reclamó para él y se la llevó cuando tuvieron que irse.

—Oh… —Se sintió algo decepcionada, pero después se alegró de la suerte de su amiga. —Va a vivir el futuro que merece.

La mujer sonrió. —Será la esposa de un jarl.

—Me alegro mucho por ella. —La mujer la arropó hasta la barbilla y se volvió. —¿No revisas a mi hijo?

Se detuvo en seco y se giró lentamente. —¿Qué?

—Mi bebé, ¿no vas a escucharle como hiciste el día en que estuve en el agua? ¿No vas a revisar si sangro de nuevo? Quiero que me revises a menudo, no puede suceder de nuevo lo que ocurrió el otro día. Si me ocurre otra vez puedo perderlo.

Forzó una sonrisa. —Sí, por supuesto. Revisaré si sangras.

—De acuerdo.

La mujer apartó las mantas mostrando su cuerpo desnudo. Su barriga ya no era tan grande como antes, pero lo achacó a la pérdida de sangre. Dalla miró entre sus piernas y asintió. —No sangras, todo está como debe estar.

Sonrió del alivio. —Gracias Dalla.

—Traeré unas hiervas para hacer una infusión que la fortalezca.

—Muy bien.

En ese momento entró Gudbrand que al ver a la curandera se detuvo en seco. —Ah, estás aquí.

—Sí, mi señor. Acabo de revisar a su esposa y todo está bien.

—Él bebé está bien, mi amor —dijo radiante—. ¿A que es una buena noticia?

—Claro que sí. —Se acercó con un cuenco en la mano. —Ahora te daré esto, pero como está muy caliente esperaremos a que se enfríe un poco. Dalla, ¿puedo hablar contigo un momento fuera? Uno de mis hombres no se encuentra bien. Te enseñaré donde está.

—Sí, amor, vete. —Le apuró Aldith preocupada. —Si necesita atención que le atienda enseguida.

Ambos salieron de la habitación y cerraron la puerta. —¿Le has dicho algo? —preguntó él muy preocupado.

—No, creía que lo había hecho usted y no mencioné el tema, pero cuando me dijo que revisara al bebé me di cuenta.

—No quiero que nadie hable de ese tema con ella, antes debe recuperarse para afrontar el golpe.

La curandera asintió. —Opino que es lo correcto. Cuando vuelva a ser la de antes se lo diremos. Aunque creo que se dará cuenta, la barriga…

—Dice que lo siente.

—¿Qué?

—Dice que siente al bebé.

No se lo podía creer. —Pero eso es imposible. Yo misma lo recogí cuando salió sin vida de su cuerpo.

—Lo sé, pero… —Se llevó las manos a la cabeza. —Va a ser un golpe muy duro cuando sepa la verdad.

Dalla apretó los labios. —Esperaremos a que se recupere. Siga siguiéndole la corriente con sus fantasías. Un golpe así puede ser mortal, está muy débil. Puede que su corazón no lo resistiera.

—Avisa a los demás. No quiero que nadie hable del bebé con ella.

—Enseguida les aviso.

Se alejó a toda prisa y Gudbrand miró hacia la puerta cerrada. Decirle a su mujer que habían perdido a su hijo iba a ser lo más duro que había hecho en la vida. Abrió la puerta y para su asombro estaba recostada en la cama comiendo hambrienta de su caldo. —Preciosa más despacio.

Le tendió el cuenco y lo cogió para ver que se lo había acabado todo. —Vaya, sí que tenías hambre.

—¿Perdí un bebé?

Sorprendido miró sus ojos. Al ver la tristeza en su mirada suspiró sentándose a su lado. —Había olvidado que oyes cosas que los demás no.

—Cuéntamelo.

—No se pudo hacer nada.

Su labio inferior tembló. —¿Era un varón o una hembra?

—Un varón. Dalla dijo que era muy pequeño. Que seguramente sucedió porque debía ser así, no era lo bastante fuerte.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Dónde lo habéis enterrado?

—Lo he quemado en el fiordo. Luchó por estar en tu interior durante horas, era un guerrero —dijo emocionado.

Le abrazó y Gudbrand acarició su espalda sintiendo que su mujer no tenía fuerzas. —Júrame que te repondrás, esposa.

—Por supuesto que lo haré, no dejaré que mi hijo muera.

Se le cortó el aliento y la miró. —Preciosa, está muerto.

—No lo entiendes, le siento. Otro niño está en mi interior y está vivo. Pienso luchar por él no te preocupes.

Temiendo que estuviera perdiendo la cabeza no quiso desdecirla. —Duerme un poco, te vendrá bien.

Sonrió a pesar de las lágrimas. —Sí, debo reponerme cuanto antes. —Se tumbó con su ayuda y suspiró. —Hablaremos luego.

Él la besó en la frente y se levantó para ponerse las botas. Cogió su espada y fue hasta la puerta. —Haré que Dalla venga a

acompañarte.

—No es necesario, cielo. Tiene obligaciones. Estoy bien. —Se giró dándole la espalda y escuchó como salía de la habitación. El dolor de la pérdida de su hijo la había roto. Sabía que había sido una inconsciente al tirarse al agua, pero no lo había pensado. Había sido responsabilidad suya, ella había dañado a su hijo. Sintió una pena enorme y las lágrimas rodaron por sus mejillas, pero se dijo que debía ser fuerte por el niño que aún tenía y que debía dar gracias a los dioses porque al menos le habían dejado algo. Y pensaba cuidarlo. Iba a parir a ese niño y sería fuerte y sano.

Gudbrand preocupado llegó al salón donde su hermano y su primo ya estaban desayunando. —¿Cómo se encuentra? —preguntó Hoder.

—Mejor. —Se sentó a la cabecera de la mesa. —Mucho mejor, pero cree que tiene un hijo en su interior.

—Sí, ya nos lo ha dicho Dalla. Cuando se lo digas…

—Ya se lo he dicho. —Le miraron con sorpresa. —No lo acepta. Dice que le ha sentido y que aún tiene otro dentro.

—¿Y eso puede ser? —preguntó Erik.

Dalla pasó en ese momento con un tazón en la mano. —Vieja, ven aquí.

Se acercó de inmediato. —Iba a llevarle unas hiervas.

—Ya sabe que ha perdido al niño.

—Oh… Entonces haré otra tisana para que se calme, estará muy disgustada.

—Está convencida de que tiene otro niño en su interior. ¿Eso puede ser? En mi pueblo una mujer tuvo dos niñas y…

—No, mi señor. Con lo que sangraba es imposible.

La decepción se mostró en su rostro. —Lo suponía, pero como estaba tan convencida…

—Lo siento mucho, pero eso son fantasías del jarl, con todos mis respetos.

—Entiendo.

—Deberá aceptarlo, si va a parir más veces seguramente en algún momento esta situación se volverá a dar. Yo perdí dos en todos estos años. Odín lo quiere así y hay que aceptarlo.

—Es muy pronto, además ha estado enferma —dijo Erik—. Mi esposa también perdió a mi primer hijo y tardó mucho en reponerse.

Es joven y fuerte, lo aceptará y seguiréis vuestras vidas.

Tenía la sensación de que no iba a ser tan fácil. Su mujer estaba convencida de lo que decía y eso le preocupaba y mucho porque cuando viera que esa barriga no crecía no sabía cuál sería su reacción.

Dos semanas después pudo levantarse de la cama y estaba tan contenta que Dalla le permitió salir al patio a que le diera un poco el sol. Se sentó en una silla y el viejo Arne se sentó a su lado.
—Tienes mucho mejor aspecto, niña.

—Sí, me siento muy bien. —Sonrió radiante. —Y el niño cada vez está más fuerte, pega unas patadas…

El hombre perdió algo la sonrisa mirando inconscientemente a su pequeño vientre. —Me alegro mucho.

El sonido de las armas la hizo mirar hacia los hombres que estaban practicando con las espadas. Su esposo estaba instruyendo a los jóvenes que en pocos años irían a las incursiones. Ese pensamiento la hizo centrarse en su pueblo. Debía buscar un jarl adecuado que les guiara. Alguien fuerte, pero con corazón. Miró a su

alrededor, los hombres de su aldea no es que fueran buenos guerreros precisamente. Durante ese invierno se había dado cuenta de que eran buenos y fieles, pero la falta de su padre se había notado en su instrucción. Necesitaban al frente a alguien que les liderara. Volvió la vista lentamente hacia los hombres que estaban en el embarcadero y negó con la cabeza. Uno de los suyos cayó al suelo y su mirada volvió hacia el grupo de entrenamiento. Hoder riendo alargó la mano para coger la suya. —Debes vigilar las piernas de tu oponente, no solo las manos.

Hoder… Era fuerte, un líder natural pues le había criado un jarl y además no era demasiado duro. Vio como los suyos seguían sus instrucciones al pie de la letra y como les reprendía si hacían algo mal, pero en lugar de ofenderse porque era un forastero seguían sus instrucciones lo mejor que podían. Una cal y una de arena como decía su padre. Esa era la clave de un buen líder, recompensar cuando era necesario y castigar cuando se lo merecían. Le observó durante varios minutos y su marido entrecerró los ojos distrayéndose de lo que estaba haciendo. —¡Mujer!

Se sobresaltó para mirarle. Parecía enfadado. —¿Sí, marido?

—¿Qué haces?

Se sonrojó porque todos la miraron. —¿Yo? ¡Mirar el paisaje!

—A ver si te está dando mucho el sol…

—No —dijo como si fuera lo más obvio del mundo.

Gruñó advirtiéndola con la mirada antes de decirle al muchacho que tenía delante. —A ver si estás más atento.

Arne rio por lo bajo. —Está celoso.

Le miró sorprendida. —Claro que no.

—Se ha dado cuenta de que has mirado mucho a su hermano y no le ha gustado.

Se sonrojó de gusto. —¿Eso crees?

—Estoy totalmente seguro.

Soltó una risita. —Qué tonto.

Arne asintió. —Me gusta. —Ambos miraron a Hoder. —Será un buen jarl. Duro pero justo, como lo era tu padre. Se endurecerá con el tiempo, pero está preparado.

—Lo anunciaremos esta noche. Asistiré al salón. Convoca a nuestro pueblo.

—Buena decisión, jarl. A ti te esperan cosas más grandes.

Le miró sorprendida. —¿Cómo qué?

—Seguir al hombre que amas y ser feliz, pero feliz de verdad.

Sonrió. —Gracias por toda la ayuda que me has brindado durante estos meses.

—Gracias a ti por liberarnos, no nos debías nada y has luchado por nosotros.

—Lo haría una y mil veces.

El viejo sonrió. —Lo sé.

Esa noche quería estar especialmente hermosa, así que una de las sirvientas le llevó un barreño con agua templada y se sumergió para lavarse bien, sobre todo el cabello. Relajada en el agua canturreaba una canción que Luna y ella cantaban de pequeñas. Escuchó como se abría la puerta y a pesar de estar de espaldas a ella supo de inmediato quien había entrado. Sonrió enjabonándose el brazo y sintió como se arrodillaba tras ella. —Qué bien hueles, preciosa… —Apartó su melena para besar su hombro. —Maravillosamente.

—Es de lavanda. —Sonrió radiante. —Lo usaba de pequeña. Mi padre lo traía del sur.

—Y a partir de ahora no te faltará. —Besó su cuello con ansias y ella rio. —Preciosa…

—No puedo, estoy embarazada y no quiero molestarle.

Se tensó y miró el agua. La barriga seguía ahí y eso ya empezaba a preocuparle. —¿Le sientes?

—Sí.

—No está más grande.

—Ya crecerá.

Suspiró levantándose. No sabía cómo hacerle ver que estaba equivocada, pero ya llegaría el momento en que se diera cuenta. O al menos eso había dicho la vieja Dalla. —Has convocado a tu pueblo. ¿Algo que deba saber?

Le miró con picardía. —Voy a nombrar a Hoder nuevo jarl.

Impresionado rodeó el barreño para mirarla de frente. —¿Cómo has dicho?

—¿No te gusta la idea?

—Pues… Mi hermano… —Nervioso se pasó la mano por su cabello negro y Aldith se preocupó. —No sé si querrá.

—Será jarl de mi pueblo, es un honor.

—Sí, pero… ¡Tendrías que habérmelo dicho!

Asombrada porque no esperaba esa reacción dijo —Cielo, ¿qué ocurre? ¿Crees que no está preparado?

—¡Claro que está preparado!

—Entonces…

—¡No aceptará!

—¿Por qué?

—¡No dejará a los suyos! Busca a otro porque esta noche te dejará en ridículo al rechazarlo y quedarás mal ante los tuyos.

—Por supuesto les preguntaré si están de acuerdo, pero a quien he preguntado se han quedado entusiasmados con la idea. —Entonces se dio cuenta de lo que ocurría, lo había visto miles de veces durante esos años. Hoder era su apoyo, su compañero y su mejor amigo, para él perderle sería una dura prueba. —Cielo, negarle esto por tu bienestar es egoísta.

La fulminó con la mirada. —No sé de qué hablas.

—Claro que lo sabes, es tu apoyo, lo ha sido siempre y no quieres perderle.

Tenso siseó —Al parecer me conoces muy bien.

—Mejor que tú mismo.

—¡Pues si me conoces tan bien sabes que no tengo paciencia!

Confundida preguntó —¿A qué te refieres?

—¿Acaso hace un instante no te ha quedado claro?

Se sonrojó. —Sí, pero no puedo. El bebé…

—¡No hay bebé! —gritó furioso—. ¡A ver si te entra en esa mollera que tienes!

Palideció por su tono. —Te equivocas y pienso protegerle. ¡Así que si no puedo encamarme contigo no pienso hacerlo!

—¡Entonces no te sorprendas si me busco a otra!

Se levantó salpicando de agua sus botas y le miró rabiosa. —¡Yo no te quería en mi vida y tú viniste a mí! ¡A mí! ¡Si crees que voy a dejar que te toque otra, estás muy confundido! No soy como otras mujeres, no te equivoques conmigo, guerrero. ¡La despellejaré viva y después te cortaré eso que tienes entre las piernas!

—¡Pero mírate! ¡Estás preñada desde antes del invierno y casi no tienes barriga!

—¡Crecerá!

—¡A muchas mujeres les pasa que después de estar preñadas su vientre no vuelve a ser igual! ¡Es lo que te está pasando a ti y te imaginas cosas!

—¡Te digo que crecerá!

—¡La vieja dice que es imposible!

Palideció. —¿Qué?

—¡Dice que no estás preñada! ¡A ver si despiertas de una maldita vez! —Furioso fue hasta la puerta y salió dando un portazo que la estremeció. Sus piernas temblaban cuando salió del barreño y cogió el paño de lino que usaba para secarse. No se podía creer que hubiera sido tan cruel y todo porque estaba enfadado con el nombramiento de su hermano. La había atacado sin motivo. Había insinuado que había perdido la cabeza y no podía comprenderlo. Ella conocía su cuerpo, ¿por qué no la creía? Triste y muy decepcionada por su trato se vistió con el vestido azul que había preparado para esa noche. Ya no tenía ganas de sentirse hermosa, le había robado toda la ilusión de hacer esa cena de despedida. Una duda asaltó su corazón. ¿Y si le había idealizado? ¿Y si desde aquel árbol desde donde se había enamorado no había visto realmente cómo era? Al principio sí, la había cambiado por un arcón lleno de oro, pero luego poco a poco algo en él la había atraído como las moscas a la miel. No había podido evitarlo y lo demostró el día en que la había tomado. A pesar de lo que pensaba de él, le había aceptado gustosa. ¿Pero cuando se fue en ese barco no le había demostrado realmente cómo era? Cuando estaba dolido era impredecible y sobre

todo peligroso para su corazón. Porque no podía negar que en ese momento la había dañado y lo había hecho a propósito. Esa era la diferencia entre ella y él, que ella jamás le haría daño a sabiendas, antes se cortaría un brazo. Esperaba que solo hubiera sido un arranque de mal humor por la sorpresa de la noticia del nuevo jarl, porque esa actitud no podría soportarla mucho tiempo. Ella no pensaba tener una relación como la de sus padres. A su hijo no le haría algo así.

Capítulo 13

Sentada al lado de su marido que seguía furioso y lo había demostrado desde que había aparecido en el salón porque no le había dicho una sola palabra, intentó mantener la calma, aunque su paciencia tenía un límite. Se levantó de su asiento para mirar a los presentes. —He nacido entre vosotros, mi padre fue vuestro jarl y os conozco bien.

Varios la vitorearon y Aldith sonrió. —He intentado sustituir a mi padre dignamente, he intentado ser justa en los conflictos y he querido dirigiros hacia la prosperidad. —Varios asintieron.

—Y lo has conseguido, niña —dijo Arne satisfecho—. Ahora somos mucho más ricos que antes y somos libres en nuestro pueblo.

—Me alegra que digas eso, viejo. Ha sido un honor lideraros. —Miró a los presentes. —Pero es hora de irme, todos sabéis que he

aceptado a Gudbrand Ellingsen como esposo y mi deber es seguirle. Por eso es hora de elegir a otro jarl. Otro hombre que luche por todos vosotros débiles o fuertes, porque un pueblo unido siempre saldrá adelante. Se hará a votación, el líder será elegido por la mayoría, pero quiero proponer al mío. Hoder, ¿puedes acercarte, por favor?

Su cuñado la miró sorprendido, lo que demostraba que su hermano no le había dicho nada. —¿Yo?

—Creo que eres la persona más capaz para suplir mi puesto. Eres hijo de un jarl y también eres un hombre de honor, mereces ser líder si mi pueblo te acepta.

Varios aplaudieron entusiasmados y aún incrédulo se acercó a ella mientras los suyos le vitoreaban locos de contentos por él. Todos menos su hermano que seguía con el rictus serio sentado en su silla. Hoder al verle perdió algo la sonrisa antes de que ella le hiciera volverse para mirar a su pueblo. —¿Algún otro candidato?

Nadie dijo nada.

—¿Alguien tiene algo que decir?

—Que durante estos días ha demostrado que será un buen jarl para los nuestros—dijo Arne satisfecho.

—Pues ya está decidido. —Se volvió hacia él y sonrió. —Cuida a mi pueblo que ahora es el tuyo. Mucha suerte, hermano. —Besó sus manos y se agachó arrodillando una pierna. —Juro fidelidad a mi jarl…

Todo su pueblo hizo lo mismo y repitió sus palabras con la cabeza gacha. —Odín te dará la fuerza para sobrellevar la dura tarea que tienes por delante. Le ruego que así sea.

—Que así sea —dijeron los demás.

Se levantó y mirándole a los ojos susurró —Mi jarl, te deseo suerte.

—Has sido muy generosa. Más que nadie que haya conocido. Gracias.

—Gracias a ti por asumir este reto.

—Intentaré cumplir con mi deber de la manera más justa y diligente.

—No puedo pedir más. Esposo, ¿no felicitas a tu hermano?

Hoder se volvió y Gudbrand gruñó levantándose. Su hermano perdió la sonrisa. —No es que no me alegre por ti, es que odio perderte.

Su hermano sonrió emocionado. —Nos veremos a menudo. Somos Ellingsen, siempre estaremos unidos, aunque sea en la distancia.

Los hermanos se abrazaron y Gudbrand miró hacia ella que dolida agachó la mirada antes de alejarse. Tenso se apartó de Hoder para palmear su hombro. —Felicidades hermano.

—Gracias. Cuando padre se entere…

—Se va a alegrar muchísimo. Haré que tu esposa y los niños se reúnan contigo de inmediato. Y si necesitas cualquier cosa envíanos aviso.

—Lo haré. —Se volvió para mirar a su pueblo que esperaba expectante. —¡Qué corra el hidromiel!

Todos gritaron levantando sus armas y desde la mesa Aldith sonrió. Los hombres se acercaron y ella se sentó al lado de su marido mientras él lo hacía a la derecha del jarl.

Erik no podía estar más contento y contrastaba mucho con la reacción de Gudbrand. —Primo, es una gran noticia.

El nuevo jarl se sentó en su sitio. —Es un honor.

—Sí que lo es. —Miró a Aldith. —Una decisión muy juiciosa, has demostrado que un jarl hace lo mejor para su pueblo.

—Lo he intentado. Espero que disfrutéis de la cena, he encargado jabalí para festejarlo.

—Seguro que será delicioso.

Las mujeres se acercaron para dejar las bandejas sobre la mesa. Había verduras, carne y bebida a raudales. La gente cantaba de la alegría y no pudo menos que sonreír. Les iba a echar de menos, aunque si era sincera ahora que no estaba Luna y con todo lo ocurrido, estaba deseando ver a los que ahora consideraba su familia. —Contadme, con todos los días que he estado en cama no he podido hablar con nadie. ¿Cómo van las cosas por casa? ¿Cómo está mi tía?

—Se apenó cuando no volviste —dijo Erik antes de recibir una patada en el tobillo que le hizo gemir. Molesto miró a Gudbrand sentado frente a él—. Pero está muy bien.

—¿Le ocurre algo a mi tía?

—No —dijo Hoder mirando de reojo a su hermano—. Se apenó por tu falta, eso es todo. Pero cuando se enteró de que ibas a volver propuso muchos planes.

Sonrió encantada. —¿Sí? ¿Como cuáles?

—Traerte a Wibeke para que huyeras en dirección contraria.

Parpadeó asombrada. —¿Vuestra abuela aún está allí?

—No se va ni con agua caliente —dijo Gudbrand por lo bajo.

—¿Pero no le habéis pedido explicaciones?

—Claro que sí —dijo el nuevo jarl—. Pero ella simplemente dijo que hizo lo que creía correcto para salvar a la que había sido como una hija para ella. Que sabía que su padre no la dejaría huir y que no llegaría a Heirst. Y mi padre la creyó. Durante el invierno no dejaba de decir que teníamos que sacarla de allí y que Gudbrand sería un buen marido para ella.

Sin poder creérselo miró a su esposo. —No me habías dicho nada.

—No quería molestarte con tonterías.

—Se llevará un disgusto cuando se entere de su fallecimiento.

Gudbrand se encogió de hombros como si le diera igual. —Come.

—Comeré cuando tenga hambre —dijo cortante.

Él apretó los labios antes de agarrar un pedazo de jabalí y darle un buen mordisco.

Su cuñado y su primo por supuesto se dieron cuenta de la tensión e intentaron aliviarla. —¿Sabes lo que ha ocurrido este

invierno? —preguntó Erik—. Mi esposa ha tejido un tapiz y sales en él tirando el cuchillo.

Se sonrojó de gusto. —¿De veras? Estoy deseando verlo.

—Sales bizca —dijo Gudbrand fastidiándole el momento.

—Lo que importa es la intención —dijo entre dientes.

—¿No me digas? Yo tenía muy buenas intenciones al venir aquí, pero no han salido las cosas como esperaba. Me he encontrado con que la mujer que venía a buscar no existe. —Miró a su hermano. —¿Sabéis qué ha pasado con ella? Porque resulta que ahora es una mujer como todas las demás y para colmo se imagina cosas que no existen.

Su hermano iba a decir algo, pero ella le interrumpió. —Que ahora me ponga vestidos no me ha cambiado, marido. Te aseguro que soy la de siempre y el tiempo me dará la razón. Y ya que hablas de buenas intenciones, te diré que si llego a saber que eras tan infantil respecto a tus sentimientos, jamás te hubiera dado una oportunidad. Así que imagínate, yo también tenía buenas intenciones cuando te perdoné.

La fulminó con la mirada. —¿Qué tenías que perdonarme tú? ¿Acaso te dañé? No tengo la culpa de lo que hicieron los demás y

que en tu cabeza enferma pensaras que no estabas segura a mi lado.

Palideció por sus palabras. —No me equivoqué, no estaba segura a tu lado y sigo sin estarlo. —Se levantó. —Si me disculpáis aún no me encuentro bien para unirme a vosotros en estos festejos, aunque te aseguro Hoder que te deseo todo lo mejor porque será para bien de mi pueblo.

Hoder sin saber que decir asintió y ella se alejó para ir hasta las habitaciones. Impresionado miró a Gudbrand. —¿Pero a ti qué te pasa?

—Cierra la boca, aún puedo partirte la cara por muy jarl que seas —dijo entre dientes antes de beber.

—Es que no lo entiendo, esta mañana hablabas maravillas de tu mujer y ahora la desprecias ante todos.

Él miró hacia la piel que daba a las habitaciones.

—Hermano, ¿qué ha ocurrido?

—Me ha despreciado.

Hoder le miró sin comprender hasta que se dio cuenta de lo que quería decir —No te ha hecho jarl a ti y no lo soportas.

—Tú podías haber heredado las tierras de padre cuando llegara el momento. Tu familia y la de tu esposa están allí —dijo entre dientes —. Y nosotros podíamos haber iniciado nuestra vida aquí.

Erik separó los labios comprendiendo y miró de reojo a Hoder que asintió. —Que no pensara en ti para el puesto te ha molestado y lo comprendo.

—Pues ella no lo comprende, ni se ha dado cuenta y en mi rabia… —Juró por lo bajo. —No importa.

—Cuéntamelo hermano, no te lo dejes dentro. Quiero que sigamos siendo sinceros el uno con el otro.

—Le he dicho cosas hirientes, pero más ciertas como que el sol saldrá mañana.

—Hablas de tu hijo.

—Estoy harto. No deja que la toque por un hijo inexistente. Llevamos así días y le he preguntado a Dalla, ya puede tener relaciones, pero se niega por ese bebé que se ha inventado.

—Creía que tendrías más paciencia porque nadie mejor que yo sabe que la amas, pero entiendo que en tu enfado dijeras cosas que realmente no convenían con la delicada situación de tu esposa.

Tiró el pedazo de carne a un lado. —Ya no sé qué hacer. La he amenazado con tener una amante cuando antes ni se me hubiera pasado por la cabeza. —Sonrió con ironía. —Ha amenazado con matarla.

—Eso es que te quiere. Pero hermano no tenses la cuerda, tu mujer no es como las demás. No se ha criado como las demás y cuando la conociste demostró con creces que no se fiaba de ti. ¿Ahora que has conseguido su confianza vas a estropearlo todo?

Agachó la mirada.

—Entiendo, crees que ya lo has estropeado y en tu frustración sigues hiriéndola en lugar de disculparte.

—Joder, cállate.

—No, no voy a callarme —dijo con firmeza demostrando que era muy capaz de ser el jarl de su pueblo—. Ve y discúlpate con tu mujer. No sé si te has dado cuenta de que conseguiste a la diosa de tus sueños y la estás tratando como si no te importara.

Le fulminó con la mirada. —Aquella diosa como la llamas, me hubiera rajado la garganta por insinuar siquiera que estaba loca. Esa que se acaba de ir no es mi mujer.

—Ah, ¿no? ¿No será que no quiere dañar al hijo que espera como cree que hizo en el pasado?

—¿Qué hijo? —preguntó alterado.

—Yo empiezo a dudar de lo que dice la vieja —dijo Erik con la boca llena.

Asombrado le miró. —¿Por qué dices eso?

—Porque hace algo que hace mi mujer cuando está preñada. Parece que no lo puede evitar, pero lo hace.

—¿El qué?

Le miró sorprendido. —Cómo se nota que eres novato en esto de ser padre. ¡Se levanta a comer por la noche y devora todo lo que cae en sus manos! La he visto al menos dos veces.

Impresionado negó con la cabeza. —La hubiera oído levantarse de la cama.

—Es tu mujer, no la oirías acercarse ni aunque lo intentaras con fuerza. Un cuñado mío dice que su mujer hace lo mismo.

—La mía también. Es como si necesitaran alimento ya y devora todo lo que tiene en el hogar. Una vez la vi comer la jalea a puñados, no exagero. Se chupaba la mano como si estuviera desesperada.

—¿Mi mujer hace eso? —Erik asintió y Gudbrand sonrió antes de darse cuenta de todo lo que había dicho y gimió por lo bajo. —Voy a matar a la vieja.

—Ve a disculparte, hermano, debe estar llorando a lágrima viva por el cafre que tiene por marido.

Se levantó y decidido fue hasta las habitaciones. Erik rio por lo bajo. —Se lo va a comer vivo.

Hoder sonrió. —Eso espero, a ver si así aprende.

Abrió la puerta de la habitación para encontrársela vacía y preguntándose dónde estaba caminó hasta el otro lado de la cama por si estaba allí llorando como la otra vez, pero solo encontró su vestido en el suelo. —¿Aldith? —Se agachó para coger el vestido y fue hasta la puerta. —¡Aldith!

Una de las sirvientas pasó a su lado. —¿Has visto a mi esposa?

—Se ha ido.

—¿Ido? —preguntó confundido—. ¿A dónde?

—A casa. Dijo que ya había cumplido su misión y que era hora de regresar a casa. ¿No la habéis visto? Salió por la puerta principal vestida de guerrera. Llevaba el cabello cubierto, pero…

Juró por lo bajo antes de correr hacia la salida. Su hermano y su primo al verle correr dejaron caer la mandíbula del asombro y cuando le escucharon gritar su nombre suspiraron como si no tuviera remedio. —¿Salimos a buscarla? —preguntó Erik.

—¿A Aldith? Si ella no quiere será imposible encontrarla.

Sentada sobre la rama vio como los niños reían salpicándose con el agua del fiordo. Sorprendentemente ese verano hacía mucho calor y casi todos en la aldea estaban cerca del agua. Incluso su tía tenía los pies metidos en la orilla hablando con sus más allegadas. Se escuchó el sonido de un cuerno y su corazón saltó porque ya había regresado de la incursión. Se puso de pie en la rama intentando ver mejor el fiordo, pero unas ramas que habían crecido demasiado se lo impedían. Le dio rabia porque no podría cortarlas hasta que hubiera dado a luz. Acarició su vientre e hizo una mueca porque estaba enorme. Ya le costaba mucho subir al árbol. Pensó en

cuanto naciera y en todos los preparativos que había hecho, pero no servirían de mucho porque en cuanto llorara podrían oírle, lo que la descubriría. Su marido no había podido dar con ella cuando había regresado y era porque salía de su casita por la noche y era cuando cazaba. Las batidas buscándola habían sido tantas que había perdido la cuenta, pero como le había dicho Erik multitud de veces si ella no quería ser encontrada nunca la verían. Su padre se reunió con él y le ordenó que se fueran de incursión. Él simplemente dijo que se irían en una semana. La decepcionó de nuevo, pero a su vez le entendió. Ni sabía si había regresado a esas tierras y puede que todo fuera una pérdida de tiempo. Era el hijo del jarl, su obligación era proveer a los suyos y tenía que irse. Pero eso no significó que no doliera. Porque había dolido y mucho. Pero ya estaba de vuelta. Impaciente esperó y cuando el barco apareció sobre las aguas se estiró para ver a los que estaban en la proa saludando a los suyos que esperaban en el embarcadero. Emocionada buscó a Gudbrand y no lo encontró. Su corazón dio un vuelco. —¿Dónde estás? ¿Dónde…? —Frenética le buscó de nuevo, pero no fue hasta que vio a Erik y su rictus serio que no se confirmaron sus peores sospechas. Se tambaleó de la impresión y tuvo que sentarse en la rama. Los gritos desgarrados del jarl en el embarcadero no llegaron hasta ella, que estaba sumida en

su propio dolor. Ya nunca vería su risa ni oiría su voz llamándola. Todo se había acabado. Acarició su vientre y sollozó porque su bebé nunca conocería a su padre.

—¿Por qué lloras, mujer?

Parpadeó creyendo habérselo imaginado y con rapidez apartó una rama para ver a Gudbrand ante ella con los brazos en jarras. Su marido abrió los ojos como platos. —Pero mujer, ¿te has visto?

—Estás vivo.

—¡Claro que estoy vivo, esos enclenques del sur no podrían ni rozarme! ¡Baja ahora mismo de ahí!

Entrecerró los ojos y sus pestañas mojadas brillaron por la luz del sol. —Has fingido tu muerte para sorprenderme, ¿no?

—No sabía exactamente que árbol era, necesitaba una pista. ¡Baja!

Las voces hicieron que varios se acercaran, entre ellos su jarl que estaba pasmado con que su hijo estuviera vivo. —¿Hijo?

—Espera padre, que la he encontrado y no pienso quitarle la vista de encima. ¡Baja ahora mismo, mujer!

—¡No!

El jarl se puso a su lado y al verla no disimuló su sorpresa. —Por Odín, es ella.

—¡Y embarazadísima! ¡Baja!

Con descaro cogió una manzana y le dio un buen mordisco antes de apoyar la espalda en el tronco mostrando su vientre.

—La madre que…

—¡Deja a mi madre en paz!

Su tía apareció bajo el árbol y sonrió. —Eso niña, que era una bruja, pero nosotras defendemos lo nuestro. Hizo muchas cosas bien, como traerte al mundo.

—¡Eso!

—Mujer, ¿sabes lo que se me ha pasado por la cabeza estos meses?

—¿Que eres idiota?

Varios rieron a su alrededor y Gudbrand entrecerró los ojos antes de sisear —¡No sabía si estabas viva!

—Tampoco sabías si estaba muerta. —Se encogió de hombros como si le diera igual.

—¡Baja de una vez!

—No.

—Erik, trae una escalera.

—Primo, si se cae de ahí porque batalléis sobre la rama, no te lo perdonarás nunca.

Impotente siseó —Mujer, como no bajes…

—¿Como no baje qué? —preguntó con chulería—. ¿Te irás con otra?

—¿Piensas parir sobre una rama?

Le miró como si fuera idiota. —Claro que no, tengo mi casita. —Señaló hacia arriba y todos miraron hacia allí, pero el árbol era tan frondoso que era imposible verla.

Exasperado dijo —¿Has perdido la cabeza?

Le fulminó con la mirada. —¡Vuelve a decir que estoy loca y te parto la crisma!

Se sonrojó. —Preciosa es una manera de hablar.

Le tiró la manzana dándole en el centro de la frente. —¡Desaparece de mi vista!

Se tocó la frente que estaba sonrojada del golpe. —Padre haz algo.

—¡Ja! No le he jurado fidelidad, no soy uno de los suyos para que me ordene nada.

—Niña, vives en uno de mis árboles. —Se cruzó de brazos. —Baja ahora mismo.

El sonido de una pedorreta hizo jadear a unos y reír a otros. —¡Niña, baja ahora mismo!

—Marido no le mandes.

—¿Cómo no le voy a mandar? ¡Está encaramada en un árbol y tiene a mi nieto en su interior! ¡Debe seguir mis órdenes!

—¡Mi sobrina es especial!

Aldith fulminó a Gudbrand con la mirada. —¿Has visto el conflicto que le has creado a mi tía? ¿Por qué les metes en nuestras discusiones?

—¡Porque mi mujer no me hace caso!

Levantó la barbilla. —Ni te lo voy a hacer.

Entrecerró los ojos. —¡En algún momento tendrás que bajar y entonces te ataré a la cama!

Mientras los demás se reían su tía le dio un codazo a Gudbrand para llamar su atención y le dijo algo al oído, pero como puso la mano delante no pudo leer en sus labios lo que decía. Qué lista era. Gudbrand entrecerró los ojos antes de sonreír. —¿Esposa?

—¿Sí? —preguntó muerta de curiosidad, aunque aparentaba que no era así.

—¿Te acuerdas de la sorpresa que te había preparado hace meses para tu regreso?

Le miró con desconfianza. —Sí.

—¿No quieres verla? Te aseguro que te gustará.

Su tía sonrió radiante. —Baja cielo, es una maravilla.

—¿Dónde está?

Varios rieron por lo bajo, hasta el jarl. —No has entrado en el pueblo, ¿no es cierto? Porque sino la hubieras visto.

La hubiera visto. Intrigadísima negó con la cabeza y Gudbrand alargó la mano. —Ven, preciosa. Te voy a mostrar cuanto te amo.

Le dio un vuelco al corazón. —¿Qué?

Él sonrió. —Ven.

Algo en su interior le dijo que no tuviera miedo y con agilidad empezó a bajar haciendo que los de su pueblo gritaran de la alegría. Gudbrand la cogió por las axilas y la puso en el suelo. Lentamente se volvió y agachó la vista tímidamente, pero se apartó de él un

paso. Gudbrand apretó los puños queriendo abrazarla, pero comprendía que estuviera dolida. —Ven, preciosa.

Caminaron entre los aldeanos, que les hicieron un pasillo para ir hacia el pueblo. Le sonreían y le daban la bienvenida como si fuera uno de ellos. Se sonrojó de gusto y siguió caminando a su lado. Le miró de reojo. —¿A dónde vamos?

—Lo verás enseguida. —Caminaron por detrás de las casas y de pronto se detuvo. Gudbrand sonrió. —Date la vuelta, mi amor.

Se giró lentamente y separó los labios de la impresión al ver una casa enorme en un árbol. Las escaleras subían en zigzag desde la hierba hasta llegar a la copa y como era tan grande había postes desde el suelo para asegurarla. Emocionada se llevó la mano al pecho. —¿La has hecho tú?

—Todos me ayudaron, incluso nevando. Todos querían que regresaras.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y soltó una risita porque no había visto aquella monstruosidad, pero lo entendió porque desde su casita solo se veían ramas. Se acercó a la escalera y empezó a subir. Cuando llegó arriba miró hacia la aldea y por supuesto tenía mejores vistas. Se veía todo.

—Ven preciosa, ahora viene lo mejor. —Él abrió la puerta que tenía grabados sus nombres y al entrar se dio cuenta de que tenía hasta chimenea. Gudbrand encendió una vela y se iluminó la gran cama llena de pieles al fondo, pero la estancia era tan grande que podrían hacer un espacio para los niños que tuvieran.

—La primavera que viene haré otra habitación para los niños —dijo como si le hubiera leído el pensamiento—. ¿Te gusta?

Se volvió para mirarle. —Es hermosa.

Gudbrand sonrió y ella sollozando de la alegría se tiró sobre él para abrazarle. —Preciosa no llores, lo siento, lo siento…

—¿Por qué lo hiciste?

La pegó a él y cerró los ojos por su dolor. —No me tomaste en cuenta y…

Se apartó para mirarle. —¿En cuenta?

—Soy el hijo mayor, tu marido…

Separó los labios de la impresión. —Te hice de menos ante tus hombres y los míos.

—Sé que no fuiste consciente de lo que hacías, pero no pude evitar sentirme mal. Llegué a pensar que no me querías tanto como yo a ti, que no me valorabas como futuro jarl.

—No, cielo… —Cogió su brazo para que la mirara a los ojos. —Crees que no te he perdonado, ¿no es cierto?

—Hice mal al aceptar aquel oro, no te culpo por pensar mal de mí.

—Mi amor, te perdoné hace mucho, sino no me hubiera enamorado de ti.

A Gudbrand se le cortó el aliento y ella sonrió con tristeza. —Tenía miedo de que tú no llegaras a quererme y te echaba en cara tus acciones pasadas para mantener las distancias. No porque no te amara, no porque no te apreciara como el guerrero que eres, temía sufrir al perderte. Me rompería el alma y era algo que no me podía permitir.

La abrazó con fuerza. —Mi amor…

—Te amo, te amo más que a mí misma y por eso tuve que regresar a tus tierras. No responder cuando me llamabas me dolía, pero me habían herido tanto tus palabras que no podía ceder. Prefería verte en la distancia a sentir nuevamente tu desprecio.

—Lo siento, estaba furioso y sé que te hice daño. Te juro que nunca volveré a dudar de ti. —Besó su sien. —Soy un estúpido.

—La estúpida soy yo, es cierto que nunca pensé en ti para ser el jarl de mi pueblo, pero es que siempre te vi como el jarl de este, del que te vio nacer y que siente un inmenso orgullo de ti.

Se apartó para mirar su rostro y él le quitó el pañuelo que le cubría la cabeza. Su hermoso cabello cayó hasta el suelo y ambos sonrieron. —Te amo. —Él agachó la mirada para mirar su vientre bajo la camisa. —Llegará pronto.

—Has venido justo a tiempo de conocer a tu hijo.

Él besó suavemente sus labios y suspiró apoyando su frente en la suya. —No he dejado de pensar en ti. En que eras mía y te había perdido.

—Siempre seré tuya, mi amor. Aunque estés lejos, siempre estarás en mi corazón.

Epílogo

A la mesa del jarl vio como Wibeke hacía y deshacía en la casa del jarl como si fuera suya, ordenando a las sirvientas que retiraran el pastel que había hecho su tía simplemente porque decía que no le gustaba el olor.

Vio como su tía sentada frente a ella se sonrojaba y Aldith perdiendo la paciencia se levantó. Su marido que estaba distraído mirando a su padre preguntó —¿Ya?

—No, cielo. Pero será pronto.

Gruñó cogiendo la jarra de hidromiel. —Este niño se hace esperar.

—Como su madre —dijo Wibeke con ironía antes de meterse un dedo en la boca y sacarse un pedazo de carne de entre las

muelas—. Debería estar encamada, mi jarl. Ya perdió uno, puede perder este también.

Sería bruja. Los hombres la miraron preocupados y esta hizo un gesto sin darle importancia pasando tras el jarl para llegar hasta ella. Miró a la sirvienta y le dijo —Trae la tarta de mi tía y ponla en la mesa.

Esta se apresuró a llevarla de nuevo a su sitio y Wibeke la miró extrañada. —¿No he dicho que su olor me revuelve? No sé de qué está hecha, pero…

La agarró por la cabeza y le hundió la cara en la tarta para sorpresa de todos. Su esposo se puso en pie y ella sonrió. —Tranquilo cariño, no me dañará.

—Ten cuidado —dijo muy tenso antes de mirar a su abuela—. Preciosa, que se ahoga.

—Debe aprender que ya que hemos tenido la generosidad de consentir que viva aquí, debe besar los pies de mi tía y ahorrarse esos comentarios tan humillantes para la señora de la casa.

Su tía levantó la barbilla orgullosa. —Bien dicho, niña. Menos mal que alguien mira por mí.

El jarl suspiró. —Cielo, es la abuela de mis hijos. ¿Qué hago? ¿La mato?

Se hizo el silencio en la sala, lo que indicaba que nadie se lo tomaría a mal. La abuela jadeó desde dentro de la tarta y Aldith levantó su rostro mostrándola llena de crema de castaña. —¿Te ha quedado claro como tienes que comportarte a partir de ahora?

—Sí, sí…

—Te hemos perdonado que casi provocaras una guerra, porque supusimos que lo hiciste por amor a Jova, pero no creas que no se me ha olvidado que ignoraste a tu propia sangre durante años. Te han ofrecido cobijo por compasión, pero todo tiene un límite, vieja. Sigue fastidiando y te rajaré la garganta yo misma.

Asustada asintió. —Seré buena, lo prometo.

—Desaparece de mi vista —dijo entre dientes.

La mujer casi salió corriendo, demostrando que a pesar de los años que tenía aún les duraría algunos más. Suspiró volviéndose y se acarició el vientre. —Lo siento, tía, aún tendrás que seguir aguantándola un tiempo.

Brina soltó una risita. —Por momentos como este merece la pena.

Al mirar a su marido se dio cuenta de que la miraba con deseo, lo que demostraba que la Aldith salvaje le gustaba mucho más que el ama de casa. Y la verdad a ella también. —¿Cielo?

—¿Sí, preciosa?

—Nos vamos a casa.

Su marido casi corrió para abrirle la puerta de la casa del jarl y cuando pasó a su lado le dijo —¿Te he dicho hoy que estás tan bonita como un rayo de sol?

Se detuvo en seco y dijo muy bajito —Ay.

—¿Preciosa?

Le miró con los ojos como platos. —Ay, que no llego.

—¿No llegas?

—¿Tía?

Su tía corrió hacia ella. —¿Ya está aquí?

Pálida de miedo gritó —¡Se me va a caer!

Brina ordenó que se fuera todo el mundo y alguien puso una piel en el suelo. Gudbrand la cogió en brazos para tumbarla mientras el jarl gritaba que fuera la partera, pero cuando su tía miró entre sus piernas gritó —¡Empuja cielo, casi tiene la cabeza fuera!

—¿Pero cómo va a tener la cabeza fuera? ¡Mi mujer se hubiera dado cuenta antes! —Se sonrojó y él la miró asombrado. —¿Lo notabas?

—Notaba algo, pero los dolores no eran para tanto como decían las mujeres, ¿cómo iba a pensar que era eso?

Él puso los ojos en blanco antes de agarrar su mano. —Vamos preciosa, empuja.

Tomó aire y pensando que no podía perder a su bebé empujó con fuerza.

Brina asombrada lo levantó entre sus manos. —Por Odín, ha salido de golpe.

Aldith sollozó al ver que no se movía. —No llora. ¡No llora, Gudbrand!

Su marido lo agarró volviéndolo sobre su gran mano y le dio unas palmaditas en la espalda. Angustiada gritó de miedo y el niño hinchó su pecho antes de llorar con fuerza. Todos suspiraron del alivio y Aldith lloró a la vez que reía alargando los brazos. —Lo que yo decía, todo un guerrero.

—Es una niña, preciosa.

Ya en sus brazos miró entre sus piernas y se echó a reír. —Una niña. ¿Cómo se llamará, marido?

Él fascinado acarició la mejilla de su niña. —Alba. —Sin aliento levantó la vista hacia él. —Porque ha luchado por iluminar nuestra vida como el sol lucha cada mañana por dar luz a este mundo.

—Me gusta.

El jarl salió de la casa y miró a su gente que esperaba expectante. Desenvainó su espada y gritó elevándola —¡Por Alba, hija de Gudbrand y Aldith, ha demostrado que por sus venas corre sangre vikinga y ha llegado a nosotros para colmarnos de felicidad!

—¡Por Alba! —gritaron todos antes de levantar sus armas y gritar dándole la bienvenida.

Sonrió a su hija que tenía el pelito negro como su padre. —¿Has visto que hermosa es?

Sus ojos expresaron todo lo que la necesitaba. —Tanto como tú.

Sonrió a su marido. —Te amo.

—Y yo a ti, preciosa. Doy gracias a los dioses cada día porque sobreviviste para llegar a mí.

—Nada me impediría llegar a ti, si tú me esperas.

Él sonrió. —¿Así que volverías a comprometerte conmigo?

—Una y mil veces mi amor. Una y mil veces, porque siempre he sido tuya.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)
2- Brujas Valerie (Fantasía)
3- Brujas Tessa (Fantasía)
4- Elizabeth Bilford (Serie época)
5- Planes de Boda (Serie oficina)
6- Que gane el mejor (Serie Australia)
7- La consentida de la reina (Serie época)
8- Inseguro amor (Serie oficina)

9- Hasta mi último aliento

10- Demándame si puedes

11- Condenada por tu amor (Serie época)

12- El amor no se compra

13- Peligroso amor

14- Una bala al corazón

15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.

16- Te casarás conmigo

17- Huir del amor (Serie oficina)

18- Insufrible amor

19- A tu lado puedo ser feliz

20- No puede ser para mí. (Serie oficina)

21- No me amas como quiero (Serie época)

22- Amor por destino (Serie Texas)

23- Para siempre, mi amor.

24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25- Mi mariposa (Fantasía)

26- Esa no soy yo

27- Confía en el amor

28- Te odiaré toda la vida

29- Juramento de amor (Serie época)

30- Otra vida contigo

31- Dejaré de esconderme

32- La culpa es tuya

33- Mi torturador (Serie oficina)

34- Me faltabas tú

35- Negociemos (Serie oficina)

36- El heredero (Serie época)

37- Un amor que sorprende

38- La caza (Fantasía)

39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)

40- No busco marido

41- Diseña mi amor

42- Tú eres mi estrella

43- No te dejaría escapar

44- No puedo alejarme de ti (Serie época)

45- ¿Nunca? Jamás

46- Busca la felicidad

47- Cuéntame más (Serie Australia)

48- La joya del Yukón

49- Confía en mí (Serie época)

50- Mi matrioska

51- Nadie nos separará jamás

52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)

53- Mi acosadora

54- La portavoz

55- Mi refugio

56- Todo por la familia

57- Te avergüenzas de mí

58- Te necesito en mi vida (Serie época)

59- ¿Qué haría sin ti?

60- Sólo mía

61- Madre de mentira

62- Entrega certificada

63- Tú me haces feliz (Serie época)

64- Lo nuestro es único

65- La ayudante perfecta (Serie oficina)

66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

67- Por una mentira

68- Vuelve

69- La Reina de mi corazón

70- No soy de nadie (Serie escocesa)

71- Estaré ahí

72- Dime que me perdonas

73- Me das la felicidad

74- Firma aquí

75- Vilox II (Fantasía)

76- Una moneda por tu corazón (Serie época)

77- Una noticia estupenda.

78- Lucharé por los dos.

79- Lady Johanna. (Serie Época)

80- Podrías hacerlo mejor.

81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)

82- Todo por ti.

83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)

84- Sin mentiras

85- No más secretos (Serie fantasía)

86- El hombre perfecto

87- Mi sombra (Serie medieval)

88- Vuelves loco mi corazón

89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo

91- Lady Corianne (Serie época)

92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)

93- Róbame el corazón

94- Lo sé, mi amor

95- Barreras del pasado

96- Cada día más

97- Miedo a perderte

98- No te merezco (Serie época)

99- Protégeme (Serie oficina)

100- No puedo fiarme de ti.

101- Las pruebas del amor

102- Vilox III (Fantasía)

103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)

104- Retráctate (Serie Texas)

105- Por orgullo

106- Lady Emily (Serie época)

107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)

109- Mi alfa (Serie Fantasía)

110- Lecciones del amor (Serie Texas)

111- Yo lo quiero todo

112- La elegida (Fantasía medieval)

113- Dudo si te quiero (Serie oficina)

114- Con solo una mirada (Serie época)

115- La aventura de mi vida

116- Tú eres mi sueño

117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)

118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)

119- Sólo con estar a mi lado

120- Tienes que entenderlo

121- No puedo pedir más (Serie oficina)

122- Desterrada (Serie vikingos)

123- Tu corazón te lo dirá

124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

126- Dragón Dorado (Serie época)

127- No cambies por mí, amor

128- Ódiame mañana

129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)

131- No quiero amarte (Serie época)

132- El juego del amor.

133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)

134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

136- Por nuestro bien.

137- Eres parte de mí (Serie oficina)

138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)

141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.

142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

143- Lady Elyse (Serie época)

144- Nada me importa más que tú.

145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)

146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)

147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)

148- ¿Cómo te atreves a volver?

149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)

150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)

151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)

152- Tú no eres para mí

153- Lo supe en cuanto le vi

154- Sígueme, amor (Serie escocesa)

155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)

156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)

157- Me has dado la vida

158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)

159- Amor por destino 2 (Serie Texas)

160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)

161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)

162- Dulces sueños, milady (Serie Época)

163- La vida que siempre he soñado

164- Aprenderás, mi amor

165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)

166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)

167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)

168- Sólo he sido feliz a tu lado

169- Mi protector

170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)

171- Algún día me amarás (Serie época)

172- Sé que será para siempre

173- Hambrienta de amor

174- No me apartes de ti (Serie oficina)

175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)

176- Nada está bien si no estamos juntos

177- Siempre tuyo (Serie Australia)

178- El acuerdo (Serie oficina)

179- El acuerdo 2 (Serie oficina)

180- No quiero olvidarte

181- Es una pena que me odies

182- Si estás a mi lado (Serie época)

183- Novia Bansley I (Serie Texas)

184- Novia Bansley II (Serie Texas)

185- Novia Bansley III (Serie Texas)

186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)

187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)

188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)

189- Lo que fuera por ti 2

190- ¿Te he fallado alguna vez?

191- Él llena mi corazón

192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)

193- No puedes ser real (Serie Texas)

194- Cómplices (Serie oficina)

195- Cómplices 2

196- Sólo pido una oportunidad

197- Vivo para ti (Serie Vikingos)

198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)

199- Un baile especial

200- Un baile especial 2

201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)

202- Lo siento, preciosa (Serie época)

203- Tus ojos no mienten

204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)

205- Sueño con un beso

206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)

207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)

208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)

209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)

210- No soy lo que esperabas

211- Eres única (Serie oficina)

212- Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)

213- Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)

214- Lo siento, preciosa 2 (Serie época)

215- La intensidad de lo que siento por ti

216- Lucha por lo que amas (Serie Australia)

217- Ganaré tu corazón (Serie Vikingos)

218- Mi otra cara de la moneda

219- Ni tú conmigo, ni yo sin ti

220- No necesito más, si te tengo a ti (Serie Oficina)

221- Me enfrentaré a todo por tu amor (Serie época)

222- Algo único (Serie Australia)

223- Volver a enamorarte

224- Empezar de nuevo (Serie oficina)

225- Nunca seré tuya (Serie Vikingos)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4

5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte
14. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.